

Macrì

orìgenes e instalación de una
dictadura mafiosa

Jorge Beinstein



Ediciones Waiwén

Ediciones virtuales Waiwén

Diciembre de 2017

Contacto: waiwen2017@gmail.com

Jorge Beinstein es Profesor Emérito de la Universidad Nacional de La Plata, actualmente es Titular del seminario de doctorado “Crisis sistémica global” de la Universidad de Buenos Aires. Especializado en prospectiva económica y geopolítica ha sido titular de cátedras en universidades europeas y latinoamericanas.
Página web: <https://beinstein.lahaine.org>

Prólogo del autor (Noviembre de 2017)	1
1. Una introducción necesaria. Orígenes y auge del poder mafioso en Argentina (Septiembre de 2017)	5
2. En torno del concepto de dictadura mafiosa (Septiembre de 2017)	9
3. Argentina en contrarrevolución accidentada (Abril de 2017)	15
4. Las lumpenburbuesías latinoamericanas. Élités económicas y decadencia sistémica (Mayo de 2016)	21
5. Después del golpe blando (Abril de 2016)	27
6. Ilusiones progresistas devoradas por la crisis (Marzo de 2016)	34
7. Tiempos oscuros (Diciembre de 2015)	40
8. Los avatares de un sujeto casi inexistente. Democracia ilusoria y reproducción del sistema (Septiembre de 2015)	45
9. Economía de penuria y revuelta popular (Agosto de 2001)	48
10. La instalación hegemónica del parasitismo argentino (1981)	55

Prólogo del autor (Noviembre de 2017)

Entre la redacción de este prólogo (fines de Noviembre de 2017) y la del primer capítulo del libro (Septiembre de 2017) han sucedido hechos que aceleran la tragedia argentina.

La estrategia gubernamental de control mediático concluyó exitosamente su primera etapa: la liquidación del grupo *Indalo* a través de una venta forzada (combinación de presiones fiscales y judiciales siguiendo el estilo mafioso ya clásico del régimen) y de esa manera el apoderamiento de canales de televisión como CN23 o C5N (el más importante canal de televisión con perfil opositor), radios de gran alcance como Radio 10, diarios (por ejemplo "Ambito Financiero"), portales de noticias, productoras, editoriales, etc. Los grandes medios de comunicación ya han sido devorados. Luego del barrido grueso seguramente comenzará dentro de no mucho tiempo el barrido fino de medios de comunicación de menor envergadura (radios y canales de televisión locales, editoriales y otras vías de información popular) para ello seguramente profundizarán y extenderán las técnicas ya en curso (coacción física, arbitrariedades policiales y judiciales, etc.). El objetivo es la conformación de un sistema comunicacional completamente regimentado no al estilo de las viejas dictaduras militares sino siguiendo el nuevo esquema flexible y embrutecedor de la era de la Guerra de Cuarta Generación (desintegración cultural de la población combinada con manipulaciones puntuales de alta intensidad).

También apareció el cadáver de Santiago Maldonado confirmando así su asesinato ejecutado por la Gendarmería Nacional actuando bajo ordenes de la Ministra de Seguridad, Patricia Bullrich (evidentemente por encargo del presidente) y de su Jefe de Gabinete, Pablo Noceti quien en el pasado se había destacado como abogado defensor de militares genocidas¹. La cacería racista contra el pueblo mapuche continuó sin tomarse siquiera un respiro luego del asesinato de Maldonado y hacia fines de Noviembre logra nuevas víctimas. El asesinato de Rafael Nahuel, cometido por la Prefectura Naval, nuevamente bajo ordenes directas del Ministerio de Seguridad, expresa mucho más que el ensañamiento del gobierno contra el pueblo mapuche, lo que a comienzos de 2016 se presentaba como un régimen de CEOs, ladrones de alto vuelo y guante blanco, comienza a mostrar su esencia criminal, los hábitos sanguinarios de la mafia se van instalando en medio de la podredumbre del país burgués, renace el terrorismo de estado.

La ola represiva no hace más que comenzar, el círculo superior del Poder sabe muy bien que la intoxicación mediática tiene rendimientos decrecientes a medida que el desastre económico y social se va profundizando, la pérdida de eficacia de ese instrumento requerirá cada vez más del empleo de la fuerza bruta. En estos días fue conocida la información de que el *Grupo Halcón* de la Policía de la Provincia de Buenos Aires había realizado un viaje de entrenamiento a los territorios palestinos ocupados por Israel, allí recibieron capacitación israelí en técnicas represivas contra la población civil².

1 Pablo Noceti "es abogado y hasta su designación en el Ministerio de Seguridad, era uno de los abogados del estudio de Alfredo Battaglia y Luis Fernando Velasco, que se dedica a ejercer la defensa de represores acusados por crímenes de lesa humanidad en distintas provincias, y también lo hizo en Entre Ríos. Battaglia, por ejemplo, fue defensor del dictador Leopoldo Fortunato Galtieri.... Noceti fue defensor de Naldo Miguel Dasso, ex jefe del Regimiento de Concordia entre 1975 y 1977, condenado a prisión perpetua por el secuestro de cuatro personas y las desapariciones forzadas de Sixto Francisco Zalsar y Julio Alberto Solaga, delitos cometidos en el marco del "segundo genocidio nacional", como lo calificó el Tribunal Oral Federal de Paraná en su sentencia", Análisis Digital, 15/08/2017, "Noceti, el defensor de genocidas que estuvo al frente de la represión en la que desapareció Santiago Maldonado", <http://www.analisisdigital.com.ar/noticias.php?ed=1&di=0&no=259548>

2 "El grupo especial de la Policía Bonaerense denominado grupo Halcón viajó a territorios palestinos ocupados para recibir una capacitación... en prevención, disuasión, planificación y ejecución de ataques. Asimismo se capacitaron en conocimiento de explosivos, preparación física y mental de policía de elite" según la información oficial disponible. Resumen Latinoamericano /ANRed/ 21 noviembre 2017,

Respaldados por el gobierno, servicios de inteligencia de Estados Unidos como la CIA y la DEA o la Mossad de Israel han penetrado en profundidad no solo en las estructuras de inteligencia, policías y sistemas de seguridad interior en general sino también en áreas políticas como el Ministerio de Relaciones Exteriores. La DEA, por ejemplo, especializada en el tráfico de drogas, tiene una actuación destacada en países como Paraguay, Colombia, México... y Argentina. El control de ese tráfico (y no su eliminación) le permite manipular a políticos, empresarios, policías y otros para utilizarlos en sus diversas operaciones coloniales. En el caso argentino, la asociación entre servicios estadounidenses, israelíes y europeos ha logrado en estos dos últimos años no solo la consolidación o reconquista de espacios de influencia anteriores sino además avances notables en áreas políticas y militares del estado de gran importancia estratégica³.

Por otra parte aprovechando su buen resultado electoral el gobierno avanzó rápidamente en su ofensiva intimidatoria contra la oposición poniendo en prisión (show-linchamiento mediático mediante) al ex Vicepresidente Amado Boudou y al ex Ministro de Planificación Julio De Vido al mismo tiempo que lanzaba iniciativas de "reformas" laboral, previsional y fiscal que iban mucho más lejos en la agresión a trabajadores y jubilados que lo que habían logrado gobiernos civiles derechistas como los de Menem y De la Rúa o la última dictadura militar, transfiriendo suculentos beneficios a los grupos económicos más concentrados.

Tampoco estuvo ausente el espacio ya bombardeado del poder judicial, prosiguió la limpieza de magistrados fuera de control como la Procuradora General de la Nación Gils Carbó o los jueces Freiler y Arias. La mafia necesita de manera urgente disciplinar completamente a ese sector no solo para poder utilizarlo de manera cómoda en sus acciones represivas sino también para amortiguar la ola ascendente de descubrimientos de sus negocios ilegales, desde los Panamá Papers hasta el affaire Odebrecht⁴, pasando por innumerables casos de corrupción que involucran a la casi totalidad del gobierno.

Avanzando a toda máquina

Luego de dos años de avance sistemático la sombra de la dictadura mafiosa se extiende ahora sobre el conjunto de la sociedad argentina, una pequeña camarilla concentra los tres poderes del estado así como los poderes económico y comunicacional, lo que resta fuera de su alcance se presenta como un abanico de fuerzas impotentes ante la aplanadora del régimen. El bloqueo completo del sistema institucional podría ser logrado próximamente si Macri consigue imponer el voto electrónico, la farsa electoral coronaría el show macrista. Como en los viejos tiempos de la dominación oligárquica la soberanía popular, hoy bastardeada por la conjunción mediática-judicial, sería totalmente anulada por el fraude.

"El grupo Halcón de la policía argentina se entrenó en territorios ocupados palestinos", <http://www.resumenlatinoamericano.org/2017/11/21/el-grupo-halcon-de-la-policia-argentina-se-entreno-en-territorios-ocupados-palestinos/>

3 "Varias fuentes señalan que, concretado el triunfo (de Macri) en las elecciones presidenciales, estas dos embajadas (las de Estados Unidos e Israel) dieron nombres para la conformación del Gabinete Nacional. La norteamericana habría "sugerido" a Susana Malcorra para conducir la política exterior argentina, y la israelí habría "pedido" que la titular del Ministerio de Seguridad sea Patricia Bullrich. Las políticas llevadas adelante desde cada una de estas Carteras tienden a confirmar esas apreciaciones". Héctor Bernardo, "La seguridad argentina en manos de Israel y la Mossad", Contexto, Nov 19, 2016, <http://www.diariocontexto.com.ar/2016/11/19/la-seguridad-argentina-en-manos-de-israel-y-la-mossad/>

4 "Revelan que Mauricio Macri es socio de Odebrecht", *Ámbito Financiero*, domingo 6 de Agosto de 2017, <http://www.ambito.com/892596-revelan-que-mauricio-macri-es-socio-de-odebrecht>

Sin embargo el ascenso de las acciones represivas que culminaron con la captura y asesinato de Santiago Maldonado o la sucesión de atropellos a docentes, discapacitados y jubilados no afectaron a su base electoral, el bombardeo de los medios de comunicación alcanzó para preservarla.

Se trata de un fenómeno novedoso, dictatorial pero civil y adornado con títulos constitucionales, esgrimiendo su origen “*democrático*” (evidentemente impuesto por una gigantesca manipulación mediática). Heredero de la euforia gorila de 1955 que reunió a clases medias y altas rodeando a los militares golpistas, aparentemente extinguida pero reapareciendo luego de una prolongada latencia, escondida en lo más profundo del alma de la derecha argentina y heredando también la obsesión antisubversiva de 1976, prima hermana de lo anterior.

En suma una dictadura que ha podido instalarse sin sacar los tanques a la calle, exhibiendo buenos modales que de todos modos no pueden ocultar su incultura (subcultura primitiva de la lumpenburguesía). Respaldada por masas clasemedieras excitadas no solo contra los pobres (como sus ancestros gorilas) sino también contra el progresismo y su espacio cultural considerado una cueva de ladrones y transgresores por sus hipnotizadores mediáticos a los que aún obedecen arrastrando en el delirio a fragmentos importantes de la clases bajas. Y como otras veces combinando cínicamente moralismo discursivo, cruzada retórica contra la corrupción, con robos descomunales y demás delitos flagrantes presentados como sinceramientos, ajustes necesarios o simplemente negocios normales.

Mezcla neofascista del siglo XXI cuyos conductores juegan al pocker al borde del abismo, inflando sin cesar una burbuja financiera destinada a estallar.

Nunca antes los argentinos habían conocido algo parecido, la irrupción de un régimen civil dictatorial ejercido directamente por el nivel superior del poder económico aparece como un hecho sorprendente.

Lo que presenta la historia nacional es una larga sucesión de gobiernos populares estratégicamente débiles, dictaduras militares más o menos sanguinarias y gobiernos civiles conservadores inestables bajo el control de la élite empresaria y en ciertos casos muy presionados por el poder militar. La secuencia confirmaba la permanencia del círculo vicioso del subdesarrollo cuya dinámica logró finalmente producir un salto cualitativo monstruoso. Ya que mirando hacia atrás podemos comprobar que ese proceso degradaba más y más a la estructura social en su conjunto, engendraba y expandía tendencias destructivas no solo a nivel de las élites dominantes, que se iban transformando en bandas depredadoras, sino también de amplios sectores de las clases medias encandiladas por los de arriba y acumulando desprecio hacia los de abajo. Barbarie que se fue extendiendo hacia las clases bajas fragmentadas por décadas de desindustrialización, donde se acentuaban las diferencias entre los integrados y los marginales, donde la mayor parte de los aparatos sindicales pasaron a ser las plazas fuertes de burócratas sumergidos en el delito. La mansedumbre de los jefes la CGT ante las arremetidas del gobierno contra los asalariados se explica no solo por la proximidad ideológica entre ambos sino también, principalmente, por la vulnerabilidad judicial de los burócratas.

La élite mafiosa fue imponiendo decisiones que perjudican a la inmensa mayoría de la población, pero esa mayoría objetiva está escindida entre quienes reaccionan y se defienden (sin atreverse, por ahora, a traspasar los límites que les fijan sus verdugos) y los que festejan estúpidamente a los bandidos que les roban. Dentro de este último sector podemos diferenciar a quienes la euforia fascista les hace privilegiar el odio social por sobre el deterioro concreto de su situación material, de los que consiguen mantenerse a

flote, como frágil clase media, transfiriendo el daño recibido hacia otros más débiles que ellos.

Neofascismo periférico del siglo XXI, novedoso y entonces difícil de describir empleando esquemas conceptuales del pasado. Asistimos a una gigantesca crisis de percepción donde lo evidente se hace invisible. El sector rechazado de la población celebra la derrota del “populismo”, vota contra el “populismo” mientras la nave en la que está embarcado se encamina hacia el desastre financiero y sus inevitables tragedias sociales. Frente a ello el grueso de la oposición aparece dominada por una suerte de droga pacificadora que le impide reconocer la realidad, se aferra a los mitos de una institucionalidad podrida, quiere creer que la dictadura mafiosa es una democracia “restringida” o “de baja intensidad” o “condicionada” o “burguesa” según la inclinación del observador. Pero se niega a reconocer a la dictadura como dictadura ni a su naturaleza mafiosa, decadente, como un aspecto decisivo, irreversible de la alta burguesía argentina y en consecuencia de la cultura dominante penetrando en un amplio abanico de jerarquías sociales inferiores.

Porque hacerlo significa *sacar los pies del plato*, romper con el sistema, postular una resistencia popular que apunte hacia la transformación (democratización) profunda de la sociedad, regenerada sobre la base de la erradicación del poder elitista, de sus estructuras mediáticas, institucionales, financieras, agrarias, industriales, de los lazos de sometimiento colonial.

El de Argentina no es un caso aislado, en América Latina asistimos a fenómenos parecidos, basta con observar las realidades de Paraguay gobernado por un narcopresidente, de Brasil después del golpe de estado con un gobierno de bandidos completamente impopular e inestable, de México, Colombia, República Dominicana...

Una mirada más extendida nos permitiría ver a un planeta capitalista todavía bajo dominación (declinante) occidental controlado por lumpenburguesías basadas en los negocios financieros y una amplia variedad de actividades gangsteriles donde se destaca el Imperio estadounidense con una economía desquiciada y “gobernado” por un presidente grotesco. Desde el punto de vista global Macri no es una excepción aunque tiene sus rarezas, producto tal vez de la especificidad de la degeneración argentina. El hecho de que un país se encuentre gobernado por el primogénito de un clan mafioso sobre el que sobrevuela la sombra de la ‘Ndrangheta no es un caso habitual. Suena extraño, parece un film fantástico inspirado en “El Padrino”. Aunque la realidad es mucho más compleja, Macri es una suerte de *primus inter pares*, número uno (no sabemos durante cuanto tiempo) de una articulación mafiosa que reúne a los dueños reales del país. Asociación inestable excitada por el saqueo, inmersa en un mundo burgués financierizado acosado por la crisis económica y geopolítica.

La ideología de la élite argentina no se nutre de paradigmas imperiales relativamente estables como ocurrió con la vieja oligarquía y su relación cipaya con el Imperio Inglés o incluso con la clase alta del pasado más reciente alimentada por la ilusión de formar parte del Imperio norteamericano considerado el imbatible centro del mundo. Esta es una camarilla nihilista navegando a la deriva, solo interesada en el corto plazo. Ni siquiera esgrime valores autoritarios viejos o nuevos sino solo la brutalidad del poder autolegitimado a través del periodismo mercenario.

Una introducción necesaria.
Orígenes y auge del poder mafioso en Argentina
Septiembre de 2017

Este libro reúne una serie de textos producto de la reflexión acerca de la prolongada degradación de la sociedad argentina. Nos encontramos ante una situación que escapa a los viejos paradigmas aunque las cabezas de muchos argentinos no perciben esa nueva realidad, en especial las de su clase política.

No es la primera vez que eso sucede, la derecha pero también la izquierda (salvo unas pocas excepciones) no supieron entender la naturaleza de los cambios que se habían producido en los años 1940; la industrialización, la emergencia de las masas obreras y de formas culturales nuevas descolocaron a quienes seguían pensando en términos de una realidad superada. El ascenso peronista quebró prejuicios, hizo obsoletas interpretaciones que formaban parte del llamado sentido común. El fenómeno se produjo en un contexto internacional signado por la declinación de la superpotencia imperial dominante: Inglaterra, que entre las dos guerras mundiales fue perdiendo fuerza acosada por candidatos a la primacía que fracasaron como Japón o Alemania y de otros que desde 1945 pasaron a dominar el escenario global: los Estados Unidos y la Unión Soviética.

La mutación industrial con fuerte contenido nacionalista con sus sindicatos obreros, las masas populares peronistas, los discursos encendidos de Evita, la llegada del voto femenino... aparecían ante los ojos y oídos de los grupos sociales tradicionales como una aberración destinada a evaporarse como un mal sueño o como una desviación demagógica pasajera. No se daban cuenta que, más allá de la duración de la presidencia de Perón, se habían producido cambios estructurales y culturales profundos enlazados a nivel global con el ascenso del keynesianismo, de la intervención del estado en la economía, la promoción del mercado interno, la integración de las clases bajas y la ampliación del espacio de los “*países socialistas*” desplegado por Eurasia desde Alemania oriental hasta China.

Como sabemos, la dictadura militar instaurada en 1955 no pudo retrotraer al país al mundo anterior al aluvión peronista. La república oligárquica agroexportadora había quedado enterrada en el pasado aunque muchos de sus mitos persistieron en extendidos grupos de las clases medias y altas nutriendo al régimen dictatorial iniciado en 1976 y reapareciendo triunfalistas en el golpe blando de 2015.

Nos encontramos ahora ante una transformación completamente opuesta a la de los años 1940. No se trata de una mutación industrial integradora sino por el contrario de una degeneración parasitaria del sistema que ha llegado a un punto de inflexión caracterizado por el rápido ascenso hacia el poder total de una élite mafiosa con aspiraciones dictatoriales. No se trata de un fenómeno inesperado sino del resultado de un largo proceso de envilecimiento social motorizado por las clases altas, expandiéndose hacia abajo, zigzagueante, pudriendo estructuras estatales, sindicales, políticas y formas culturales. El primer salto cualitativo se produjo en 1976 cuando la cúpula del capitalismo, devenido lumpenburgués, se adueñó del poder bajo la forma de dictadura militar. Tomé nota del hecho en un texto publicado en el exilio hacia 1981 reproducido ahora en este libro (ver Capítulo 10, “*La instalación hegemónica del parasitismo argentino*”). Se trató de

una arremetida sangrienta cuyo nivel de criminalidad es solo comparable al exterminio de los pueblos originarios y al aplastamiento de las resistencias criollas del interior del país, ocurridos aproximadamente un siglo antes.

La democracia condicionada establecida en 1983 no erradicó el mal, por el contrario se adaptó a las imposiciones de las élites que siguieron con sus depredaciones amparadas en el sometimiento colonial hasta llegar al desastre de 2001. En esos años se iba imponiendo (recesión mediante) la dinámica de una economía de penuria para las mayorías populares funcionando a baja intensidad, destruyendo (devorando) segmentos enteros del tejido productivo. Ello fue descrito en un artículo que publiqué en Agosto de 2001 (ver el Capítulo 9, "*Economía de penuria y revuelta popular*") donde señalaba que la reproducción del capitalismo colonial-parasitario que venía de obtener victorias decisivas en los años 1990 llevaba a la conformación de un sistema caracterizado por bajas, nulas o negativas tasas de crecimiento económico, afectado por la rapiña incesante de las élites dirigentes ampliando el espacio social de la pobreza y la indigencia. Esa trayectoria fue cortada por la rebelión popular de 2001 y la llegada del kirchnerismo en 2003 que revirtió el proceso de desindustrialización y concentración de ingresos, aunque no lo hizo destruyendo al sistema heredado, sino integrando de manera provisoria e inestable a la población saqueada. Lo logró combinando formas keynesianas mercado-internistas suaves con el aprovechamiento de una coyuntura económica y política regional y global favorable. Más adelante la profundización de la crisis mundial a partir de 2008-2009, que se aceleró en 2014, sumada al agotamiento de la ampliación indolora del mercado interno sentaron las bases para la derrota del entreacto progresista y la reinstalación de la derecha. No se trató de la simple repetición de las viejas políticas neoliberales sino del despliegue de una contrarrevolución cuya originalidad y magnitud ha sorprendido a sus víctimas que no esperaban semejante avalancha de atropellos (ver el capítulo 3, "*Argentina en contrarrevolución accidentada*"). Durante 2016 se produjeron enormes transferencias de ingresos hacia las clases altas, especialmente hacia un reducido núcleo de intereses convertido en una articulación de bandas saqueadoras que se apropiaron velozmente de ingresos fiscales, masas salariales y beneficios comerciales e industriales y que pusieron en marcha mecanismos de endeudamiento público y evasión de capitales hacia el exterior. La depredación quedó bajo el triple paraguas protector de la corrupción parlamentaria, la complicidad judicial y sobre todo de la manipulación mediática. En 2017 se prolonga el saqueo y la intoxicación mediática comienza a mostrar signos de saturación, persiste y se amplía el descontento popular y en consecuencia va emergiendo la marea represiva. La fuerza bruta y la intimidación física apuntan a bloquear las protestas que ya no pueden amortiguar los medios de comunicación.

Convergen hechos que van conformando el último tramo del camino que conduce hacia la dictadura mafiosa. La desaparición de Santiago Maldonado inmersa en una escalada represiva coincide con la criminalización mediática de opositores reales mezclados con enemigos imaginarios convertidos en enemigos absolutos, apestados a exterminar, masa "subversiva" confusa señalada en las operaciones arbitrarias del Poder. A ello se suma el fraude comunicacional (o probablemente algo peor) en las elecciones primarias de agosto marcando un antes y un después en el proceso reaccionario en curso.

La ola contrarrevolucionaria de 1976 contó con la intermediación militar; la de los años 1990 empleando principalmente a la clase política, pero la de 2015 es protagonizada de manera directa por la cúpula mafiosa prescindiendo de intermediarios significativos, rodeada por una corte sumisa de comunicadores, jueces, sindicalistas, gendarmes y policías. Esta hiperconcentración de poder es no solo peligrosa para las víctimas sino también para la propia mafia dirigente, ahora visible para todos, sin chivos expiatorios ante eventuales rebeliones de los de abajo.

La historia nos enseña acerca del rol de los eunucos en la decadencia del imperio romano, perros fieles del emperador, incapaces de usurpar su poder y al mismo tiempo ejecutores de sus decisiones por encima de aristócratas y plebeyos. De tanto en tanto cuando el descontento de los súbditos amenazaba convertirse en huracán o cuando el gran chambelán eunuco adquiría demasiada independencia respecto de su amo, este último lo liquidaba o lo entregaba a la venganza de los descontentos. La ceocracia macrista parece señalar la superación burguesa-mafiosa del *eunuquismo* tanto político como militar, resultado de la acumulación de poder directo por parte de la élite y tal vez también de la ineficacia operativa de esos sirvientes ante un sistema que para reproducirse necesita de la mano política dura y despiadada, y de la inteligencia saqueadora de la alta lumpenburguesía. El fenómeno también aparece como la resultante de un complejo proceso de degradación de las mediaciones políticas y militares expresión de la decadencia general del sistema. La que forma parte de la crisis global -marcada entre otros aspectos por el enfriamiento económico y en consecuencia de las oportunidades comerciales y financieras internacionales de la élite local y de los capitales transnacionales instalados en la colonia argentina- acentuando la rapiña del mercado interno comprimido más y más por los sucesivos saqueos.

La debilidad estratégica de los integrantes de la actual oposición, su incapacidad para superar los límites de un sistema decadente, permitió antes de diciembre de 2015 que las fuerzas reaccionarias ampliaran su capacidad operativa, agruparan clases medias, penetraran ideológicamente en las clases bajas aprovechando su fragmentación y facilita ahora la instalación dictatorial del poder mafioso. El realismo mediocre del progresismo y de la pequeña izquierda herbívora aferrados a los resquicios formales del sistema, a sus ficciones institucionales, ha formado y forma parte del proceso de degradación de la sociedad argentina. Su negativa delirante a reconocer la magnitud del desastre, a llamar al poder dictatorial en desarrollo por su nombre, ayuda a la legitimación de este último, entorpece el necesario despliegue de la resistencia popular. Navega en fantasías justificadoras de su impotencia acerca de un gobierno cuyo origen electoral (evidentemente tramposo) le otorgaría credenciales democráticas. Algunos aspirantes a eunucos han llegado a referirse a la existencia de una "*derecha democrática*" gobernante, autoritaria pero constitucional, salvaje pero civilizada, depredadora pero en última instancia responsable. El culto "progresista" al oxímoron convierte a su mamarracho discursivo en una suerte de pensamiento confuso, ni siquiera ideológico, resultado de una grave crisis de percepción de la realidad, tal vez desbordado por ella, tal vez como forma de adaptación al infierno mafioso. Como la dictadura mafiosa no está todavía completamente instalada sino en proceso de instalación afirman sabiamente que "*esto no es una dictadura*"... ¿entonces estamos en democracia?, tampoco o si pero no del todo. Así es como se pierden en un mar de conceptos rebuscados tratando de describir algo que todavía no es completamente pero que está empezando a ser, que ya ha recorrido una buena parte del camino siniestro. Se niegan a admitir la orientación del proceso, su dinámica concreta. El presunto paciente está vivo o está muerto y si está vivo no hay porque alarmarse. Razonando de esa manera enfermedades y agonías serían inventos extremistas y la ciencia médica carecería de sentido.

Este libro no pretende oponer soluciones positivas, proyectos o medidas de gobierno alternativas, solo trata de describir la realidad tal cual es, llamar a las cosas por su nombre, poner al descubierto protagonistas y fenómenos decisivos, lo que constituye una tarea muy osada apuntando a romper telarañas conservadoras, hipocresías oficialistas y opositoras. Goethe señalaba que quien en tiempos oscuros distorsiona la realidad contribuye a la confusión general pero que quien se atreve a mostrarla sin ocultamientos abre las puertas de un mundo nuevo. *Nietzsche agregaba que el valor de un ser humano*

se mide según la cantidad de verdad que es capaz de soportar. Estos son tiempos de dura prueba para las mayorías populares, de demostración de su nivel de comprensión de la tragedia que está viviendo y por consiguiente de su capacidad de reacción.

Este libro se refiere a Macri pero no se limita a él sino que trata de insertarlo dentro de una historia más amplia de la que emerge el personaje, señala indicios de la trama mafiosa de su clan familiar pero no busca colocarlo en el centro de la escena. No busca echarle toda la culpa a una familia mafiosa pero tampoco intenta diluir sus fechorías en el océano inasible de la “burguesía” o del “capitalismo” en general. Ambos procedimientos tienden a ocultar a la élite dominante concreta con sus estructuras visibles u ocultas, donde pululan los magnetto, los rocca, los ratazzi, los benetton y también los macri.

Macri no es un aventurero solitario sino el engendro de la degradación estructural y cultural de la sociedad argentina, fenómeno complejo que fue madurando durante muchas décadas. Tampoco la marcha hacia el poder dictatorial es la irrupción sorpresiva de una aberración a contramano de la democracia sino la etapa presente de la degeneración de una pseudo-democracia, de una “democracia” condicionada por la élite dominante con sus jueces, sus medios de comunicación, sus aparatos de inteligencia, sus capos financieros y las intrusiones imperiales de los Estados Unidos (ver el capítulo 8, “Los avatares de un sujeto casi inexistente. Democracia ilusoria y reproducción del sistema”). Quienes entendíamos eso no nos sorprendemos ahora, quienes no querían entender antes se hacen ahora los sorprendidos. Quienes entendemos el carácter profundamente decadente del capitalismo argentino no vemos otra posibilidad de regeneración social que la que pasa por la erradicación de las estructuras básicas del sistema. Quienes siguen viviendo de ilusiones, buscan y buscan resquicios, pequeñas reformas posibles que hagan soportable la degradación general.

Conclusión: Argentina se encuentra al borde de la instalación de un régimen dictatorial con rostro civil en cuya cúpula se encuentra una articulación de carácter mafioso donde se combinan negocios empresarios de alto vuelo con otros claramente ilegales como la trama del narcotráfico. En ese sentido es posible hablar de lumpenburguesía dominante y transnacionalizada subordinada a los Estados Unidos. En la base de ese poder aparecen espacios sociales de clase media impregnadas de un neofascismo muy agresivo alimentado por una manipulación mediática abrumadora. Falta muy poco para que la dictadura se despliegue de manera integral sobre la sociedad argentina. Su destino depende de varios factores entre ellos el futuro de su amo imperial norteamericano actualmente en retroceso geopolítico a nivel global, acosado por su crisis económica y sometido a fuerzas entrópicas internas de gran envergadura. También depende de los avatares de la vorágine saqueadora en la que esta sumergida la élite dominante donde se destaca una burbuja financiera que crece en progresión geométrica y de la durabilidad del fascismo rabioso de sus apoyos de clase media a los que la degradación económica general terminará por afectar. Finalmente la gran incógnita es la futura masividad y radicalización de una resistencia popular que viene demostrando su magnitud pero que aún no ha dado el salto hacia la confrontación total desplegando todas las formas posibles de lucha contra un régimen que debe ser destruido para que el país supere su decadencia.

2

En torno del concepto de dictadura mafiosa

Septiembre de 2017

La utilización del concepto de *dictadura mafiosa* busca diferenciarse de conceptualizaciones más convencionales y el hecho de que se refiere hoy en Argentina a un fenómeno en formación, inestable, que aún no ha llegado a su realización completa y con un futuro incierto, hace difícil su instalación incluso en los ambientes más politizados. Empiezo por señalar que no es la dictadura mafiosa.

No se trata de una tentativa de control totalitario de la sociedad al estilo de los regímenes fascistas clásicos, tampoco se trata de una dictadura militar como las que han atravesado la historia latinoamericana y de otras regiones de la periferia, ni de una dictadura oligárquica con imagen civil donde una pequeña élite basada en un área central de la economía real controlaba el aparato del Estado adaptándolo a sus necesidades como fue el régimen oligárquico argentino fundado en la propiedad terrateniente (aunque con intereses diversificados hacia otras áreas como el comercio y las finanzas).

Todos esos sistemas formaron parte del mundo económico e ideológico del siglo XX y en algunos casos emergieron desde las últimas décadas del siglo XIX, fueron algunas veces las componentes subdesarrolladas de la modernidad capitalista en expansión global y en otras, tentativas de recomposición, de superación dictatorial de sus crisis. Ahora transitamos las primeras décadas del siglo XXI en plena decadencia general de la civilización burguesa donde la financierización y otras formas parasitarias han establecido su hegemonía.

Es precisamente el carácter parasitario-depredador lo que la distingue de otras experiencias dictatoriales y es su intento por concentrar en una pequeña camarilla la totalidad del poder lo que establece el punto de encuentro entre todas ellas.

Cuando profundizamos el caso argentino constatamos que la tentativa macrista incluye herencias, restos más o menos explicitados del pasado, junto a novedades (dominantes) que marcan su originalidad. Hereda nostalgias oligárquicas presentes en todos los golpes militares referidas al viejo orden conservador centrado en la economía agroexportadora apoyada en una jerarquía social elitista, “abierta al mundo” como satélite colonial. En ese sentido comparte las ilusiones de las aventuras militares, desde 1930 a 1976, empecinadas en someter de manera definitiva a las mayorías populares, antes con el poder de las armas y ahora con los poderes mediático y judicial, complementado con dosis crecientes de violencia física. También alberga componentes fascistas descongeladas o renovadas que a veces saltan la barrera de la discreción a través de alguna declaración “desafortunada” o “mal interpretada” de un funcionario desprolijo o de un comunicador demasiado suelto de lengua. Las antiguas latencias gorilas se combinan con intentos tortuosos de suavización de la imagen criminal de la última dictadura militar y de redemonización de sus víctimas, especialmente de quienes la enfrentaron. En este último caso la cosa va más allá de la reconstrucción cultural reaccionaria, de la legitimación de un pasado tenebroso y aparece formando parte del intento de recomposición de lo que fue la *pata civil* de la dictadura de 1976, instalando condiciones psicológicas y cambios en los dispositivos represivos que permitirían poner nuevamente en escena a la *pata militar* ante las previsibles resistencias de los de abajo.

La contrarrevolución macrista nutre su comportamiento desde todas esas fuentes del pasado, subsuelo ideológico de su base social, pero introduce novedades a tono con el contexto global que sobredeterminan su funcionamiento y que expresan de manera clara

el nivel al que ha llegado la clase dominante argentina resultado de un prolongado proceso degenerativo.

La reproducción del capitalismo argentino fue incorporando de manera creciente elementos parasitarios desplazando desarrollos productivos, desde la especulación financiera y comercial hasta llegar a un amplio espectro de actividades ilegales donde se mezclan el contrabando, estafas de todo tipo, narconegocios, etc. En la cumbre del sistema la reproducción productiva quedó subordinada a la reproducción parasitaria.

Los Macri

El apellido Macri, su localización en Argentina, su origen y extensiones en Italia ilustran bien, tanto la mutación globalista de las redes mafiosas tradicionales, como la transformación mafiosa de la alta burguesía argentina coincidente con fenómenos similares a escala global. Ese apellido hunde sus raíces en Calabria, algunos biógrafos señalan que se trata de una familia que en el siglo XIX se destacaba como propietaria terrateniente de la región con lo que tal vez intentan adornarla con un cierto pasado *aristocrático*. En realidad como es bien sabido las estructuras mafiosas no solo de Calabria, sino también de Sicilia y otras zonas de Italia se originaron precisamente en grupos terratenientes tradicionales que buscaban preservar su poder ante la irrupción del estado moderno. El abuelo Giorgio Macri hizo buenos negocios en Italia vinculados al poder fascista en el sector de la construcción pero después de 1945 con la derrota de sus protectores debió emigrar, se instaló en Argentina y su primogénito Franco desplegó una fulgurante (y sospechosa) carrera empresaria fundada también en negocios en el sector de la construcción rápidamente diversificados y casi siempre enredados en la corrupción estatal. Durante la última dictadura militar dio el gran salto que lo ubicó en el más alto nivel del poder económico argentino: el grupo Macri poseía formalmente 7 empresas en 1976 y 47 en 1983⁵. En esa época aparecen relaciones tanto de él como de su hermano Antonio con la logia mafiosa italiana P2 que había asociado a varias estructuras criminales de Italia (provenientes de la Cosa Nostra siciliana, la 'Ndrangheta calabresa, etc.) en estrecha relación con el aparato de inteligencia de los Estados Unidos (eran los tiempos de la Guerra Fría)⁶.

El nombre "*Antonio*" recorre buena parte de la historia familiar -que en ciertos casos está misteriosamente atravesada por espacios en blanco-, recordemos entre otros a Antonio, hermano de Franco, a Antonia hija de Mauricio o a Antonio hijo de su primo Jorge, etc. Curiosamente el nombre Antonio se reitera sistemáticamente a lo largo del árbol genealógico familiar. Aunque si buscamos a "Antonio Macri" en Wikipedia en inglés⁷ encontraremos la historia de aquel nacido en Siderno, Calabria en 1902 a solo 24 kilómetros de la ciudad de Polistena donde nació el abuelo Giorgio (en 1898). Antonio se hizo más adelante célebre como *Zi'ntoni*, el *capobastone* o jefe mafioso más importante de Calabria. En su biografía figura como el gran modernizador de las prácticas mafiosas calabresas al introducir al tráfico de drogas como actividad central lo que le permitió a esa red, más conocida como 'Ndrangheta, convertirse rápidamente en la principal estructura mafiosa italiana⁸. Se trata del tráfico de cocaína y de la conexión Calabria-Colombia de la

5 Eduardo Aspiazu y Miguel Khavisse, "Deuda externa y poder económico en Argentina", Siglo XXI, 2004.

6 "La relación entre la mafia masónica P2 y la familia Macri, posible próximo presidente de la Argentina" (reportaje a Gabriela Cerruti): <http://praiadexangrila.com.br/la-relacion-entre-la-mafia-masonica-p2-y-la-familia-macri-posible-proximo-presidente-de-la-argentina/>

José Steinsleger, "Trump y Macri: entre la Cosa Nostra y la logia P2", La Haine, http://www.lahaine.org/mm_ss_mundo.php/trump-y-macri-entre-la

7 Wikipedia, Antonio Macri, https://en.wikipedia.org/wiki/Antonio_Macri%C3%AC

8 https://en.wikipedia.org/wiki/Antonio_Macri%C3%AC

que Zzi'ntoni Macri fue un arquitecto decisivo. Lo que nos lleva inevitablemente al apellido Mancuso, entre otros a Salvador o Salvatore Mancuso (italo-colombiano) líder de los paramilitares colombianos cuya relación con la DEA en especial y más en general con las fuerzas de intervención estadounidenses en Colombia está fuera de duda. Era considerado en la década pasada como *"el más importante aliado de la mafia calabresa"*⁹. Pero el apellido Mancuso figura también en Argentina¹⁰ en el centro de las actividades de la 'Ndrangheta local.

Queda abierta la investigación acerca de las relaciones de parentesco entre Antonio (*Zzi'ntoni*) y *Giorgio Macri* así como de las posibles redes comunes de negocios en los que ambos y sus descendientes estarían o no involucrados. Como sabemos, en estos casos se trata de posibles lazos difíciles de detectar, de trayectorias que llevan a cualquier lugar desviadas por pistas falsas o embrolladas en espacios clandestinos.

Las relaciones entre las mafias y el aparato de inteligencia norteamericano y sus prolongaciones latinoamericanas están plagadas de accidentes, cooperaciones estrechas, traiciones, golpes bajos, protecciones y desprotecciones. A comienzos de Junio de 2017 Vincenzo Macri, con pedido de detención de Interpol, era capturado en Brasil, según la información periodística *"Macri pertenece a la familia mafiosa de la 'Ndrangheta que opera en Siderno, Calabria, es descendiente del antiguo jefe de la familia Antonio Macri, conocido como el "Boss de los dos mundos" señalado por los fiscales italianos como la "prueba viviente de la omnipotencia del crimen organizado"..."*¹¹.

Retornando a la Argentina este entrecruzamiento transnacionalizado entre narconegocios y otros negocios ilegales, legales y semilegales ha ido conformando una esfera "empresaria" depredadora que otorga una identidad definida al lumpencapitalismo local. Hacia 2007 un experto en el tema entrevistado por Clarín pronosticaba que *"en una o dos décadas como máximo, las actividades centrales de la mafia calabresa en la Argentina no tendrán más centro en el tráfico de cocaína. Serán los negocios legales, fruto de la extraordinaria acumulación de capitales de origen criminal, los que les brindarán beneficios enormes"*¹². Corresponde agregar que, como lo está demostrando la realidad argentina, esos "negocios legales" están casi siempre impregnados de componentes gangsteriles donde pululan políticos, comunicadores, jueces y otros funcionarios públicos.

Mafia del Siglo XXI, capitalismo del Siglo XXI

El caso Macri constituye un buen ejemplo local de un fenómeno global que marca al capitalismo del siglo XXI cuyos orígenes se remontan a las últimas décadas del siglo XX cuando la pérdida de dinamismo de la esfera productiva engendró un proceso de financierización (en el centro de un ascenso parasitario mucho más amplio) que devino hegemónico.

Podríamos describir un recorrido histórico en la cumbre del sistema mundial que parte de la desviación de fondos originados en la esfera productiva (con rentabilidad decreciente)

9 Clarín Noticias, *"La Santa, la nueva estructura de la mafia calabresa. Un viejo grupo criminal que se expandió a los cinco continentes"*, Clarín Noticias, 22/10/2007, http://www.clarin.com/ediciones-antteriores/viejo-grupo-criminal-expandio-continentes_0_BJ9fVykAKx.html

10 Redacción de "Dia-a-Dia", *"Buscan al hijo del jefe de la mafia calabresa. Pantaleone Mancuso era buscado por Interpol desde hace un año y medio"*, 14-09-2014, <http://diaadia.viapais.com.ar/policiales/buscan-al-hijo-del-jefe-de-la-mafia-calabresa>

11 *"PF anuncia prisão de mafioso no aeroporto de Guarulhos"*. Do UOL, em São Paulo 09/06/2017. <https://noticias.uol.com.br/internacional/ultimas-noticias/2017/06/09/pf-anuncia-prisao-de-mafioso-no-aeroporto-de-guarulhos.htm>

12 Clarín Noticias, artículo citado.

hacia las operaciones financieras “clásicas” (compra de títulos públicos, de acciones, etc.) y de allí (a medida que estas últimas eran saturadas), hacia formas de especulación cada vez más veloces y enmarañadas (productos financieros derivados, etc.) para finalmente desembocar en los negocios ilegales, los saqueos, etc. (desde el desmantelamiento de empresas públicas periféricas hasta el narcotráfico, las empresas de seguridad y las contrataciones masivas de mercenarios)¹³. De Trump a Macri pasando por Berlusconi y Porochenko señalan la culminación del proceso que arranca en el capitalismo clásico y sus muletas keynesianas para llegar al capitalismo mafioso global.

Ingresando a esa corriente se hace visible el camino que va desde la mafia tradicional al capitalismo parasitario global, así como el gran capital y sus apéndices estatales devienen mafiosos, la viejas mafias con mayor ímpetu empresario encontraron en el capitalismo decadente el caldo de cultivo para su expansión global. Finalmente unos y otros, capitalistas criminales y criminales mafiosos transitando por el nivel más alto de los negocios globales terminan confundándose en las redes burguesas dominantes.

La reproducción dictatorial del poder mafioso

No se trata aquí de desarrollar la hipótesis de que la ‘Ndrangheta made in Calabria haya tomado el poder en Argentina sino de que una articulación mafiosa de la alta burguesía local globalizada se ha hecho cargo del gobierno y que la lógica de su permanencia dominante la impulsa hacia el establecimiento de un régimen dictatorial. Esto incluye a las componentes mafiosas tradicionales-modernizadas instaladas en Argentina pero va mucho más allá de las mismas y abarca a un complejo proceso de decadencia sistémica que desde el quiebre golpista de 1955 fue convirtiendo gradualmente a la rapiña en el centro de las ganancias del alto capitalismo local. Dicho proceso, matizado con algunos relámpagos de desarrollo productivo que no cambiaron la tendencia dominante, debilitó sensiblemente el crecimiento económico general lo que incentivó los apetitos depredadores de la élite dirigente lo que a su vez desordenó y pudrió cada vez más, no solo al tejido económico sino también a la estructura estatal. Todo ello acompañado por cambios decisivos en la cultura de las clases superiores, en sus comportamientos. La subcultura (barbarie) del depredador, del especulador improductivo se fue apropiando del cerebro del burgués de alto rango con propagaciones caóticas hacia abajo. La alta burguesía rural, industrial, comercial o financiera (en numerosos casos todas esas componentes se combinan en un solo grupo o persona) se fue convirtiendo en lumpenburguesía, en un avispero de bandidos sin ley, sumergidos en una loca fuga hacia adelante. Durante un largo recorrido temporal (desde el fin de la dictadura en 1983) esa élite coexistió con las formas “democráticas” vigentes mientras avanzaba en su transformación-degradación, se demostró muy eficaz para presionar gobiernos o cuando fue necesario bloquear decisiones adversas de los mismos.

A esta altura de la reflexión se hace necesario vincular la aceleración de la mutación lumpenbuguversa de la cúpula del capitalismo argentino durante los tres primeros lustros del siglo XXI con la internacionalización de sus negocios que pasaron a formar parte de la acelerada degeneración del capitalismo occidental. Asociando también a la euforia neofascista de capas medias y altas argentinas con fenómenos similares en América Latina pero también en Europa y Estados Unidos.

En casos latinoamericanos como los de Brasil y Argentina, entre otros, es imprescindible contraponer durante los períodos progresistas, a la histeria reaccionaria clasemediera con la mejora de su situación material que acentuó su tentativa de diferenciación respecto de

13 Jorge Beinstein, “La gran mutación del capitalismo”, Le Mode Diplomatique, edición Cono Sur, Número 10, Abril 2000, <https://www.insumisos.com/diplo/NODE/2019.HTM>

las clases bajas destilando odio contra ellas y sus protectores gubernamentales. La prosperidad progresista-burguesa en una sociedad que no superaba de manera radical la fragmentación heredada de la etapa anterior (neoliberal) no volcó a las clases medias hacia el progresismo sino hacia la derecha. Alentadas por los medios de comunicación engendraron delirios racistas, reclamos de re-marginalización de los pobres, de represión al desorden creativo de los jóvenes, asimilando redistribución de ingresos hacia abajo y corrupción, conformando una suerte de masoquismo histórico caracterizado por su adhesión a las banderas políticas de las élites depredadoras que tarde o temprano las iban a esquilmar.

Así fue como la acumulación de poder por parte de la alta lumpenburguesía le permitió asumir “legalmente” el gobierno en diciembre de 2015 aprovechando la convergencia entre las debilidades del kirchnerismo acorralado por el agotamiento de su keynesianismo light y la fascistización de los sectores sociales ya mencionados. Ya en el gobierno sus saqueos iniciales causaron recesión, la torta económica se achicó lo que la impulsa a realizar nuevas depredaciones, la inevitable interacción entre depredación y recesión (o estancamiento o crecimientos anémicos) debería entrar tarde o temprano en contradicción con las normas constitucionales existentes abriéndose el horizonte probable de un régimen dictatorial novedoso que combinaría inestabilidad y autoritarismo.

Una primera característica importante del proceso en curso (su posible culminación dictatorial) es que a diferencia de las dictaduras anteriores cargadas de ideologías (liberalismo oligárquico, conservadorismo fascista, etc.) el poder mafioso desborda pragmatismo, asume perfiles preideológicos, culturalmente confusos, primitivos. La explicación “estructural” de esa barbarie se encuentra en la dinámica inmediatista de sus negocios (financieros y turbios en general) donde el largo o mediano plazo no existe, el futuro aparece como una fina capa pegada a un presente vertiginoso. El burgués mafioso argentino del siglo XXI se distingue del viejo mafioso clásico europeo que parasitaba sobre actividades más o menos estables (extorsión a comerciantes e industriales, prostitución, etc.) y del burgués tradicional (agrario, industrial, etc.), su cerebro funciona aprisionado por la vorágine de los negocios rápidos, sin localización durable, burlando permanentemente las normas. No tiene un alma conservadora, amante del orden (el “orden” pasa a ser un instrumento pasajero) sino un espíritu hundido en el nihilismo, se presenta con ideologías reaccionarias tradicionales en un segundo plano (nostalgias residuales) superadas por un voluntarismo saqueador solo interesado en devorar lo existente. La reproducción ampliada negativa de fuerzas productivas que provoca su dominación lo incita a saquear y saquear, no se trata entonces de neoliberalismo sino de draculismo.

Una segunda característica del poder mafioso es que, más allá de sus discursos acerca de la necesidad de un “cambio cultural” de signo reaccionario, no tiene ilusiones totalitarias, no aspira a reformatear el pensamiento de todos los argentinos, desde el humilde obrero o marginal hasta el más encumbrado burgués, tomando como paradigma al conservador rutinario o al conquistador despiadado miembro de una “raza superior”, etc. Eso le da una apariencia liberal pero por debajo de esa máscara se esconde el depredador solo interesado en anular, bloquear o desviar las resistencias de sus víctimas. Su control de los medios de comunicación no le sirve para adoctrinar al pueblo sino para caotizarlo, para convertirlo en una masa de seres disociados, entretenidos en estupideces, hundidos en una pesadilla donde rige la ley de la selva.

La tercera característica es que esta vez no parece ser necesaria la asunción formal de la suma del poder público, todo indica que el régimen mafioso podría afirmarse dictatorialmente de manera informal sin necesidad de disolver el parlamento ni de intervenir al poder judicial ni de establecer de manera explícita la censura

gubernamental de prensa. La camarilla mafiosa ya dispone de un Poder Judicial mayoritariamente controlado, las redes de corrupción han ido pudriendo esa estructura y solo harían falta algunas defenestraciones (que podrían ser obtenidas mediante mecanismos legales más o menos distorsionados), tampoco aparece como necesaria la censura de prensa, el sistema mediático se encuentra actualmente en su casi totalidad en manos de la mafia, solo restan algunas disidencias que podrían en el futuro ser ahogadas "legalmente"; tampoco parece por el momento necesario disolver el parlamento, Macri pudo imponer sus leyes extorsionando parlamentarios a partir de sus pasados turbios o bien a través del soborno. Además la dictadura podría, a partir de algunos retoques como la imposición del voto electrónico y/u otros mecanismos, liberarse del fantasma de la soberanía popular. Como lo demuestra una densa experiencia internacional la fachada democrática puede ser preservada, el sistema de elecciones "libres" (fraude mediante) puede seguir existiendo sin que la mafia corra el menor riesgo.

La frutilla del postre sería el despliegue de mecanismos propios de la Guerra de Cuarta Generación, de violencia prolijamente desprolija con judicializaciones de la protesta social y asesinatos selectivos mezclados con narcocrímenes y delitos comunes de todo tipo en parte como una suerte de mexicanización aunque seguramente con innovaciones autóctonas.

Finalmente una cuarta característica es que su fuerza radica en la disgregación social, no pretende ordenar jerárquicamente a la sociedad en torno de una estructura productiva esclavizante sino establecer una dualidad caótica: por un lado la élite y sus prolongaciones hacia las capas medias y obreras en contracción manteniéndose a flote en medio de las turbulencias cotidianas y por otro lado la masa sumergida desestructurada, sin identidad, imaginada como residuo social.

El poder mafioso ha sido engendrado por la decadencia del capitalismo argentino (estructural, cultural), emerge como un parásito no como un impulsor y beneficiario del desarrollo de las fuerzas productivas; su dominación se expande al ritmo de la decadencia general, en ese sentido queda planteado el antagonismo histórico entre el crecimiento de esa fuerza tanática y las resistencias y ofensivas sociales desde los sumergidos y los que se están hundiendo, tendientes a regenerar (preservar y construir) identidades colectivas solidarias. Antagonismo que se resuelve teóricamente mediante el enfrentamiento entre dos tendencias destructivas: la del parásito mafioso devorando todo lo que encuentra a su paso (destrucción pura), marchando hacia el sometimiento colonial completo y la de las masas populares que al ir destruyendo al parásito estarían construyendo cultura superadora. La victoria del parásito no es otra cosa que la muerte de Argentina como sociedad civilizada, la muerte del parásito abre la posibilidad del renacimiento nacional. La revolución (popular, nacional, democrática, social) y la contrarrevolución (mafiosa, elitista, colonial) se presentan como polos de atracción del devenir, como alternativas posibles extremas, como tendencias pesadas contrapuestas no confesadas y en ciertos casos ni siquiera imaginadas por sus potenciales protagonistas. Ninguno de ambos atractores está inexorablemente destinado a imponerse de manera definitiva, el proceso histórico puede oscilar entre ellos durante mucho tiempo describiendo un empate hegemónico siniestro donde las víctimas no consiguen eliminar al verdugo y este último no logra aplastar de manera durable a los de abajo. En el primer caso nos encontraríamos ante un bloqueo cultural que no puede ser superado y que sujeta al pueblo dentro de los límites del sistema, en el segundo caso el proceso destructivo desatado por el poder engendra turbulencias (sociales, económicas, políticas) que le impiden consolidarse, todo ello inmerso en un proceso de reproducción ampliada de la podredumbre elitista.

Argentina en contrarrevolución accidentada

Este texto fue difundido en la web desde abril de 2017 con el título “Argentina en contrarrevolución (accidentada). La tentativa de construcción de una dictadura mafiosa”, http://beinstein.lahaine.org/b2-img/Beinstein_Argentinaencontrarrevolucion_ab.pdf

La hipótesis de que Argentina se encuentra actualmente sumergida en un proceso de tipo contrarrevolucionario puede parecer exagerada, no tendría sentido hablar de contrarrevolución cuando no había en 2015 ninguna amenaza revolucionaria sino una experiencia que desde el punto de vista económico podría ser caracterizada como keynesianismo light extremadamente sensible a las presiones del establishment y asociada a un paquete político-cultural igualmente moderado, que, aunque entre otros temas reivindicaba a la militancia revolucionaria de los años 1960 y 1970, lo hacía borrando su programa y sus formas de lucha, reduciéndola a la imagen herbívora de una generación “idealista” que “*quería cambiar el mundo*”. Eso y un poco más (sobre todo una gradual transferencia de ingresos hacia las clases bajas) bastaron a las élites dominantes para alzar la bandera del combate contra el “populismo” y arrastrar a grandes sectores de la capas medias.

No todas la contrarrevoluciones han sido generadas por situaciones o peligros revolucionarios, en ciertos casos se trataba de procesos que buscaban liquidar reformas o bloqueos que impidían la ofensiva elitista. Si nos atenemos a la experiencia histórica esa moderación del adversario constituye una condición importante para la irrupción de avalanchas reaccionarias. Ignazio Silone se refirió al ascenso del fascismo italiano como “*la victoria de una contrarrevolución enfrentada a una revolución inexistente*”¹⁴, ausencia que incentivó la agresividad fascista segura de su impunidad.

De 1955 a 1976

Podríamos ubicar en 1955 a la primera tentativa contrarrevolucionaria¹⁵; el objetivo de sus protagonistas locales era el retorno a la vieja sociedad oligárquica de comienzos del siglo XX. El intento fracasó pese a las represiones y proscripciones desbordado por el nuevo país con sus sindicatos obreros, sus industrias y sus nuevas clases medias. Aunque no fracasó del todo ya que inició un complejo proceso de sometimiento a los Estados Unidos, de extranjerización industrial y financiera, de concentración de ingresos, de reconversión policial de las Fuerzas Armadas. El mismo despertó resistencias populares que se fueron extendiendo y radicalizando hasta llegar a disputar el poder hacia comienzos de los años 1970. Su cuerpo político era el peronismo que como lo señalara Cooke se había convertido en “*el hecho maldito del país burgués*” bloqueando su estabilización. Los círculos dirigentes no podían consolidar su predominio mientras que las fuerzas populares no conseguían derrocarlos, es lo que Portantiero definió como *empate hegemónico*. No se trató de un tira y afloje con resultado cero, ese pantano cubierto por una densa capa de podredumbre política engendró gérmenes, primeros desarrollos y articulaciones de un

14 Ignazio Silone, “L’*école des dictateurs*”, Gallimard, Paris, 1981.

15 Queda abierta la reflexión acerca del significado del golpe de estado de 1930.

abanico social parasitario que se fue adueñando de los circuitos económicos e institucionales del país interrelacionado con la expansión imperial de los Estados Unidos.

La dictadura instalada en 1976 marcó el salto cualitativo del proceso degenerativo del sistema, la acumulación de cambios perversos se convirtió en victoria del capitalismo gangsteril donde convergían viejos oligarcas reconvertidos y burgueses advenedizos, militares, propietarios rurales y de grandes medios de comunicación, contratistas del estado, industriales, banqueros y comerciantes, masa difusa atravesada por la integración de la cultura de la especulación financiera y de los negocios rápidos en general con prácticas criminales a gran escala.

Mas allá de su final político grotesco, la contrarrevolución de 1976 implantó cambios duraderos ya que a partir de ella, la clase dominante transformada en lumpenburguesía dejó definitivamente atrás sus componentes industrialistas-nacionales (poco serias) u oligárquicas-aristocráticas (con turbios pasados no muy lejanos). También obtuvo otros éxitos no menos significativos como la consolidación en los espacios políticos, judiciales, sindicales y comunicacionales de redes mafiosas que pasaron a ser el elenco central del sistema, sobre todo al hundir en el pasado a los desafíos revolucionarios de los años 1960-1970.

De todos modos no consolidó estructuras estables de dominación, la dinámica cortoplacista y transnacionalizada fue llevando al sistema hacia el desastre de 2001 que aparentó sellar su agotamiento histórico aunque en realidad solo se trató del repliegue táctico de élites aturcidas y algo asustadas por el derrumbe a la espera de tiempos mejores.

La era Menem, había marcado en los años 1990 el auge ideológico de ese ciclo, coincidió con los fenómenos globales de financierización y unipolaridad estadounidense y dejó entre sus varias herencias a una derecha peronista política y sindical que venía de antes pero que pasó a formar parte del instrumental operativo normal de los círculos dominantes.

De 2001 a 2015

La degradación de los años 2000 y 2001 no derivó en una nueva contrarrevolución, las clases dirigentes deterioradas fueron incapaces de superar por derecha su propia crisis, no pudieron aglutinar a sus núcleos centrales imponiendo un régimen durable de penuria generalizada para las clases bajas y la posibilidad de agrupar a las capas medias como furgón de cola fue quebrada por el desenlace económico catastrófico de fines de 2001. Entonces se produjo una situación que al parecer reproducía la de los años del “empate hegemónico” aunque en realidad se trataba de otra cosa: un pantano sin alternativas, sin banderas a la vista, donde la clase dominante no podía mostrar las suyas y las clases populares carecían de ellas.

El resultado fue la irrupción en 2003 de un híbrido progresista que fue avanzando en el espacio de “*lo posible*”, la mejoras de los precios internacionales de las materias primas, la expansión del mercado de Brasil y otros beneficios externos fueron combinados con estrategias de ampliación prudente del mercado interno. Aumentaron los salarios reales recuperando los niveles de mediados de los años 1990 pero por debajo de los de mediados de los 1980 inferiores a su vez de los de mediados de los 1970. Se redujo la desocupación, se duplicó el número de jubilados (y se renacionalizó el sistema jubilatorio) pero quedaron intactos los intereses de los grupos parasitarios dominantes.

La experiencia alcanzó su techo cuando comenzó el desinflen de los precios internacionales de las materias primas mientras la expansión indolora del mercado interno

tocaba los límites del sistema. Se agotó la ampliación de ese mercado apelando al achicamiento del desempleo con salarios reales en alza moderada, el paso siguiente necesario habría sido distribuir ingresos hacia las clases bajas a gran escala acelerando las subas salariales, lo que requería establecer un fuerte control público del comercio interior (bloqueando las corridas inflacionarias), del comercio exterior y del mercado de divisas (para liberar a la economía del chantaje de los exportadores concentrados) y del sistema bancario (para reducir costos financieros). Pero eso no se podía hacer sin el quiebre del poder de bloqueo de las mafias cuyos instrumentos mediáticos y judiciales cumplen un rol decisivo. Dicho de otra manera para que la economía siguiera creciendo era necesario ir más allá de los límites concretos del país burgués-mafioso desplegando una revolución popular democratizadora del conjunto de las relaciones sociales, objetivo inexistente en el imaginario de aquel gobierno. Los argumentos básicos del kirchnerismo eran que esa ofensiva no solo no era necesaria sino que además resultaba suicida dado el enorme poder de la derecha, o bien que no existía el respaldo popular necesario para dicha aventura. Claro, el respaldo no aparecía porque no era incentivado mediante grandes medidas sociales (salariales, crediticias, etc.). Así fue como la dinámica astuta de “lo-posible” se convirtió en el camino hacia la derrota, el híbrido pudo reinar durante doce años gracias al repliegue inicial de las élites dirigentes, pero su reinado posibilitó la recomposición de esas élites, su redespliegue económico, mediático, político y judicial, orquestando un enorme tsunami reaccionario.

La contrarrevolución

Con la llegada de Macri a la presidencia se desencadenó un fenómeno que combina aspectos propios de una restauración conservadora y sus brotes neofascistas, con otros que expresan una desaforada fuga saqueadora hacia adelante. Nostalgias de los tiempos de la dictadura militar y del menemismo más algunas pequeñas dosis desteñidas de viejo aristocratismo oligárquico unidas al ímpetu del saqueador completamente desinteresado de esas u otras nostalgias a lo que se agrega el desprecio hacia los pobres, todo ello atravesado por componentes de barbarie altamente destructivas.

Observemos en primer lugar el comportamiento del sujeto del desastre, reiteración ampliada y radicalizada del espectro lumpenburgués de los años 1990, donde se presentan personajes de configuración variable inmersos en complejas tramas de operaciones que van desde actividades industriales mezcladas con embrollados negocios de exportación e importación, hasta turbios contratos de obras públicas, ganando mucho dinero con la compra-venta de jugadores de fútbol vinculada al blanqueo global de fondos provenientes del narcotráfico, concretando emprendimientos agrícolas, subas desaforadas de precios, contrabandos, manipulaciones financieras, estafas al Estado y manejos de multimedios. Mundo tenebroso protegido por redes mediáticas y judiciales, reducida lumpenburguesía transnacionalizada, rodeada por un círculo más extendido de aspirantes a la cumbre donde se revuelcan jueces, políticos, burócratas sindicales, periodistas y comerciantes audaces, ejerciendo su influencia sobre grandes masas fluctuantes de clase media.

Es posible visualizar a la cima de la clase dominante argentina como a una suerte de articulación mafiosa inestable que puede en ciertas coyunturas unir fuerzas en torno de una ofensiva saqueadora pero que más adelante aparece sumergida en interminables disputas internas acosada por las consecuencias sociales y económicas de sus saqueos y por un contexto global de crisis.

Dos personajes sintetizan el recorrido histórico de esa clase desde sus lejanos orígenes en la colonia hasta hoy: José Alfredo Martínez de Hoz y Maurizio Macri.

La familia Martínez de Hoz se instaló en Buenos Aires hacia fines del siglo XVIII y amasó una primera fortuna con el contrabando y el tráfico de esclavos, convertida luego en gran propietaria terrateniente (exterminio de pueblos originarios mediante) en 1866 el descendiente José Toribio Martínez de Hoz fundó en su casa la Sociedad Rural Argentina, bastión de la oligarquía, mucho tiempo después José Alfredo Martínez de Hoz encabezando negocios legales e ilegales muy diversificados fue en 1976 el cerebro civil de la dictadura militar dándole cobertura institucional a los negocios parasitarios dominantes como el dictado de la *Ley de entidades financieras* vigente hasta la actualidad. Los Martínez de Hoz representan el ciclo completo que va desde los orígenes coloniales pasando por la consolidación aristocrática-terrateniente hasta llegar a su transformación lumpenburguesa.

Por su parte Maurizio Macri es el primogénito de un clan mafioso originario de Calabria, su abuelo Giorgio acumuló una importante fortuna en la Italia mussoliniana como contratista del estado en obras públicas (principalmente en la Abisinia ocupada por el ejército italiano). Terminada la guerra fundó una fuerza política neofascista, pero acosado por los nuevos tiempos democráticos emigró a la Argentina seguido luego por sus hijos en 1949. Su primogénito Franco continuando la especialidad de su padre se convirtió al poco tiempo en empresario del sector de la construcción haciendo grandes negocios como contratista del estado y contrajo matrimonio en los años 1950 con Alicia Blanco Villegas perteneciente a una tradicional familia de terratenientes de la Provincia de Buenos Aires. El gran salto se produjo durante la última dictadura militar en estrecha relación con varios de sus jefes. Fue el caso del Almirante Massera con quien compartió la pertenencia a la célebre logia mafiosa italiana P2. Siguiendo la línea sucesoria clásica, su primogénito Maurizio aparece, según lo explican diversos autores, como el heredero y jefe natural del clan familiar, el **capobastone** de la **'ndrina** (si empleamos la terminología de la mafia calabresa: la **'ndrangheta**)¹⁶. Es un caso sin precedentes en la historia argentina y muy raro a nivel global el que un personaje de este tipo ocupe la presidencia de un país aunque esa aberración puede ser comprendida a partir de la degradación profunda de la burguesía argentina. Ya no se trata de políticos o militares vendidos a las mafias ni de oligarcas devenidos mafiosos sino de un presunto capo mafioso convertido en Presidente. Todo esto nos sirve para entender mejor la contrarrevolución en curso. Desde diciembre de 2015 se sucedieron vertiginosamente medidas como la hiperdevaluación del peso, la reducción o anulación de impuestos a la exportación, la suba de tasas de interés y de tarifas de electricidad o la apertura importadora y la liberalización del mercado cambiario que aumentaron el ritmo inflacionario, contrajeron los salarios reales, achicaron el mercado interno, incrementaron el déficit fiscal, la desocupación y la fuga de capitales. Como es lógico las inversiones extranjeras anunciadas nunca llegaron mientras aumentaba sin cesar la deuda pública externa. Todo lo anterior puede ser sintetizado como un gran saqueo concentrador de ingresos que van siendo sistemáticamente enviados al exterior, pillaje desenfrenado sostenido con deudas que en principio debería derivar tarde o temprano en una mega crisis al estilo de lo ocurrido en 2001.

El fenómeno no se reduce al plano económico, extiende sus garras hacia el conjunto de la vida social, desde la destrucción sistemática de la educación pública, hasta la sinuosa reinstalación de la *teoría de los dos demonios* aliviando la carga del genocidio de la

16 Recomiendo la lectura de:

- Rocco Carbone, "Andragathos", Página 12, 24 de febrero de 2017, <https://www.pagina12.com.ar/22055-andragathos>

- "Antonio Macri, italian leader of the 'Ndrangheta...", [https://www.revolvy.com/topic/Antonio Macri&uid=157](https://www.revolvy.com/topic/Antonio-Macri&uid=157)

- Horacio Verbitsky, "De Calabria al Plata. El presidente Maurizio Macri y las mafias", Página 12, 9 de abril de 2017, <https://www.pagina12.com.ar/30709-de-calabria-al-plata>

última dictadura (que según el gobierno macrista no sería tan grande) y el intento de ir reduciendo los derechos sindicales y de protesta, pasando por el gradual despliegue represivo y el bombardeo mediático convencional y a través de las redes sociales inflando formas subculturales fascistas. Visualizando su dinámica general y más allá de los discursos oficiales, el gobierno macrista apunta desde su instalación hacia la consolidación de una dictadura mafiosa, sistema autoritario de gobierno con rostro civil y apariencia constitucional, que viene avanzando en medio de desprolijidades y tanteos. La lógica del proceso es simple: el achicamiento del mercado local combinado con un mercado internacional enfriado que no permite auges exportadores empuja a las élites dominantes a acentuar la rapiña interna lo que plantea crecientes problemas de control del descontento popular. La intoxicación mediática resulta insuficiente, la base social del gobierno se va restringiendo, entonces el recurso a la represión directa con más o menos coberturas “legales” se va convirtiendo en un instrumento cada vez más importante.

El pantano y el laberinto

Dos imágenes, la del pantano y la del laberinto, facilitan la comprensión de la tragedia argentina.

Los primeros meses de 2017 podrían estar marcando el empantanamiento del proceso, la impopularidad del gobierno asciende gradualmente, algunos círculos opositores señalan fracasos macristas como resultado de la torpeza del presidente, de su falta de inteligencia. Sería más acertado verlos como las consecuencias del choque entre una mentalidad mafiosa simplificadora y audaz, muy eficaz en el mundo de los negocios turbios pero crecientemente ineficaz ante el despliegue de una sociedad compleja. Un amplio abanico de complicidades parlamentarias y sindicales, de no-oficialismos complacientes, posibilitó el avance arrollador de los primeros meses, pero la persistencia de la degradación económica y la multiplicación de perversidades gubernamentales van generando una oposición popular creciente. La realidad se presenta como un pantano que traba, dificulta la marcha de los depredadores cuyos delirios se hunden en el barro viscoso del territorio conquistado. La lógica del poder hace que las tentativas por salir de esa situación tienden a agravarla, la intoxicación mediática va perdiendo eficacia, las arbitrariedades judiciales y las represiones engendran su contrario: repudio popular. El gobierno va cambiando de aspecto, la memoria latente mafiosa-fascista de la *'ndrina* original, del mussoliniano abuelo Giorgio, convergiendo con los recuerdos de los magníficos negocios realizados en los tiempos de Massera y Videla, asoma desde el rostro crispado de Maurizio desplazando a la cara amable fabricada por los asesores de imagen. El sello autoritario convocante de minorías feroces aparece como la bandera de la contrarrevolución acosada.

De todos modos el actual sistema de poder no se apoya solo en sus propias fuerzas, cuenta con un aliado decisivo: la debilidad estratégica de sus víctimas enredadas en un laberinto que les ha impedido hasta ahora pasar a la ofensiva. Laberinto simbólico, psicológico, pero también construido con aparatos sindicales y represivos, instituciones degradadas, dinámicas económicas depresivas.

Como no recordar a los dirigentes opositores y a otros no tanto repitiendo desde los primeros días del proceso su deseo de que *“al gobierno le vaya bien porque de ese modo al país también le irá bien”* mientras el gobierno devaluaba, eliminaba retenciones a la exportación, subía las tasas de interés, liberaba importaciones, daba las primeras señales represivas. Como no tener presentes a esos mismos personajes insistiendo en que el de Macri es un gobierno legítimo, avalado por su origen electoral democrático y que por consiguiente debería disfrutar de gobernabilidad hasta el final legal de su mandato (fines

de 2019) ignorando su llegada al poder a través una sucesión de manipulaciones mediáticas y judiciales que bien podría ser caracterizada como golpe blando y su desarrollo posterior como construcción zigzagueante pero sistemática de un sistema dictatorial.

Nos encontramos ante el bloqueo ideológico de políticos que predicán el sometimiento a “las instituciones” (mafiosas) y de jefes sindicales dedicados a enfriar las protestas sociales, empezando por la cúpula de la CGT, condenando a las bases populares a recorrer un embrollado laberinto regiminoso sin salida real. Tratan de convencernos de que ese laberinto tiene una puerta de salida y que un conjunto de sabios dirigentes ha podido localizar el *hilo de Ariadna* que permitirá superar la encerrona. Recomiendan aferrarse al mismo y recorrer mansamente pasadizos que atraviesan plazos electorales (y sus correspondientes intrigas politiqueras), decisiones arbitrarias de camarillas judiciales, avalanchas mediáticas y posibles diálogos con un poder autoritario. En realidad el laberinto no tiene salida, la única posibilidad emancipadora es destruirlo en los cerebros de las víctimas, en las calles, desplegando una amplia ofensiva popular, aplastando las fortalezas elitistas (mediáticas, judiciales, empresarias, políticas).

Lo que aparece como el fracaso económico de Macri derivando en la normalización de una “*economía de baja intensidad*”, de estancamiento tendencial prolongado (más allá de algunas expansiones anémicas), puede llegar a convertirse en la consolidación de una sociedad desintegrada, caótica, albergando vastas áreas sumergidas en la pobreza y la indigencia, gobernada por una cúpula mafiosa (con o sin el *capobastone* calabrés).

Si observamos el largo plazo constataremos que desde la formación de la Argentina moderna, hacia fines del siglo XIX, se ha perpetuado la reproducción, como componente imprescindible del subdesarrollo, de una clase dominante oligárquica que llega ahora finalmente a su nivel de degeneración extrema, de articulación mafiosa navegando en los circuitos globales de negocios parasitarios. Ese recorrido histórico fue de tanto en tanto atravesado por tentativas democratizadoras que buscaban principalmente integrar al sistema a capas sociales excluidas. Pero una y otra vez el sistema las desbarató imponiendo su dinámica excluyente. Lo ha podido hacer porque esas oleadas populares nunca eliminaron los pilares esenciales de su dominación, apaciguadas, desviadas, engañadas por los mitos cambiantes del país burgués, sus pasadizos institucionales, seudopatrióticos o globalistas, dialoguistas o restauradores del orden.

En última instancia se trata del combate entre la creatividad del pueblo, reproducción ofensiva de identidad, desarrollo de luchas, enfrentada hoy a fuerzas tanáticas desatadas por una élite cuyo único horizonte es el pillaje.

Las lumpenburguesías latinoamericanas Élites económicas y decadencia sistémica

Este texto fue publicado originalmente en la Revista Maiz, en Mayo de 2016, Facultad de Periodismo y Comunicación Social de la Universidad Nacional de La Plata, <http://www.revistamaiz.com.ar/2016/06/lumpenburguesias-latinoamericanas.html>

A raíz de la llegada de Mauricio Macri a la presidencia se desató en algunos círculos académicos argentinos la reflexión en torno del “modelo económico” que la derecha estaba intentando imponer. Se trató no solo de hurgar en los currículum vitae de ministros, secretarios de estado y otros altos funcionarios sino sobre todo en la avalancha de decretos que desde el primer día de gobierno se precipitaron sobre el país. Buscarle coherencia estratégica a ese conjunto fue una tarea ardua que a cada paso chocaba con contradicciones que obligaban a desechar hipótesis sin que se pudiera llegar a un esquema mínimamente riguroso. La mayor de ellas fue probablemente la flagrante contradicción entre medidas que destruyen el mercado interno para favorecer a una supuesta ola exportadora evidentemente inviable ante el repliegue de la economía global; otra es la suba de las tasas de interés que comprime al consumo y a las inversiones a la espera de una ilusoria llegada de fondos provenientes de un sistema financiero internacional en crisis que lo único que puede brindar es el armado de bicicletas especulativas.

Algunos optaron por resolver el tema adoptando definiciones abstractas tan generales como poco operativas (“modelo favorable al gran capital”, “restauración neoliberal”, etc.), otros decidieron seguir el estudio pero cada vez que llegaban a una conclusión satisfactoria aparecía un nuevo hecho que les tiraba abajo el edificio intelectual construido y finalmente unos pocos, entre los que me encuentro, llegamos a la conclusión de que buscar una coherencia estratégica general en esas decisiones no era una tarea fácil pero tampoco difícil sino sencillamente imposible. La llegada de la derecha al gobierno no significa el reemplazo del modelo anterior (desarrollista, neokeynesiano o como se lo quiera calificar) por un nuevo modelo (elitista) de desarrollo, sino simplemente el inicio de un gigantesco saqueo donde cada banda de saqueadores obtiene el botín que puede obtener en el menor tiempo posible y luego de conseguido pugna por más a costa de las víctimas pero también si es necesario de sus competidores. La anunciada libertad del mercado no significó la instalación de un nuevo orden sino el despliegue de fuerzas entrópicas, el país burgués no realizó una reconversión elitista-exportadora sino que se sumergió en un gigantesco proceso destructivo.

Si estudiamos los objetivos económicos reales de otras derechas latinoamericanas como las de Venezuela, Ecuador o Brasil encontraremos similitudes sorprendentes con el caso argentino, incoherencias de todo tipo, autismos desenfrenados que ignoran el contexto global así como las consecuencias desestabilizadoras de sus acciones o “proyectos” generadores de destrucciones sociales desmesuradas y posibles efectos boomerang

contra la propia derecha¹⁷. Es evidente que el cortoplacismo y la satisfacción de apetitos parciales domina el escenario.

En la década de 1980 pero sobre todo en los años 1990 el discurso neoliberal desbordaba optimismo, el *"fantasma comunista"* había implotado y el planeta quedaba a disposición de la única superpotencia: los Estados Unidos, el libre mercado aparecía con su imagen triunfalista prometiendo prosperidad para todos. Como sabemos esa avalancha no era portadora de prosperidad sino de especulación financiera, mientras la tasas de crecimiento económico real global seguían descendiendo tendencialmente desde los años 1970 (y hasta la actualidad) la masa financiera comenzó a expandirse en progresión geométrica. Se estaban produciendo cambios de fondo en el sistema, mutaciones en sus principales protagonistas que obligaban a una reconceptualización. En el comando de la nave capitalista global comenzaban a ser desplazados los burgueses titulares de empresas productoras de objetos útiles, inútiles o abiertamente nocivos y su corte de ingenieros industriales, militares uniformados y políticos solemnes, y empezaban a asomar especuladores financieros, payasos y mercenarios despiadados, la criminalidad anterior medianamente estructurada comenzaba a ser remplazada por un sistema caótico mucho más letal. Se retiraba el productivismo keynesiano (heredero del viejo productivismo liberal) y comenzaba a instalarse el parasitismo neoliberal.

El concepto de lumpenburguesía

Existen antecedentes de ese concepto, por ejemplo en Marx cuando describía a la monarquía orleanista de Francia (1830-1848) como un sistema bajo la dominación de la aristocracia financiera señalando que *"en las cumbres de la sociedad burguesa se propagó el desenfreno por la satisfacción de los apetitos más malsanos y desordenados, que a cada paso chocaban con las mismas leyes de la burguesía, desenfreno en el que, por la ley natural, va a buscar su satisfacción la riqueza procedente del juego, desenfreno por el que el placer se convierte en crápula y en que confluyen el dinero, el lodo y la sangre. La aristocracia financiera, lo mismo en sus métodos de adquisición, que en sus placeres, no es más que el renacimiento del lumpenproletariado en las cumbres de la sociedad burguesa"*¹⁸. La aristocracia financiera aparecía en ese enfoque claramente diferenciada de la burguesía industrial, clase explotadora insertada en el proceso productivo. Se trataba, según Marx, de un sector instalado en la cima de la sociedad que lograba enriquecerse *"no mediante la producción sino mediante el escamoteo de la riqueza ajena ya creada"*¹⁹. Ubiquemos dicha descripción en el contexto del siglo XIX europeo occidental, marcado por el ascenso del capitalismo industrial donde esa aristocracia navegando entre la usura y el saqueo aparecía como una irrupción históricamente anómala destinada a ser desplazada tarde o temprano por el avance de la modernidad. Marx señalaba que hacia el final del ciclo orleanista *"La burguesía industrial veía sus intereses en peligro, la pequeña burguesía estaba moralmente indignada, la imaginación popular se sublevaba. París estaba inundado de libelos. "La dinastía de los Rothschild", "Los usureros, reyes de la época", etc. en lo que se denunciaba y anatematizaba, con más o menos ingenio, la dominación de la aristocracia financiera"*²⁰.

17 Jorge Beinstein, "Serra contra o Mercosul: o auge das direitas loucas na América Latina" <http://cartamaior.com.br/?/Editorial/Internacional/Serra-contra-o-Mercosul-o-auge-das-direitas-loucas-na-America-Latina%0D%0A/6/15507>

18 Carlos Marx, "Las luchas de clases en Francia de 1848 a 1850", en Carlos Marx-Federico Engels, Obras Escogidas, Tomo I, páginas 128-129, Editorial Progreso, Moscú 1966.

19 Ibid.

20 Ibid.

Resulta notable ver aparecer a los Rothschild como “usureros”, imagen claramente precapitalista, cuando en las décadas que siguieron y hasta la Primera Guerra Mundial simbolizaron al capitalismo más sofisticado y moderno. Karl Polanyi los idealizaba como pieza clave de la *Haute Finance* europea, instrumento decisivo, según él, en el desarrollo equilibrado del capitalismo liberal, cumpliendo una función armonizadora poniéndose por encima de los nacionalismos, anudando compromisos y negocios que atravesaban las fronteras estatales calmando así la disputas interimperialistas. Describiendo a la Europa de las últimas décadas del siglo XIX Polanyi explicaba que: “*los Rothschild no estaban sujetos a un gobierno; como una familia, incorporaban el principio abstracto del internacionalismo; su lealtad se entregaba a una firma, cuyo crédito se había convertido en la única conexión supranacional entre el gobierno político y el esfuerzo industrial en una economía mundial que crecía con rapidez*”²¹.

Lo que para Marx era una anomalía, un resto degenerado del pasado, para Polanyi era una pieza clave de la “*Pax Europea*”, del progreso liberal de Occidente quebrado en 1914. La permanencia de los Rothschild y de sus colegas banqueros durante todo el largo ciclo del despegue y consolidación industrial de Europa demostró que no se trataba de una anomalía sino de una componente parasitaria indisociable (aunque no hegemónica en ese ciclo) de la reproducción capitalista. Por otra parte el estallido de 1914 y lo que siguió, desmintió la imagen de cúpula armonizadora, estableciendo acuerdos, negocios que imponían equilibrios. Sus refinamientos y su aspecto “*pacificador*” formaban parte de un doble juego peligroso pero muy rentable, por un lado alentaban de manera discreta toda clase de aventuras coloniales y ambiciones nacionalistas como por ejemplo las carreras armamentistas (y de inmediato pasaban la cuenta) y por otro las calmaban cuando amenazaban producir desastres, pero esa sucesión de excitantes y calmantes aplicadas a monstruos que absorbían drogas cada vez mas fuertes terminó como tenía que terminar: con un gigantesco estallido bajo la forma de Primera Guerra Mundial.

El concepto de “*lumpenburguesía*” aparece por primera vez hacia fines de los años 1950 a través de un texto de “Ernest Germain” seudónimo empleado por Ernest Mandel haciendo referencia a la burguesía de Brasil que el autor consideraba una clase semicolonial, “*atrasada*”, no completamente “*burguesa*” (en el sentido moderno-occidental del término). Fue retomado más adelante, en los años 1960-1970 por André Gunder Frank generalizándolo a las burguesías latinoamericanas²². Tanto Mandel como Gunder Frank establecían la diferencia entre las burguesías centrales, estructuradas, imperialistas, tecnológicamente sofisticadas; y las burguesías periféricas, subdesarrolladas, semicoloniales, caóticas, en fin, *lumpenburguesas* (burguesías degradadas).

Pero ese esquema empezó a ser desmentido por la realidad desde los años 1970 con la declinación del keynesianismo productivista y sus acompañantes reguladores e integradores. Se desató el proceso de transnacionalización y financierización del capitalismo global que desde comienzos de los años 1990 (con la implosión de la URSS y la aceleración del ingreso de China en la economía de mercado) adquirió un ritmo desenfrenado y una extensión planetaria. Mientras se desaceleraba la economía productiva crecía exponencialmente la especulación financiera, una de sus componentes principales, los *productos financieros derivados* equivalían según el Banco de Basilea a unas dos veces el Producto Bruto Mundial en el 2000 llegando a 12 veces en 2008, por su

21 Karl Polanyi, “The Great Transformation. The Political and Economic Origins of Our Time”, Bacon Press, Boston, Massachusetts, 2001.

22 André Gunder Frank, “Lumpenburguesía: lumpendesarrollo”, Colección Cuadernos de América, Ediciones de la Banda Oriental, Montevideo, 1970.

parte la masa financiera global (derivados y otros papeles) equivalía en ese momento a una 20 veces el Producto Bruto Mundial. Hegemonía financiera apabullante que transformó completamente la naturaleza de la élites económicas del planeta, la desregulación (es decir la violación creciente de todas las normas), el cortoplacismo, las dinámicas depredadoras, fueron los comportamientos dominantes produciendo veloces concentraciones de ingresos tanto en los países centrales como en los periféricos, marginaciones sociales, deterioros institucionales (incluidas las crisis de representatividad).

Todo ello se ha agravado desde la crisis financiera de 2008 confirmando la existencia de una *lumpenburguesía global dominante* (resultado de la decadencia sistémica general) cuyos hábitos de especulación y saqueo enlazan con ascensos militaristas que potencian su irracionalidad. Los Estados Unidos se encuentran en el centro de esa peligrosa fuga hacia adelante: escalada militar en el Este de Europa, Medio Oriente y Asia del Este acompañada por claros síntomas de descontrol financiero donde por ejemplo el Deutsche Bank acumularía actualmente unos 75 billones de dólares en productos financieros derivados²³, papeles altamente volátiles que representaban en 2015 unas 22 veces el Producto Bruto Interno de Alemania y unas 4,6 veces el Producto Bruto Interno de toda la Unión Europea; del otro lado del Atlántico solo cinco grandes bancos norteamericanos (Citigroup, JP Morgan, Goldman Sachs, Bank of America y Morgan Stanley) acumulaban derivados por cerca de 250 billones de dólares²⁴, equivalentes a 3,4 veces veces el Producto Bruto Mundial o bien unas 14 veces el Producto Bruto Interno de los Estados Unidos. Imaginemos las consecuencias económicas globales del desplome de esa masa de papeles. Mientras tanto los grandes lobos de Wall Street juegan alegremente al poker admirados por pequeñas aves carroñeras de la periferia deseosas de “abrirse al mundo” y participar del festín.

América Latina

América Latina no ha quedado fuera de esa mutación global. Existe un consenso bastante amplio en cuanto a la configuración de las élites económicas latinoamericanas durante las dos primeras etapas de la modernización regional (es decir su integración plena al capitalismo) entre fines del siglo XIX y mediados del siglo XX: la agro-minera-exportadora con sus correspondientes oligarquías seguida por el llamado período (industrializante) de sustitución de importaciones con la emergencia de burguesías industriales locales. Especificidades nacionales de distinto tipo muestran casos que van desde la inexistencia de “segunda etapa” en pequeños países casi sin industrias hasta desarrollos industriales significativos como en Brasil, Argentina o México con burguesías y empresas estatales poderosas. Desde prolongaciones industriales de las viejas oligarquías hasta irrupciones de clases nuevas, advenedizos no completamente admitidos por las viejas élites hasta integraciones de negocios donde los viejos apellidos se mezclaban con los de los recién llegados.

En torno de los años 1960-1970 el proceso de industrialización fue siendo acorralado por la debilidad de los mercados internos y su dependencia tecnológica, y de las divisas proporcionadas por las exportaciones primarias tradicionales, apabullado por un

23 Tyler Durden, "Is Deutsche Bank The Next Lehman?", Zero Hedge, <http://www.zerohedge.com/news/2015-06-12/deutsche-bank-next-lehman>

24 Michael Snyder, "Financial Armageddon Approaches", INFOWARS, <http://www.infowars.com/financial-armageddon-approaches-u-s-banks-have-247-trillion-dollars-of-exposure-to-derivatives/>

capitalismo global que impuso ajustes y destruyó o se apoderó de tejidos productivos locales. La transnacionalización y financierización globales se expresaron en la región como desarrollo del subdesarrollo, firmas occidentales que pasaron a dominar áreas industriales decisivas mientras bancos europeos y norteamericanos hacía lo propio con el sector financiero, al mismo tiempo que se agudizaba la exclusión social urbana y rural. La llamada etapa de industrialización por sustitución de importaciones había significado el fortalecimiento del Estado y en varios casos importantes la “*nacionalización*” de una porción significativa de las élites dominantes con la emergencia de burguesías industriales nacionales inestables, pero eso comenzó a ser revertido desde los años 1960-1970 y el proceso de colonización se aceleró en los años 1990.

Lo que ahora constatamos son combinaciones entre asentamientos de empresas transnacionales dominantes en la banca, el comercio, los medios de comunicación, la industria, etc. rodeados por círculos multiformes de burgueses locales completamente transnacionalizados en sus niveles más altos, rodeados a su vez por sectores intermedios de distinto peso. Los grupos locales se caracterizan por una dinámica de tipo “*financiero*” combinando a gran velocidad toda clase de negocios legales, semilegales o abiertamente ilegales, desde la industria o el agrobusiness hasta el narcotráfico pasando por operaciones especulativas o comerciales más o menos opacas. Es posible investigar a una gran empresa industrial mexicana, brasileña o argentina y descubrir lazos con negocios turbios, colocaciones en paraísos fiscales, etc. o a una importante cerealera realizando inversiones inmobiliarias en convergencia con blanqueos de fondos provenientes de una red-narco a su vez asociada a un gran grupo mediático. Las élites económicas latinoamericanas aparecen como una parte integrante de la lumpenburguesía global, son su sombra periférica, ni más ni menos degradada que sus paradigmas internacionales. Muy por debajo de todo ese universo sobreviven pequeños y medianos empresarios industriales, agrícolas o ganaderos que no forman parte de las élites pero que si consiguen ingresar al ascensor de la prosperidad inevitablemente son capturados por la cultura de los negocios confusos, si no lo hacen se estancan en el mejor de los casos o emprenden el camino del descenso.

Aunque cuando estudiamos a esas élites rápidamente descubrimos que su dinámica puramente “económica” solo existe en nuestra imaginación. Un negocio inmobiliario de gran envergadura seguramente requiere conexiones judiciales, políticas, mediáticas, etc.; por su parte para llegar a los niveles más altos de la mafia judicial es necesario disponer de buenas conexiones con círculos de negocios, políticos, mediáticos, etc.; y ser exitoso en la carrera política requiere fondos y coberturas mediáticas y judiciales. En suma, se trata en la práctica de un complejo conjunto de articulaciones mafiosas, grupos de poder transectoriales vinculados a, más o menos subordinados a (o formando parte de) tramas extra-regionales a través de canales de diverso tipo: el aparato de inteligencia de los Estados Unidos, un mega banco occidental, una red clandestina de negocios, alguna empresa industrial transnacional, etc.

A comienzos del siglo XX la élites latinoamericanas formaban parte de una división internacional del trabajo donde la periferia agropecuaria-minera exportadora se integraba de manera colonial a los capitalismo centrales industrializados. En aquellos tiempos Inglaterra era el polo dominante²⁵. Luego llegó el siglo XX y su recorrido de crisis, guerras,

25 "La inversión de las naciones industriales, en especial de Inglaterra, fluyó hacia América Latina. Entre 1870 y 1913, el valor de las inversiones británicas aumentó de 85 millones de libras esterlinas a 757 millones, una multiplicación casi por nueve en cuatro décadas. Hacia 1913, los inversores británicos poseían aproximadamente dos tercios del total de la inversión extranjera". Skidmore, Thomas E. y Smith, Peter H., "Historia contemporánea de América Latina. América Latina en el siglo XX", Ed.

revoluciones y contrarrevoluciones, keynesianismos, fascismos, socialismos... pero al final de ese siglo todo ese mundo quedaba enterrado, triunfaba el neoliberalismo y el capitalismo globalizado y cuando este entró en crisis en América Latina emergieron y se instalaron las experiencias progresistas que intentaron resolver las crisis de gobernabilidad con políticas de inclusión social a sistemas que eran más o menos reformados buscando hacerlos más productivos, menos sometidos a los Estados Unidos, más igualitarios y democráticos. Las élites dominantes se pusieron histéricas, aunque no habían sido seriamente desplazadas, perdían posiciones de poder, se les escapaban de las manos negocios suculentos y su agresividad fue en aumento a medida que la crisis global dificultaba sus operaciones. Por su parte Estados Unidos en retroceso geopolítico global acentuó sus presiones sobre la región intentando su recolonización. Al comenzar el año 2016 los progresismos han sido acorralados como en Brasil o Venezuela, o derrocados como en Paraguay o Argentina; Obama se frota las manos y sus buitres se lanzan al ataque, los capriles y macris cantan victoria convencidos de que estamos retornando a la "normalidad" (colonial), pero no es así: en realidad estamos ingresando en una nueva etapa histórica de duración incierta marcada por una crisis deflacionaria global que se va agravando acompañada por alarmantes señales de guerra.

Las élites dominantes locales no son el sujeto de una nueva gobernabilidad sino el objeto de un proceso de decadencia que las desborda, peor aún esas lumpenbuergeoisías aportan crisis a la crisis más allá de sus manipulaciones mediáticas que tratan de demostrar lo contrario, creen tener mucho poder pero no son más que instrumentos ciegos de un futuro sombrío. Aunque la declinación real del sistema abre la posibilidad de un renacimiento popular, seguramente difícil, doloroso, no escrito en manuales, ni siguiendo rutas bien pavimentadas y previsibles.

Grijalbo. 4a. edición, España, 1996.

Después del golpe blando

Este texto fue difundido en la web desde abril de 2016 con el título “Argentina después del golpe blando. La marcha apresurada del capitalismo mafioso”, <https://beinstein.lahaine.org/argentina-despues-del-golpe-blando-la-marcha-apresurada-del-capitalismo-mafioso/>

En Argentina empieza a conformarse un régimen autoritario con apariencia constitucional, convergencia mafiosa de camarillas empresarias, judiciales y mediáticas monitoreada por el aparato de inteligencia de los Estados Unidos, pero lo que demuestran los primeros meses del proceso es que la tentativa tropieza con numerosas dificultades que amenazan convertirla en una gigantesca crisis de gobernabilidad. El contexto de su desarrollo es una recesión económica que se va profundizando en marcha hacia la depresión, es decir un funcionamiento económico de baja intensidad, con altas tasas de desocupación, salarios reales muy reducidos y baratos en dólares.

No se trata del retorno del viejo neoliberalismo de los años 1990 ni mucho menos de una imitación del régimen oligárquico de fines del siglo XIX, sino de la tentativa de instauración de un sistema mafioso parasitando sobre una población desarticulada albergando grandes espacios de marginalidad y superexplotación laboral, realizando saqueos de recursos naturales. En esa dirección se van imponiendo los instrumentos esenciales de futuro régimen dictatorial: control completo de los medios de comunicación, reconversión integral del sistema de seguridad como apéndice del de los Estados Unidos²⁶, implantación de mecanismos de destrucción económica y social a gran escala, despliegues mediático-judiciales tendientes a extirpar a las oposiciones que no se subordinen al nuevo régimen.

Sometimiento colonial y decadencia periférica

Los tiempos han cambiado, la “*doctrina de la seguridad nacional*” vigente en la época de Videla y Pinochet coincidía con la visión militar-profesional del Imperio, se trataba del control milimétrico de la sociedad colonizada, administrada como un cuartel que coincidió históricamente con la última etapa del predominio en los Estados Unidos del “*complejo militar-industrial*” tradicional, alianza entre la gran industria armamentista y los altos mandos militares subordinando a las élites políticas. Resultado del keynesianismo militar que marcó a la superpotencia desde la Segunda Guerra Mundial y que entró en declinación en los años 1980²⁷.

Más adelante el “Consenso de Washington” reinó durante la era de Carlos Menem en Argentina, Collor de Mello y Cardoso en Brasil señalando el auge de la financierización de la economía y de la política en los Estados Unidos y el conjunto de potencias dominantes sin por ello dejar de lado a la componente militar que comenzó a transformarse.

26 Horacio Verbitsky, “La transparencia del sigilo”, Página 12, Buenos Aires, 27 de marzo de 2016.

27 Jorge Beinstein, “La ilusión del metacontrol imperial del caos. La mutación del sistema de intervención militar de los Estados Unidos y sus consecuencias para América Latina”, Seminario “Nuestra América y Estados Unidos: desafíos del Siglo XXI”. Facultad de Ciencias Económicas de la Universidad Central del Ecuador, Quito, 30 y 31 de Enero de 2013. <http://beinstein.lahaine.org/?p=516>

Esos dos momentos trágicos expresaron la afirmación del sometimiento colonial de Argentina, el primero con formato militar-dictatorial y el segundo con rostro civil-constitucional, que se correspondieron con diferentes configuraciones imperialistas: en el primer caso con un imperialismo norteamericano industrial ascendente, disputando la Guerra Fría y en el segundo con la presencia de la única superpotencia global que venía de ganar esa guerra y que se aprestaba a ejercer la hegemonía planetaria. Aunque al mismo tiempo se financierizaba, el parasitismo empezaba a corroer el sistema degradando sus pilares productivos, instalando la cultura del consumismo desenfrenado. Esa prosperidad malsana contagió a élites periféricas; en los Estados Unidos la fiesta se convirtió en ola militarista desde 2001 y la mega burbuja financiera estalló en 2008; en Argentina el show derivó en recesión la que a su vez culminó con un gran desastre económico, social e institucional en 2001.

El actual sometimiento de Argentina a los Estados Unidos no se corresponde con el auge del Imperio sino con su decadencia, su degradación económica y social, su retroceso geopolítico internacional que busca ser compensado mediante el control total de su patio trasero latinoamericano asegurando la súper explotación de recursos naturales decisivos pero también para introducir a la región como pieza propia de su juego global.

Es un imperio comandado por una lumpenburguesía financiera, sobreviviendo con bajas tasas de crecimiento productivo, parasitando sobre el resto del mundo, que no busca instaurar una jerarquía mundial estable reproduciéndose en el largo plazo sino depredar recursos naturales, degradar o eliminar estados, destruir defensas sociales periféricas extendiendo ofensivas desestructurantes, desintegradoras de identidades nacionales y culturales. Su instrumento de intervención militar es ahora una constelación de organizaciones guiadas por la doctrina de la *Guerra de Cuarta Generación*²⁸ empleando de manera intensiva mercenarios, operaciones clandestinas de su estructura profesional, redes mafiosas, manipulaciones mediáticas y otras actividades destinadas a destruir y caotizar espacios periféricos con el fin de saquearlos.

En correspondencia con ese fenómeno las burguesías latinoamericanas fueron mutando hasta llegar a la situación actual donde grupos industriales, financieros o de agrobusiness combinan sus inversiones tradicionales con otras más rentables pero también más volátiles: aventuras especulativas, negocios ilegales de todo tipo (desde el narco hasta operaciones inmobiliarias opacas pasando por fraudes comerciales y fiscales y otros emprendimientos turbios), transnacionalizándose, convergiendo con “inversiones” saqueadoras provenientes del exterior. En el caso argentino podríamos encontrar antecedentes en el reinado de la “patria financiera” durante la última dictadura militar el que a su vez tiene que ser visto como resultado del fin de la era industrialista.

En síntesis, la configuración lumpenimperialista impone dinámicas decadentes en la periferia, en América Latina ha llegado la hora del lumpencapitalismo, las élites argentinas venían avanzando en esa dirección, la llegada de Macri a la presidencia expresa un enorme salto cualitativo, el país en su conjunto acaba de ingresar de manera recargada y brusca en ese proceso.

28 Jorge Beinstein, art. cit.

Recesión, depresión y economía de baja intensidad

Recientemente el FMI pronosticó para Argentina un crecimiento económico real negativo en 2016 del orden del -1 %, cuando observamos las caídas que ya se han producido en indicadores decisivos desde diciembre de 2015 es posible bajar aún más esa cifra hacia el -3 % o más bajo aún.

Se ha producido en muy poco tiempo una fuerte reducción de los salarios reales, causada entre otros factores por la megadevaluación, los aumentos del precio de los combustibles y de las tarifas de electricidad, gas y transportes, la eliminación o reducción de retenciones y sus impactos inflacionarios a lo que se agrega la suba de las tasas de interés y los despidos masivos en la administración pública (que empiezan a ser seguidos por el sector privado) con lo que tenemos un panorama recesivo provocado por el gobierno cuyo objetivo principal es reducir los salarios reales y su valor en dólares.

La avalancha de cambios ha desatado en algunos círculos el debate en torno del supuesto "*modelo de desarrollo*" que la derecha estaría intentando imponer. Decretos, endeudamientos, subas de precios y despidos se han sucedido de manera vertiginosa, buscarle coherencia estratégica-desarrollista a ese conjunto es una tarea ardua que a cada paso choca con contradicciones que obligan a desechar hipótesis sin que se pueda llegar a una conclusión mínimamente rigurosa. En primer lugar la contradicción entre medidas que destruyen el mercado interno para favorecer a una supuesta ola exportadora evidentemente inviable ante el repliegue de la economía global, otra es la suba de las tasas de interés que comprime al consumo y a las inversiones a la espera de la llegada de fondos provenientes de un sistema financiero internacional en crisis que casi lo único que puede brindar es el armado de bicicletas especulativas.

Esta instalación derechista-mafiosa en el gobierno desconcierta a quienes buscan conceptos conocidos para calificar al fenómeno, tarea inútil ya que no se trata del regreso al neoliberalismo de los años 1990 ni muchos menos al viejo régimen oligárquico del siglo XIX y comienzos del siglo XX. No nos encontramos ante una dominación burguesa clásica con sus taras coloniales, eso pertenece al pasado. No tiene sentido buscar la coherencia estratégica de una avalancha de saqueadores donde predominan las visiones de corto plazo. En coincidencia con la hegemonía lumpenburguesa del capitalismo occidental la élite de pigmeos periféricos, los vasallos argentinos en el poder han instaurado una república de bandidos.

Esto nos debería llevar a la reflexión acerca del significado del fin de la era kirchnerista visualizado por algunos como un traspíe resultado de una derrota electoral por escaso margen y por otros como el producto de una manipulación mediática prolongada combinada con operaciones de la mafia judicial, de grupos económicos concentrados y del aparato de inteligencia de los Estados Unidos. Esta última evaluación está más cerca de la realidad sin embargo es insuficiente, el "*golpe blando*" existió (lo que pulveriza la presunta legitimidad democrática del gobierno actual) pero falta explicar porque fue exitoso.

Si nos limitamos a ciertos aspectos económicos del tema podemos observar que el motor externo empezó a enfriarse desde 2012 luego de la breve recuperación de la recesión global de 2009, la situación se agravó desde mediados de 2014 cuando los precios de las commodities cayeron en picada, la economía pasó a una etapa de crecimientos anémicos

sostenidos por el mercado interno. Los grandes exportadores aumentaron sus presiones destinadas a obtener en la economía nacional beneficios que les permitieran compensar las menores ganancias externas convergiendo con intereses financieros y agrupando al conjunto de la derecha mediática, judicial y política, se trató de una jauría que se fue envalentonando a medida que su enemigo perdía espacio económico y se acentuaba la crisis global.

Los equilibrios del gobierno fueron cada vez más inestables, las compuertas neokeynesianas que bloqueaban la marea comenzaron a sufrir fisuras para finalmente desmoronarse, la candidatura presidencial de Daniel Scioli fue una opción defensiva y débil que no pudo evitar el derrumbe. Entonces se desató (fue desatada) la recesión y diversas señales nacionales e internacionales nos indican que lo hizo para quedarse, nos encontramos ante el comienzo de una depresión económica resultado de la reproducción de un sistema que ha ingresado en una fase de contracción desordenada.

Una referencia importante es la de la salida de la recesión producida desde 2003, en ese período convergieron dos factores principales: el alza de los precios internacionales de las commodities y la reanimación del mercado interno.

El “*motor externo*” fue impulsado por el auge de mercados emergentes como los de China o Brasil entre otros lo que permitió una mejora sustancial de las cuentas externas de Argentina. Los precios de las commodities experimentaron subas notables en esos años impulsadas no solo por la expansión de la demanda internacional sino también por el crecimiento de la especulación financiera, las operaciones globales con productos financieros derivados basadas en commodities llegaban en Diciembre de 2003 a 1,4 billones de dólares, en Diciembre de 2005 alcanzaban los 5,4 billones, en Junio de 2007 llegaban a 8,2 billones y en Junio de 2008 a 13,1 billones de dólares ²⁹.

Por su parte el “*motor interno*” funcionó empujado por el ascenso del empleo, de los salarios reales y de los ingresos de las capas medias, en consecuencia se expandió la demanda interna y el tejido industrial, la economía argentina se recuperó creciendo a tasas excepcionales. Como es sabido el salario real promedio experimenta en Argentina una tendencia descendente de largo plazo (desde mediados de los años 1970), sufrió una caída descomunal durante la crisis de los años 2001-2002, luego se recuperó llegando a los niveles de los años 1990 pero sin alcanzar nunca los de los años 1970, ni siquiera los de mediados de los años 1980³⁰. Podríamos resumir lo sucedido señalando que la reanimación del mercado interno se apoyó en un fuerte crecimiento del empleo y en una recuperación salarial limitada.

Si el crecimiento anémico de los últimos años del gobierno anterior incentivó la voluntad de rapiña de los grupos económicos concentrados es altamente probable que la recesión actual la acentúe mucho más, al achicarse la economía como resultado de los ajustes y las transferencias de ingresos esos grupos intentarán al menos sostener su volumen real de ganancias apropiándose de una porción creciente del ingreso nacional, aunque empujados por su propia dinámica y por el ejercicio de la totalidad del poder es casi

29 Fuente: “Semiannual OTC derivatives statistics”, Bank for International Settlements (BIS).

30 Eduardo M. Basualdo, “La distribución del ingreso en la Argentina y sus condicionantes estructurales”, Memoria Anual 2008, del Centro de Estudios Legales y Sociales (CELS), Argentina.

Juan Kornbliht y Tamara Seiffer, “La persistente caída del salario real argentino (1975 a la actualidad)”, Revista de la Bolsa de Comercio de Rosario, 2014, <http://www.bcr.com.ar/Secretara%20de%20Cultura/Revista%20Institucional/2014/Septiembre/Pol%C3%ADtica%20Social.pdf>

seguro que buscarán absorber un volumen real mayor. Además las medidas que buscan re equilibrar los desequilibrios provocados por las propias medidas económicas del gobierno causan mayor inestabilidad y empobrecimiento del grueso de la población. Es el caso de la tentativa de desacelerar la suba de la cotización del dólar subiendo las tasas de interés con lo que a veces se consigue frenar por poco tiempo esa tendencia pero a costa del agravamiento de la recesión o cuando se pretende achicar el déficit fiscal reduciendo el gasto público (despidiendo empleados, clausurando programas, etc.) lo que agrava la recesión y en consecuencia reduce los ingresos fiscales y aumenta el déficit. En suma, nos encontramos ante un círculo vicioso de concentración de ingresos, achicamiento del Estado y hundimiento de la actividad económica.

La caída de los salarios reales no alienta más inversión interna o externa desalentada por el desinfe de los mercados nacional y global (no hay alternativa exportadora). Mientras tanto el gobierno aparenta aferrarse ante lo que sería la tabla de salvación de la economía: el endeudamiento externo que teóricamente le permitiría realizar inversiones reactivadoras, pero el clima enrarecido del sistema financiero internacional comprime el espacio de los potenciales acreedores cada vez más duros ante una economía nacional deprimida. En realidad esa ansiedad por endeudarse no responde a una pasión desarrollista sino a la presión de los grupos de negocios que han acumulado superbeneicios en estos últimos meses (exportadores, bancos, etc.) y que necesitan convertirlos en dólares, es la evasión de capitales y no la inversión productiva la que reclama endeudamiento externo.

Conclusión: los dos motores de la salida de la recesión en la década pasada ha dejado de funcionar, las políticas que buscaban compensar el ciclo recesivo global han sido eliminadas por las clases dominantes; antes les habían sido útiles para restablecer la gobernabilidad y acumular beneficios ahora las han destruido porque frenaban su voracidad.

Es posible elaborar un modelo excesivamente abstracto de estabilización del proceso depresivo argentino bajo la forma de “*economía de baja intensidad*” o de “*penuria*”, es decir una estructura económica dual con un sector popular contraído y una élite parasitando sobre el primero (superexplotación de los trabajadores y otros saqueos a las clases medias y bajas). Ello permitiría mantener relativamente bajos niveles de importaciones que asegurarían (no siempre) saldos positivos de la balanza comercial³¹ destinados a pagar deudas externas. Estas últimas, además de llenar las arcas de las redes financieras, podrían ser utilizadas para bloquear peligros de implosión y de revuelta social operando como una suerte de droga dosificada destinada a preservar la reproducción del sistema.

Ese modelo económico siniestro necesitaría de manera ineludible del apoyo de un aceitado mecanismo de represión y degradación de las clases inferiores, se trataría de la instalación de un régimen neofascista acorde con la doctrina de la *Guerra de Cuarta Generación* (restringiéndonos a la realidad latinoamericana no está de más observar lo que ocurre en México o en países de América Central). Requeriría además de mucha estabilidad al interior de la articulación mafiosa, de la atenuación de las disputas internas ante un botín de volumen variable sujeto a numerosos factores de inestabilidad locales e

31 De todos modos si el hundimiento económico se suaviza (o se convierte en estancamiento o crecimiento anémico) el déficit comercial reaparece empujado por el torrente de importaciones, componente normal de la “estrategia” de libre mercado.

internacionales. Se trata de un escenario de muy difícil (pero no imposible) realización empalmado con tendencias depresivas globales acompañadas por el aumento de la volatilidad en mercados decisivos, la proliferación de guerras, los deterioros institucionales de los estados centrales, los derrumbes y crisis graves de estados periféricos y otros síntomas claros que describen a un planeta que se encamina hacia horizontes de alta turbulencia.

El fantasma del 2001

El gobierno macrista se comporta como suelen hacerlo los llamados “*sistemas caóticos*” que a diferencia de los “*inestables*” (en desorden permanente) y de los “*estables*” (que tienden hacia el orden de manera irresistible), oscilan entre un polo ordenador, es decir un “*atractor*” neofascista y fuerzas que lo desordenan, que lo conducen hacia la crisis de gobernabilidad.

La marcha hacia la dictadura mafiosa está apuntalada por tres estrategias convergentes: la corrupción de dirigentes, la represión de las protestas sociales y políticas y el bombardeo mediático. Son operaciones de eficacia incierta circulando en medio del hundimiento económico y de la pugna de intereses entre grupos dominantes, se apoyan además en una base social reaccionaria cuyo núcleo duro impulsado por la euforia neofascista está incrustado en las clases medias y altas.

La corrupción de dirigentes políticos y sindicales puede serle útil a corto plazo para imponer decisiones impopulares o frenar protestas pero desgasta a los corruptos, erosiona sus posiciones de poder reduciendo a no muy largo plazo su capacidad operativa, las hace cada vez más vulnerables ante el descontento popular. Es lo que se percibe en los primeros meses del gobierno macrista respecto de la compra de sindicalistas, diputados, senadores y gobernadores.

La represión avanza, funciona un Ministerio de Seguridad subordinado al aparato de inteligencia de los Estados Unidos, han regresado las “*policías bravas*”, ha sido dictado un “*Protocolo*” de represión de protestas populares, aparecen las primeras expresiones, aparentemente desprolijas, de represión ilegal. Pero no es seguro que esa estrategia de amedrentamiento tenga éxito, es posible que su efecto termine siendo el opuesto del que busca el gobierno, existe en Argentina una enraizada cultura de confrontación contra la brutalidad estatal que puede resultar un catalizador del desborde opositor.

El bombardeo mediático fue un instrumento decisivo de la llegada de Macri a la presidencia, tuvo una elevada eficacia atacando al gobierno y ampliando un vacío político que podía ser ocupado por opositores de derecha que se limitaban a denunciar al oficialismo contraponiendo promesas vagas de felicidad futura. Ahora esos medios tienen que cargar con la compleja tarea de defender a un régimen claramente antipopular. En este nuevo escenario su eficacia es decreciente y el intento por compensar ese declive aumentando la presión mediática (de por sí abrumadora) produce efectos de saturación y descrédito de dichas intoxicaciones hasta generar rechazos cada vez más fuertes.

Finalmente la base social neofascista puede ser fanatizada al extremo por los medios de comunicación pero es casi imposible impedir que su área de influencia sobre todo en las clases medias se vaya reduciendo a medida que se prolonga la depresión económica, lo que terminará por deteriorar a ese sector reaccionario.

En síntesis, el sistema dispone de instrumentos y apoyos sociales crecientemente vulnerables, su fuerza depende en última instancia del grado de debilidad de su adversario, el espacio popular. Si este se pone en marcha fortaleciéndose en la pelea, el instrumental autoritario podría sufrir fisuras, desgarramientos cada vez más importantes, su inevitable centralismo operativo acosado por una marea ascendente de ataques, resistencias y repudios iría perdiendo vitalidad acentuándose sus contradicciones internas, el contexto global turbulento debería contribuir a dicho proceso.

Tarde o temprano la resistencia popular puede llegar a convertirse en ofensiva general contra el sistema, la acumulación de despliegues combativos de los de abajo produciendo repliegues en las élites dominantes terminaría por generar un salto cualitativo de grandes dimensiones. No sería la primera vez que ocurre ese fenómeno en Argentina aunque su aspecto y contenido puede llegar a incluir muchas novedades.

Obviamente el deterioro del gobierno macrista puede llevar a una remodelación del equipo presidencial (una suerte de “gobierno-de-unidad-nacional”) o a un cambio institucional de gobierno destinado a estabilizar la situación, aunque los mismos aún introduciendo medidas “sociales” más o menos audaces se enfrentarían a una crisis sistémica apabullante, mucho más grave que la de 2001 en un contexto global depresivo, una coyuntura de ese tipo difícilmente podría ser superada con aspirinas rosadas o de otro color.

Apenas llegó a la presidencia Macri lanzó a gran velocidad una andanada de decretos arbitrarios, desplegó de inmediato una ofensiva para asegurar el control derechista de los medios de comunicación, compró (o extorsionó) a dirigentes políticos y sindicales, redujo el poder adquisitivo de los salarios y las jubilaciones, lanzó una ola de despidos de empleados públicos, concretó enormes transferencias de ingresos hacia las élites dominantes, en suma: desplegó una *blitzkrieg* destinada a eludir las resistencias posibles antes de que estas se organicen. De todos modos no estaba en condiciones de imponer el gigantesco saqueo realizado mediante un sistema de negociaciones, el nivel de destrucción logrado en tan poco tiempo probablemente lo haya convencido de su éxito incitándolo a seguir avanzando.

La irrupción devastadora de las élites dominantes podría ser asimilada a la de un ejército penetrando en un vasto territorio. Al comienzo la ofensiva es exitosa, el efecto sorpresa, la explotación de debilidades locales, la contundencia del operativo, etc. permiten avances rápidos aparentemente irreversibles, pero poco a poco las víctimas empiezan a reaccionar acosando al invasor y el espacio simplificado por mapas e informes de especialistas se va convirtiendo en un sistema complejo, crecientemente incontrolable. La velocidad inicial de la sucesión de victorias que en un principio aparentaba ser la clave del éxito, empieza a ser percibido por el invasor como la principal causa de sus dificultades, la rapidez operativa genera fenómenos de inadaptación, de sobre-extensión estratégica que aumentan su vulnerabilidad llevándolo finalmente a la derrota, aplastado por una avalancha humana incontenible (recordemos lo que le pasó a Napoleón cuando invadió Rusia).

Macri podría terminar descubriendo que la realidad social argentina es mucho más compleja que lo que su visión de mafioso detectaba, que la cultura popular existe y se reproduce (maltrecha, golpeada pero existe), que los salarios no son como él dijo una vez “*un costo más*” que puede y debe ser comprimido al máximo como cualquier otro insumo sino el pago a seres humanos que piensan y se defienden, y finalmente que para un bandido no hay nada peor que otro bandido (los socios de hoy pueden ser los caníbales de mañana).

Ilusiones progresistas devoradas por la crisis

Este texto fue difundido en la web desde marzo de 2016 con el título “Ilusiones progresistas devoradas por la crisis. América Latina a la hora del lumpencapitalismo”, <https://beinstein.lahaine.org/ilusiones-progresistas-devoradas-por-la-crisis/>

La coyuntura global está marcada por una crisis deflacionaria motorizada por las grandes potencias. La caída de los precios de las commodities, cuyo aspecto más llamativo fue desde mediados del 2014 la de las cotizaciones del petróleo, descubre el desinflé de la demanda internacional mientras tanto se estanca la ola financiera, muleta estratégica del sistema durante las últimas cuatro décadas. La crisis de la financierización de la economía mundial va ingresando de manera zigzagueante en un zona de depresión, las principales economías capitalistas tradicionales crecen poco o nada³² y China se desacelera rápidamente. Frente a ello Occidente despliega su último recurso: el aparato de intervención militar integrando componentes armadas profesionales y mercenarias, mediáticas y mafiosas articuladas como “Guerra de Cuarta Generación” destinada a destruir sociedades periféricas para convertirlas en zonas de saqueos. Es la radicalización de un fenómeno de larga duración de decadencia sistémica donde el parasitismo financiero y militar se fue convirtiendo en el centro hegemónico de Occidente.

No presenciamos la recomposición política-económica-militar del sistema como lo fue la reconversión (militarizada) keynesiana de los años 1940 y 1950 sino su degradación general. La mutación parasitaria del capitalismo lo convierte en un sistema de destrucción de fuerzas productivas, del medio ambiente, y de estructuras institucionales donde las viejas burguesías se van transformando en círculos de bandidos, novedoso encumbramiento planetario de lumpenburguesías centrales y periféricas.

La declinación del progresismo

Inmersa en este mundo se despliega la coyuntura latinoamericana donde convergen dos hechos notables: la declinación de las experiencias progresistas y la prolongada degradación del neoliberalismo que las precedió y las acompañó desde países que no entraron en esa corriente de la que ahora ese neoliberalismo degradado aparece como el sucesor.

Los progresismos latinoamericanos se instalaron sobre la base de los desgastes y en ciertos casos de las crisis de los regímenes neoliberales y cuando llegaron al gobierno los buenos precios internacionales de las materias primas sumados a políticas de expansión de los mercados internos les permitieron recomponer la gobernabilidad.

El ascenso progresista se apoyó en dos impotencias; la de la derecha que no podían asegurar la gobernabilidad, colapsadas en algunos casos (Bolivia en 2005, Argentina en

³² Si consideramos el último lustro (2010-2014) el crecimiento promedio real de la economía de Japón ha sido del orden del 1,5 %, la de Estados Unidos 2,2 % y la de Alemania 2 % (Fuente: Banco Mundial).

2001-2002, Ecuador en 2006, Venezuela en 1998) o sumamente deterioradas en otros (Brasil, Uruguay, Paraguay) y la impotencia de las bases populares que derrocaron gobiernos, desgastaron regímenes pero que incluso en los procesos más radicalizados no pudieron imponer revoluciones, transformaciones que fueran más allá de la reproducción de las estructuras de dominación existentes.

En los casos de Bolivia y Venezuela los discursos revolucionarios acompañaron prácticas reformistas plagadas de contradicciones, se anunciaban grandes transformaciones pero las iniciativas se embrollaban en infinitas idas y venidas, amagos, desaceleraciones “realistas” y otras astucias que expresaban el temor profundo a saltar las vallas del capitalismo. Ello no solo permitió la recomposición de las derechas sino también la proliferación a nivel estatal de podredumbres de todo tipo, grandes corrupciones y pequeñas corruptelas.

Venezuela aparece como el caso más evidente de mezcla de discursos revolucionarios, desorden operativo, transformaciones a medio camino y autobloqueos ideológicos conservadores. No se consiguió encaminar la transición revolucionaria proclamada (más bien todo lo contrario) aunque si se logró caotizar el funcionamiento de un capitalismo estigmatizado pero de pié. Obviamente los Estados Unidos promueven y aprovechan esa situación para avanzar en su estrategia de reconquista del país. El resultado es una recesión cada vez más grave, una inflación descontrolada, importaciones fraudulentas masivas que agravan la escasez de productos y la evasión de divisas que marcan a una economía en crisis aguda³³.

En Brasil el zigzagueo entre un neoliberalismo “social” y un keynesianismo light casi irreconocible fue reduciendo el espacio de poder de un progresismo que desbordaba fanfarronería “realista” (incluida su astuta aceptación de la hegemonía de los grupos económicos dominantes). La dependencia de las exportaciones de commodities y el sometimiento a un sistema financiero local transnacionalizado terminaron por bloquear la expansión económica, finalmente la combinación de la caída de los precios internacionales de las materias primas y la exacerbación del pillaje financiero precipitaron una recesión que fue generando una crisis política sobre la que empezaron a cabalgar los promotores de un “golpe blando” ejecutado por la derecha local y monitoreado por los Estados Unidos.

En Argentina el “golpe blando” se produjo protegido por una máscara electoral forjada por una manipulación mediática desmesurada. El progresismo kirchnerista en su última etapa había conseguido evitar la recesión aunque con un crecimiento económico anémico sostenido por un fomento del mercado interno respetuoso del poder económico. También fue respetada la mafia judicial que junto a la mafia mediática lo acosaron hasta

33 Un buen ejemplo es el de la “importación” de fármacos donde empresas multinacionales como Pfizer, Merck y P&G hacen fabulosos negocios ilegales ante un gobierno “socialista” que les suministra dólares a precios preferenciales. Con un juego de sobrefacturaciones, sobrepagos e importaciones inexistentes las empresas farmacéuticas habían importado en 2003 unas 222 mil toneladas de productos por los que pagaron 434 millones de dólares (unos 2 mil dólares por tonelada), en 2010 las importaciones bajaron a 56 mil toneladas y se pagaron 3410 millones de dólares (60 mil dólares la tonelada) y en 2014 las importaciones descendieron aún más a 28 mil toneladas y se pagaron 2400 millones de dólares (un poco menos de 87 mil dólares la tonelada). Como bien lo señala Manuel Sutherland de cuyo estudio extraigo esa información: *“lejos de plantearse la creación de una gran empresa estatal de producción de fármacos, el gobierno prefiere darles divisas preferenciales a importadores fraudulentos, o confiar en burócratas que realizan importaciones bajo la mayor opacidad”*. Manuel Sutherland, “2016: La peor de las crisis económicas, causas, medidas y crónica de una ruina anunciada”, CIFO, Caracas 2016.

desplazarlo políticamente en medio de una ola de histeria reaccionaria de las clases altas y del grueso de las clases medias.

En Bolivia Evo Morales sufrió su primera derrota política significativa en el referendun sobre reelección presidencial. Su llegada al gobierno había marcado el ascenso de las bases sociales sumergidas por el viejo sistema racista colonial. Pero la mezcla híbrida de proclamas anti imperialistas postcapitalistas e indigenistas con la persistencia del modelo minero-extractivista de deterioro ambiental y del burocratismo estatal generador de corrupción y autoritarismo terminaron por diluir el discurso del “socialismo comunitario”. Quedó así abierto el espacio para la recomposición de las élites económicas y la movilización revanchista de las clases altas y su séquito de clases medias penetrando en un vasto abanico social desconcertado.

Ahora las derechas latinoamericanas van ocupando las posiciones perdidas y consolidan las preservadas, pero ya no son aquellas viejas camarillas neoliberales optimistas de los años 1990, han ido mutando a través de un complejo proceso económico, social y cultural que las ha convertido en componentes de lumpenburguesías nihilistas embarcadas en la ola global del capitalismo parasitario.

Grupos industriales o de agrobusiness fueron combinando sus inversiones tradicionales con otras más rentables pero también más volátiles: aventuras especulativas, negocios ilegales de todo tipo (desde el narco hasta operaciones inmobiliarias opacas pasando por fraudes comerciales y fiscales y otros emprendimientos turbios) convergiendo con “inversiones” saqueadoras provenientes del exterior como la megaminería o las rapiñas financieras.

Dicha mutación tiene lejanos antecedentes locales y globales, variantes nacionales y dinámicas específicas, pero todas tienden hacia una configuración basada en el predominio de élites económicas sesgadas por la “cultura financiera-depredadora” (cortoplacismo, desarraigo territorial, eliminación de fronteras entre legalidad e ilegalidad, manipulación de redes de negocios con una visión más próxima al videojuego que a la gestión productiva y otras características propias del globalismo mafioso) que disponen del control mediático como instrumento esencial de dominación rodeándose de satélites políticos, judiciales, sindicales, policiales-militares, etc.

¿Restauraciones conservadoras o instauraciones de neofascismos coloniales?

Por lo general el progresismo califica a sus derrotas o amenazas de derrotas como victorias o peligros de regreso del pasado neoliberal, también suele utilizarse el término “*restauración conservadora*”, pero ocurre que esos fenómenos son sumamente innovadores, tienen muy poco de “conservadores”. Cuando evaluamos a personajes como Aécio Neves, Mauricio Macri o Henrique Capriles no encontramos a jefes autoritarios de élites oligárquicas estables sino a personajes completamente inescrupulosos, sumamente ignorantes de las tradiciones burguesas de sus países (incluso en ciertos casos con miradas despreciativas hacia las mismas), aparecen como una suerte de mafiosos entre primitivos y posmodernos encabezando políticamente a grupos de negocios cuya norma principal es la de no respetar ninguna norma (en la medida de lo posible).

Otro aspecto importante de la coyuntura es el de la irrupción de movilizaciones ultra-reaccionarias de gran dimensión donde las clases medias ocupan un lugar central. Los

gobiernos progresistas suponían que la bonanza económica facilitaría la captura política de esos sectores sociales pero ocurrió lo contrario: las capas medias se derechizaban mientras ascendían económicamente, miraban con desprecio a los de abajo y asumían como propios los delirios neofascistas de los de arriba. El fenómeno sincroniza con tendencias neofascistas ascendentes en Occidente, desde Ucrania hasta los Estados Unidos pasando por Alemania, Francia, Hungría, etc., expresión cultural del neoliberalismo decadente, pesimista, de un capitalismo nihilista ingresando en su etapa de reproducción ampliada negativa donde el apartheid aparece como la tabla de salvación.

Pero este neofascismo latinoamericano incluye también la reaparición de viejas raíces racistas y segregacionistas que habían quedado tapadas por las crisis de gobernabilidad de los gobiernos neoliberales, la irrupción de protestas populares y las primaveras progresistas. Sobrevivieron a la tempestad y en varios casos resurgieron incluso antes del comienzo de la declinación del progresismo como en Argentina con el egoísmo social de la época de Menem o el gorilismo racista anterior, en Bolivia con el desprecio al indio y en casi todos los casos recuperando restos del anticomunismo de la época de la Guerra Fría. Supervivencias del pasado, latencias siniestras ahora mezcladas con las nuevas modas.

Una observación importante es que el fenómeno asume características de tipo “*contrarrevolucionario*”, apuntando hacia una política de tierra arrasada, de extirpación del enemigo progresista, es lo que se ve actualmente en Argentina o lo que promete la derecha en Venezuela, la blandura del contrincante, sus miedos y vacilaciones excitan la ferocidad reaccionaria. Esa no existencia real de amenaza o de proceso revolucionario en marcha, de avalancha popular contra estructuras decisivas del sistema desmoronándose o quebradas, envalentona (otorga sensación de impunidad) a las elites y su base social.

La marea contrarrevolucionaria es uno de los resultados posibles de la descomposición del sistema imponiendo de manera exitosa en algunos casos proyectos de recomposición elitista, en el caso latinoamericano expresa descomposición capitalista sin recomposición a la vista.

Si el progresismo fue la superación fracasada del fracaso neoliberal, este neofascismo subdesarrollado exagera ambos fracasos inaugurando una era de duración incierta de contracción económica y desintegración social. Basta ver lo ocurrido en Argentina con la llegada de Macri a la presidencia: en unas pocas semanas el país pasó de un crecimiento débil a una recesión que se va agravando rápidamente producto de un gigantesco pillaje, no es difícil imaginar lo que puede ocurrir en Venezuela si la derecha conquista el poder político.

La caída de los precios de las commodities y su creciente volatilidad, que la prolongación de la crisis global seguramente agravará, han sido causas importantes del fracaso progresista y aparecen como bloqueos irreversibles de los proyectos de reconversión elitista-exportadora medianamente estables. Las victorias derechistas tienden a instaurar economías funcionando a baja intensidad, con mercados internos contraídos e inestables, eso significa que la supervivencia de esos sistemas de poder dependerá de factores que las mafias gobernantes pretenderán controlar. En primer término el descontento de la mayor parte de la población aplicando dosis variables de represión, legal e ilegal, embrutecimiento mediático, corrupción de dirigentes y degradación moral de las clases bajas. Se trata de instrumentos que la propia crisis y la combatividad popular pueden

inutilizar, en ese caso el fantasma de la revuelta social puede convertirse en amenaza real.

La estrategia imperial

Los Estados Unidos desarrollan una estrategia de reconquista de América Latina aplicándola de manera sistemática y flexible. El golpe blando en Honduras fue el puntapié inicial al que le siguió el golpe en Paraguay y un conjunto de acciones desestabilizadoras, algunas muy agresivas, de variado éxito, que fueron avanzando al ritmo de las urgencias imperiales y del desgaste de los gobiernos progresistas. En varios casos las agresiones más o menos abiertas o intensas se combinaron con buenos modales que intentaban vencer sin violencias militar o económica, o sumando dosis menores de las mismas con operaciones domesticadoras. Donde no funcionaba eficazmente la agresión empezó a ser practicado el ablande moral, se implementaron paquetes persuasivos de configuración variable combinando penetración, cooptación, presión, premios y otras formas retorcidas de ataque psicológico-político.

El resultado de ese despliegue complejo es una situación paradójica: mientras los Estados Unidos retroceden a nivel global en términos económicos y geopolíticos, van reconquistando paso a paso su patrio trasero latinoamericano. La caída de Argentina ha sido para el Imperio una victoria de gran importancia trabajada durante mucho tiempo a lo que es necesario agregar tres maniobras decisivas de su juego regional: el sometimiento de Brasil, el fin del gobierno chavista en Venezuela y la rendición negociada de la insurgencia colombiana. Cada uno de estos objetivos tiene un significado especial:

-La victoria imperialista en Brasil cambiaría dramáticamente el escenario regional y produciría un impacto negativo de gran envergadura al bloque BRICS afectando a sus dos enemigos estratégicos globales: China y Rusia.

-La victoria en Venezuela no solo le otorgaría el control del 20 % de las reservas petrolíferas del planeta (la mayor reserva mundial) sino que tendría un efecto dominó sobre otros gobiernos de la región como los de Bolivia, Ecuador y Nicaragua y perjudicaría a Cuba, sobre la que los Estados Unidos están desplegando una suerte de *abrazo de oso*.

-Finalmente la extinción de la insurgencia colombiana además de despejar el principal obstáculo al saqueo de ese país le dejaría las manos libres a sus fuerzas armadas para eventuales intervenciones en Venezuela. Desde el punto de vista estratégico regional el fin de la guerrilla colombiana sacaría del escenario a una poderosa fuerza combatiente que podría llegar a operar como un mega-multiplicador de insurgencias en una región en crisis donde la generalización de gobiernos mafioso-derechistas agravará la descomposición de sus sociedades. Se trata tal vez de la mayor amenaza estratégica a la dominación imperial, de un enorme peligro revolucionario continental. Es precisamente esa dimensión latinoamericana del tema lo que ocultan los medios de comunicación dominantes.

Decadencia sistémica y perspectivas populares

Más allá de la curiosa paradoja de un imperio decadente reconquistando su retaguardia territorial, desde el punto de vista de la coyuntura global, de la decadencia sistémica del capitalismo, la generalización de gobiernos pro-norteamericanos en América Latina puede ser interpretada superficialmente como una gran victoria geopolítica de los Estados

Unidos, aunque si profundizamos el análisis e introducimos por ejemplo el tema del agravamiento de la crisis impulsada por esos gobiernos, tenderíamos a interpretar al fenómeno como expresión específica regional de la decadencia del sistema global.

El alejamiento del estorbo progresista puede llegar a generar problemas mayores a la dominación imperial, si bien las inclusiones sociales y los cambios económicos realizados por el progresismo fueron insuficientes, embrollados, estuvieron impregnados de limitaciones y si su autonomía en materia de política internacional tuvo una audacia restringida; lo cierto es que su recorrido ha dejado huellas, experiencias sociales, dignificaciones (suprimidas por la derecha) que serán muy difícil extirpar y que en consecuencia pueden llegar a convertirse en aportes significativos a futuros (y no tan lejanos) desbordes populares radicalizados.

La ilusión progresista de humanización del sistema, de realización de reformas “sensatas” dentro de los marcos institucionales existentes, puede pasar de la decepción inicial a una reflexión social profunda, crítica de la institucionalidad mafiosa, de la opresión mediática y de los grupos de negocios parasitarios. Ello incluye a la farsa democrática que los legitima. En ese caso la molestia progresista podría convertirse tarde o temprano en huracán revolucionario no porque el progresismo como tal evolucione hacia la radicalidad anti-sistema sino porque emergería una cultura popular superadora, desarrollada en la pelea contra regímenes condenados a degradarse cada vez más.

En ese sentido podríamos entender uno de los significados de la revolución cubana, que luego se extendió como ola anticapitalista en América Latina, como superación crítica de los reformismos nacionalistas democratizantes fracasados (como el varguismo en Brasil, el nacionalismo revolucionario en Bolivia, el primer peronismo en Argentina o el gobierno de Jacobo Arbenz en Guatemala). La memoria popular no puede ser extirpada, puede llegar a hundirse en una suerte de clandestinidad cultural, en una latencia subterránea digerida misteriosamente, pensada por los de abajo, subestimada por los de arriba, para reaparecer como presente, cuando las circunstancias lo requieran, renovada, implacable.

Tiempos oscuros

Este texto fue difundido en la web desde diciembre de 2015 con el título “Argentina oscilando entre la crisis de gobernabilidad y la dictadura mafiosa”, <https://beinstein.lahaine.org/argentina-oscilando-entre-la-crisis-de-gobernabilidad-y-la-dictadura-mafiosa/>

Ha sido señalado hasta el hartazgo que por primera vez en un siglo el 10 de Diciembre de 2015 la derecha llegó al gobierno sin ocultar su rostro, sin fraude, sin golpe militar, a través de elecciones supuestamente limpias, se trataría de un hecho novedoso.

Es necesario aclarar tres cosas:

En primer lugar resulta evidente que no se trató de “*elecciones limpias*” sino de un proceso asimétrico, completamente distorsionado por una manipulación mediática sin precedentes en Argentina activada desde hace varios años pero que finalmente derivó en un operativo muy sofisticado y abrumador. Consumada la operación electoral la presidenta saliente fue destituida unas pocas horas antes de la transmisión del mando presidencial mediante un golpe de estado “*judicial*”, demostración de fuerza del poder real que establecía de ese modo un precedente importante, en realidad el primer paso del nuevo régimen.

Esto nos lleva a una segunda aclaración: el kirchnerismo no produjo transformaciones estructurales decisivas del sistema, introdujo reformas que incluyeron a vastos sectores de las clases bajas, reclamos populares insatisfechos (como el juzgamiento de protagonistas de la última dictadura militar), implementó una política internacional que distanció al país del sometimiento integral a los Estados Unidos y otras medidas que se superpusieron a estructuras y grupos de poder preexistentes. Pero no generó una avalancha plebeya capaz de neutralizar a las bases sociales de la derecha quebrando los pilares del sistema (sus aparatos judiciales, mediáticos, financieros, transnacionales, etc.) desarticulando la arremetida reaccionaria. La alternativa transformadora radicalizada estaba completamente fuera del libreto progresista, la astucia, el juego hábil y sus buenos resultados en el corto y hasta en el mediano plazo maravilló al kirchnerismo, lo llevó por un camino sinuoso, acumulando contradicciones marchando así hacia la derrota final. Nunca se propuso transgredir los límites del sistema, saltar por encima de la institucionalidad elitista-mafiosa de las camarillas judiciales apuntaladas por el partido mediático componentes de una lumpenburguesía que aprovechó el restablecimiento de la gobernabilidad post 2001-2002 para curar sus heridas, recuperar fuerzas y renovar su apetito.

Como era previsible las clases medias, grandes beneficiarias de la prosperidad económica de los años del auge progresista, no se volcaron de manera agradecida hacia el kirchnerismo sino todo lo contrario; azuzadas por el poder mediático retomaron viejos prejuicios reaccionarios, su ascenso social reprodujo formas culturales latentes provenientes del viejo gorilismo, del desprecio a “*la negra*” enlazando con la ola regional y occidental en curso de aproximaciones clasemedieras al neofascismo. No se trató entonces de una simple manipulación mediática manejada por un aparato

comunicacional bien aceitado sino del aprovechamiento derechista de irracionalidades ancladas en los más profundo del alma del país burgués.

La tercera observación es que el fenómeno no es tan novedoso. Si bien es cierto que el proceso de manipulación electoral se inscribe en el marco del declive del progresismo latinoamericano y que fue realizado de manera impecable por especialistas de primer nivel seguramente monitoreados por el aparato de inteligencia de los Estados Unidos, no deberíamos olvidar que antes de la llegada del peronismo en 1945 la sociedad argentina había sido moldeada por cerca de un siglo de república oligárquica (que no fue abolida durante el período de gobiernos radicales entre 1916 y 1930) dejando huellas culturales e institucionales muy profundas, atravesando las sucesivas transformaciones de las élites dominantes como una suerte de referencia mítica de una época donde supuestamente los de arriba mandaban mediante estructuras autoritarias estables. Constituye una curiosa casualidad cargada de simbolismo pero lo cierto es que fue el presidente “cautelar-instantáneo” Federico Pinedo, impuesto por la mafia judicial, el encargado de entregar el bastón presidencial a Macri. Federico Pinedo, nieto de Federico Pinedo, una de la figuras más representativas de la restauración oligárquica de los años 1930, bisnieto de Federico Pinedo Rubio intendente de Buenos Aires hacia fines del siglo XIX y luego diputado nacional durante un prolongado período como representante del viejo partido conservador. Seguir la trayectoria de esa familia permite observar el ascenso y consolidación del país aristocrático colonial construido desde mediados del siglo XIX. El lejano descendiente de aquella oligarquía fue el encargado de entregar los atributos del mando presidencial a Mauricio Macri, por su parte heredero de un clan familiar mafioso de raíz italo-fascista³⁴, instaurador de un “*gobierno de gerentes*”. Los avatares de un golpe de estado instantáneo establecieron un simbólico lazo histórico entre la lumpenburguesía actual y la vieja casta oligárquica.

La crisis

El contexto económico internacional viene dado por una crisis deflacionaria motorizada por el desinfe de las grandes potencias económicas. Estados Unidos, la Unión Europea y Japón navegando entre el crecimiento anémico, el estancamiento y la recesión, China desacelerando su crecimiento y Brasil en recesión sobredeterminan una coyuntura marcada por el enfriamiento de la demanda global lo que deprime los precios de las materias primas y estanca o achica los mercados de productos industriales. En suma un panorama mundial negativo para un país como la Argentina, principalmente exportador de materias primas y en menor escala de productos industriales de mediano-bajo nivel tecnológico.

Ante ese ciclo internacional adverso, desde el punto de vista teórico la economía Argentina, para no caer en la recesión debería apoyarse cada vez más en la expansión y protección de su mercado interno, su tejido industrial, su autonomía financiera. Sin embargo el gobierno de Macri inicia su mandato haciendo todo lo contrario: achicando el mercado interno mediante la reducción drástica en términos reales de salarios y jubilaciones, aumentando el endeudamiento externo, desprotegiendo al grueso de la estructura industrial. A ello apuntan sus decisiones económicas iniciales como la megadevaluación, la eliminación o disminución de impuestos a las exportaciones, la suba de las tasas de interés, la liberalización de importaciones, y pronto la eliminación de

34 Horacio Verbitsky, "A las Malvinas en subte. El rol de la P-2, los Macri, FIAT y TECHINT en la guerra de 1982", <http://www.pagina12.com.ar/diario/elpais/1-190366-2012-03-25.html>

subsidios a los servicios públicos con el consiguiente aumento de sus tarifas. Se trata de una gigantesca transferencia de ingresos hacia los grupos económicos más concentrados (grandes exportadores agrarios, empresas y especuladores financieros poseedores de fondos en dólares, etc.), de un saqueo descomunal que se irá prolongando en el tiempo al ritmo de las subas de precios, las depresiones salariales, las devaluaciones y los tarifazos. Crecerá la desocupación, la pobreza y la indigencia, la concentración de ingresos avanzará (ya está avanzando) rápidamente, el crecimiento económico nulo o negativo serán inevitables.

Según ciertos expertos estaríamos embarcados en una vorágine completamente irracional marcada por la declinación del grueso de la industria y la desintegración de la sociedad resultado de la aplicación ortodoxa de recetas neoliberales “equivocadas”. Pero el gobierno no se equivoca, actúa según la dinámica de una lumpenburguesía portadora de una racionalidad instrumental cuyo fin no es otro que el de la acumulación rápida de riquezas saqueando todo lo que se le cruza en el camino. La racionalidad de los bandidos dueños del poder no es la del desarrollo económico armonioso que anida en la cabeza de ciertos economistas.

Así es como hemos pasado de una versión suave de la política económica contra-cíclica (desde el punto de vista de la tendencia de la economía global) a una política pro-cíclica que se incorpora con notable ferocidad a la degeneración general (financiera, institucional, ideológica, etc.) del mundo capitalista.

El progresismo gobernó entre 2003 y 2015 restableciendo la gobernabilidad del sistema, todo anduvo bien mientras la bestia lamía sus heridas en un contexto de relativa prosperidad recomponiéndose del terremoto de los años 2001-2002, pero desde 2008 las cosas fueron cambiando: el achatamiento del crecimiento económico exacerbó su voluntad por acaparar una porción mayor de la torta, en ese sentido el 10 de diciembre de 2015 puede ser visto como el punto de inflexión, como un salto cualitativo del poder draculiano de las élites dominantes inaugurando una etapa de decadencia de la sociedad argentina. Las fuerzas entrópicas, devastadoras, lograron imponer su dinámica.

Dos escenarios

Nos encontramos ante los primeros pasos de una aventura autoritaria de trayectoria incierta. No se trata de un hecho producto del azar sino del resultado de un prolongado proceso de maduración (degeneración) de las élites dominantes de Argentina convertidas en jaurías depredadoras coincidente con el fenómeno global de financierización y decadencia. Basta con echarle una mirada al gobierno y sus respaldos donde sobreabundan personajes acusados de ser delincuentes financieros como Prat Gay, Melconian o Aranguren, o “padrinos” como Cristiano Rattazzi, Paolo Roca, Franco Macri (y su hijo-presidente), o de otros señalados como agentes de la CIA como Susana Malcorra o Patricia Bullrich³⁵, para percibir que la tragedia local no es más que un

35 ARGENTINA: la nueva ministra de Exteriores pertenece a la CIA, según Diosdado Cabello.

El presidente de la Asamblea Nacional (AN) de Venezuela, Diosdado Cabello, declaró que la canciller argentina, Susana Malcorra, pertenece a la Agencia Central de Inteligencia de EE.UU. (CIA, por sus siglas en inglés). “Estuvo aquí, la recibí yo en mi oficina, es la CIA misma, se la nombraron de canciller al señor (Mauricio) Macri”, presidente electo de Argentina, subrayó Cabello en su programa semanal de los miércoles, transmitido por el canal estatal Venezolana de Televisión (VTV). También Patricia Bullrich reporta a “la agencia” y probablemente lo hagan otros y otras, como Laura Alonso. El rumor que corre es que Macri prácticamente no conoce a Malcorra y que le fue impuesta telefónicamente por el

apéndice periférico de un capitalismo global embarcado en una loca carrera liderada por lobos de Wall Street, militares delirantes y políticos corruptos destruyendo países enteros, triturando instituciones, saqueando recursos naturales imponiendo un proceso de destrucción a escala planetaria.

La lumpenbuesía argentina, su articulación mafiosa en la cúpula del poder (empresario, judicial, mediático) y sus prolongaciones institucionales y abiertamente ilegales ha dejado de ser la fuerza dominante en las sombras, jaqueando, condicionando, bloqueando o imponiendo, para asumir abiertamente el gobierno. Esto puede ser atribuido a varios motivos entre otros a la inexistencia de un elenco de “políticos” con capacidad de decisión como para implementar el mega-saqueo en curso, entonces son los gerentes los que deben hacerse cargo de manera directa del Poder Ejecutivo, es decir “técnicos” ajenos al embrollo electoral³⁶.

El nuevo esquema resulta sumamente eficaz a la hora de adoptar medidas contundentes contra la mayoría de la población pero aparece muy poco útil para amortiguar el inevitable descontento popular (incluido el de una porción significativa de incautos votantes de Macri). Las camarillas sindicales podrán durante un período generar inacción, algunos políticos provinciales empujarán en el mismo sentido, los medios masivos de comunicación buscarán distraer, confundir, justificar (ya lo están haciendo) intensificando la campaña de idiotización pero todo eso es insuficiente frente a la magnitud del desastre en curso.

Por otra parte el carácter lumpen, inestable del régimen macrista afectado por previsible disputas internas, golpes financieros, turbulencias exógenas de todo tipo propias de un sistema global a la deriva y además (principalmente) presionado por una base social cuyo descontento irá ascendiendo como una avalancha gigantesca, va dejando al descubierto la única alternativa posible de gobernabilidad mafiosa.

Se trata de la formación de un sistema dictatorial con rostro civil y de configuración variable. Tiene claros antecedentes internacionales recientes, viene guiado por el aparato de inteligencia de los Estados Unidos y se apoya en la llamada doctrina de la Guerra de Cuarta Generación cuyo objetivo central es la transformación de la sociedad objeto de ataque en una masa amorfa, degradada, acosada por erupciones “*desprolijas*” de violencia caótica y en consecuencia impotente ante el saqueo. Irak, Libia, Siria aparecen como experiencias de manual extremas y lejanas, por el contrario México o Guatemala son paradigmas latinoamericanos a tener en cuenta aunque la especificidad argentina aportará seguramente rasgos originales. Tenemos que pensar en una combinación pragmática de distintas dosis de represión directa “clásica”, judicialización de opositores sindicales, políticos, etc., bombardeo mediático (diversionista y/o demonizador), represión clandestina, incentivos a la rivalidades intrapopulares (cuanto más sanguinarias mejor), irrupción de bandas que aterrorizan a la población (como las “maras” en América Central o los batallones de narcos de México), fraudes electorales, etc. De ese modo Argentina entraría de lleno en el siglo XXI signado por el ascenso del capitalismo tanático.

Departamento de Estado.

Pájaro Rojo, 11/12/2015, <http://pajarorojo.com.ar/?p=20433>

36 Aunque el ejercicio del gobierno los obligue a intervenir en el tema, seguramente con sus métodos autoritarios.

Sin embargo esa estrategia no se puede instalar plenamente de un día para otro, requiere tiempo y una cierta pasividad inicial de las bases populares, además encontraría serias dificultades ante una sociedad compleja como la Argentina, con un amplio abanico de clases bajas y medias portadoras de culturas, capacidad de organización, de historias que desde la mirada superficial de los gerentes financieros y de los expertos en control social no aparecen como amenazas visibles (o aparecen como resistencias o nostalgias impotentes) pero que constituyen latencias, bombas de tiempo de enorme poder que pueden estallar en cualquier momento. Este desafío desde abajo converge con el temor de los de arriba a puebladas inmanejables conformando grandes interrogantes gelatinosos que generalizan la incertidumbre en las élites, deterioran su psicología.

La no viabilidad de ese escenario siniestro, su posible empantanamiento, dejaría abierto el espacio para el desarrollo de un segundo escenario: el de una crisis de gobernabilidad mucho más devastadora que la de 2001. En ese caso la fantasía elitista de la recomposición dictatorial-mafiosa del poder político no habría sido otra cosa que una ilusión burguesa acompañando al fin de la gobernabilidad, al comienzo de un período de alta turbulencia, de desintegración social de duración impredecible. El progresismo tan despreciado por las élites y sus preservativos de clase media, habría sido un paraíso capitalista destruido por sus principales beneficiarios.

Como vemos el infierno mafioso no es inevitable aunque no deberíamos subestimar la capacidad operativa de sus ejecutores locales y su mega padrino imperial, los Estados Unidos, están lanzados a la reconquista de su patio trasero latinoamericano.

¿Hacia donde va esta historia?: la resistencia popular tiene la respuesta.

Los avatares de un sujeto casi inexistente Democracia ilusoria y reproducción del sistema

Este texto fue difundido en la web desde septiembre de 2015, con el título “Argentina: los avatares de un sujeto casi inexistente. Democracia ilusoria y reproducción del sistema”, <http://rcci.net/globalizacion/2015/fg2153.htm>

En Argentina se vota muy seguido lo que ha terminado por imponer una imagen de democracia reforzada por la existencia de redes sociales, encuestas de opinión, elecciones sindicales y universitarias, asociaciones no gubernamentales y otras “expresiones” de la sociedad civil. Las proscipciones electorales pertenecen a un muy lejano pasado cuando el peronismo era visto como “el hecho maldito del país burgués”, según nos lo explicaba John William Cooke, para pasar a ser ahora una pieza clave de la gobernabilidad del sistema.

Todo ese universo que se presenta como la demostración de que se trata de un país libre viene cumpliendo un rol decisivo en la reproducción de un régimen que al finalizar la dictadura militar en 1983 encontró en la “legitimación democrática” un reemplazo estabilizador a la violencia explícita de las Fuerzas Armadas. Pero cuando pasamos de la imagen a la realidad, la “democracia recuperada” se disuelve velozmente dejando al descubierto reducidos espacios de poder que manipulan estratégicamente a la sociedad sin que ninguna fuerza popular los controle, acomodándose a los juegos globales de las grandes potencias y sus exigencias coloniales.

El largo plazo (parasitismo y desarticulación social)

El telón de fondo de la farsa está conformado por un conjunto de fenómenos interrelacionados que remodelaron a la sociedad argentina. Los procesos de desindustrialización y concentración de ingresos iniciado hacia 1955 y acelerado desde 1976 generó una masa muy extendida de marginales y semimarginales, de pobres e indigentes sin integración económica estable, que se expandía al mismo tiempo que las clases altas acumulaban riquezas, donde la especulación financiera y los negocios parasitarios en general, ocupaban el lugar central. Esas élites enlazan su dinámica con los polos dominantes completamente financierizados del capitalismo global. Los lobos de Wall Street son hoy los paradigmas amorales de nuestra lumpenburguesía integralmente sumergida en una subcultura decadente regida por el comportamiento depredador.

Desde aquella remota “revolución libertadora” de 1955 que instauró una dictadura militar bajo la bandera de la restauración de la democracia y la “democracia sin proscipciones” de la actualidad existe un hilo conductor, una continuidad histórica profunda que atraviesa las transformaciones del sistema. Esta afirmación aparece como demasiado dura, como una extrapolación caprichosa, sin embargo se va haciendo razonable cuando comparamos a la proscipción electoral explícita de la era gorila con las formas implícitas pero increíblemente eficaces de negación real de la soberanía popular de la actualidad.

En aquellos años el pueblo peronista se sentía brutalmente apartado de las estructuras de poder, ahora la masa sumergida o las capas más económicamente integradas de la base

social se sienten impotentes ante poderes que les sonríen, las adulan, las manipulan y las esquilmán mientras deciden entre ellos los temas importantes. La claridad de la prohibición abierta se ha convertido en una situación confusa, en un mundo de apariencias.

El poder (interdependencias y contradicciones)

En Argentina la legitimidad democrática del poder se va esfumando a medida que recorremos sus cuatro espacios principales.

El poder político está conformado por un conjunto heterogéneo de dirigentes del estado elegidos por el voto popular (diputados, presidentes, intendentes, legisladores locales, etc.). Suele decirse que el pueblo elige pero no gobierna, en realidad tampoco tiene mucha libertad para elegir. En términos prácticos está obligado a decidir entre candidatos viables con chances reales de imponerse que ni siquiera necesitan seducir a estructuras políticas extendidas con sus afiliados, caudillos locales y corrientes internas o a los aparatos sindicales. Su viabilidad depende de su capacidad de marketing, del favoritismo del poder mediático, de la voluntad de ciertos jefes del aparato estatal y sobre todo de la disponibilidad de fondos de campaña rapiñados al estado u otorgados por los grandes grupos económicos. Esta “democracia” nos deja incluso la posibilidad de dejar en paz nuestras conciencias y votar por candidatos testimoniales cuya posibilidad de triunfo es nula. Se trata en síntesis de un grupo de poder que en parte se autoelige y en parte es elegido por otros grupos de poder que establecen condicionamientos, bloqueos, correcciones, reprimendas dictadas por las dinámicas de sus componentes que no imponen una racionalidad general, una reproducción durable del sistema sino la preservación de privilegios, impunidades o la obtención de ventajas económicas.

Pasamos luego a las mafias judiciales, zona opaca con miembros elegidos de manera indirecta a través de algunas instancias del poder político aunque sabemos bien que se trata en su mayor parte de la autoelección a través de juegos de intrigas internas y a veces en combinación con los círculos políticos implicados en las designaciones y en ciertos casos bajo presión mediática.

Por su parte el poder mediático no necesita recurrir a la legitimidad electoral, se trata de aparatos consagrados a la manipulación de la población, el multimedio Clarín es el paradigma, sus estrechas vinculaciones con mafias judiciales y empresarias y sus tenebrosos lazos con diversas dictaduras militares, su relación colonial con estructuras de poder de los Estados Unidos le permiten operar con total impunidad.

Finalmente el poder económico incluye a los grandes grupos de negocios con base local como Techint o Arcor o externa como FIAT o el Citibank, pero sobre todo a las redes financieras navegando en el turbulento mar de operaciones legales, semilegales e ilegales, orientando al conjunto del tejido empresario dominante a su vez apéndice de la trama financiera global.

Por debajo quedan factores de poder viejos y decadentes como la Iglesia católica, camarillas emergentes como el lobby sionista o la gangsterocracia sindical y por supuesto las Fuerzas Armadas.

Es esa constelación elitista la que somete a la sociedad argentina, el voto popular es para ellos un adorno que hace presentable la imagen del Poder o que es utilizado como instrumento en sus disputas internas.

El futuro

Pero lo que aparece como un sistema diabólico de degradación generalizada capaz de manipular a todas las oposiciones es en realidad una masa de bandidos prisionera de una dinámica que la va llevando de crisis en crisis. La marea menemista de los años 1990 terminó en el caos de 2001 y desde un fragmento del poder político fue restablecida la gobernabilidad aprovechando una coyuntura internacional favorable (suba de precios de la commodities) apartándose de las recetas neoliberales ampliando el mercado interno de clases medias y bajas y reforzando la intervención económica del estado. El sistema fue reequilibrado, suavemente corregido y volvió a funcionar, lo que a poco de andar reprodujo las tendencias entrópicas que habían generado el desastre anterior, las élites vienen presionando con cada vez mayor furia intentando concentrar ingresos y arrastrando a amplios sectores de las capas medias embriagadas en una prosperidad efímera, enceguecidas por su odio a los pobres. Acorralan al progresismo gobernante, lo acosan con sus instrumentos financieros, mediáticos y judiciales, desprecian sus correctivos neokeynesianos y le ofrecen dos alternativas: ceder a sus exigencias económicas (como ya ha ocurrido en Brasil) o ser barridos del poder político (como tal vez termine por ocurrir en Brasil). Los progresistas resisten, se quejan de la irracionalidad de quienes “nunca han ganado tanto como ahora” sin entender la lógica profunda, cortoplacista rapiñera de la lumpenburguésía dominante.

Cuando se produjo el derrumbe de 2001 (culminación de un deterioro sistémico que atravesó todo el gobierno de la Alianza) quedó al desnudo el carácter mentiroso de la “democracia recuperada” y se produjo una avalancha popular rugiendo “que se vayan todos”, pero la marea fue finalmente canalizada y evacuada y el capitalismo volvió a funcionar en buena medida en contra de las ideas de importantes grupos de poder aferrados a sus rutinas depredadoras. Ahora que el crecimiento económico se aplanan, las clases dirigentes buscan seguir con su ritmo de enriquecimiento e incluso aumentarlo exigiendo una porción sustancialmente mayor de la torta lo que de producirse instalaría una dinámica de concentración de ingresos, endeudamiento público, ajuste fiscal, empobrecimiento y marginalización que tarde o temprano llevaría a una crisis de gobernabilidad probablemente muy superior de la de 2001. Los grupos de poder más extremistas y sus padrinos de Washington creen que en ese caso podría evitarse la avalancha popular mediante la mexicanización preventiva del país, la ideología de la Guerra de Cuarta Generación aparece con la sucesora de las teorizaciones justificadoras de las democracias controladas, sucesoras a su vez de la doctrina de la seguridad nacional.

Pero entre la teoría y la realidad existe un enorme espacio plagado de incertidumbres, lo único seguro es que el fin de los equilibrios actuales introduciría a la sociedad argentina en una *terra incógnita* donde la rebelión popular protagoniza uno de los escenarios posibles, donde la democracia de los de abajo podría emerger alentada por la crisis de gobernabilidad. El pueblo como sujeto se haría presente, volvería a existir, gracias a la declinación de sus opresores así como estos se reproducen gracias a la cosificación del pueblo.

Economía de penuria y revuelta popular

Este texto fue publicado originalmente en Agosto de 2001 en el suplemento de la Asociación de Madres de Plaza de Mayo de "Pagina 12" bajo el título de "La revolución ausente". Vivíamos los meses previos al derrumbe de Diciembre de ese año. Se presentaban en el horizonte varios escenarios posibles, entre ellos el de la degradación prolongada de la sociedad argentina que bauticé "economía de penuria" fundada en un sistema productivo reproduciéndose a baja intensidad, con millones de desocupados e indigentes, pero también el escenario de la revuelta popular producto de la creatividad, de la potenciación de las reservas culturales del pueblo. Felizmente fue esta última alternativa la que se concretó en las jornadas del 19 y 20 de Diciembre y en las movilizaciones de los meses posteriores, la bestia fue sacada del centro de la escena, pero pudo sobrevivir, preservar sus intereses acumulando fuerzas para futuras fechorías.

Para la presente edición solo he suprimido un largo párrafo referido a la coyuntura económica internacional de ese momento que no creo pueda interesar al lector de 2017, también corregí algunos errores de edición.

Sumergida en una ciénaga que la va tragando, la sociedad argentina experimenta un salto cualitativo siniestro, luego de tres años de recesión y en virtual cesación de pagos externos ha comenzado a transitar una depresión alentada por su propio gobierno que radicaliza la estrategia neoliberal.

El proceso de decadencia está ingresando en una nueva etapa, la de la instalación de un "sistema de penuria" cuyas componentes decisivas serían la baja intensidad de las actividades económicas y la presencia abrumadora de masas marginales e indigentes.

El ajuste actual con el argumento de buscar el "déficit fiscal cero" está logrando una descomunal contracción del consumo vía reducciones de salarios públicos y jubilaciones induciendo así a caídas importantes de los salarios privados. Si continua este proceso podrían llegar a producirse dos hechos decisivos en la reproducción del sistema: en primer lugar el achicamiento de manera durable de las importaciones obteniéndose un superávit del comercio exterior y en consecuencia excedentes de divisas que "ayudarían" al Estado a seguir pagando los intereses de la deuda³⁷ asegurando al mismo tiempo las remesas de beneficios empresarios al exterior; y segundo, una baja significativa de los salarios aumentando las tasas de beneficios de los grandes grupos económicos compensando así la contracción del mercado interno.

En síntesis, nos encontramos ante un gran saqueo de los ingresos y patrimonios de la mayoría de la población en beneficio de las mafias financieras locales-transnacionales. Ese fenómeno aparece como el resultado (forma parte de) la crisis del capitalismo argentino que a su vez converge con la desaceleración de la economía mundial impulsada por los países centrales.

37 Obviamente esta "ayuda" puede resultar insuficiente dado el elevado grado de endeudamiento público de Argentina.

Saqueo y recesión

Nuestro país expresa de manera exacerbada (periférica) la declinación global. Su situación actual aparece como la culminación de la era neoliberal iniciada por el gobierno de Menem³⁸ y profundizada por De La Rúa en la cual funcionó un mecanismo de pillaje liderado por grupos financieros transnacionales (de los que forma parte la lumpenburguesía local) y un reducido núcleo de empresas extranjeras (servicios privatizados, petróleo, etc.) operando con altísimas tasas de ganancias. Fueron saqueados patrimonios e ingresos públicos, recursos naturales, estructuras productivas e ingresos privados. El remate a bajo precio de empresas estatales de servicios fue sucedido por el cobro de tarifas elevadas que absorbieron ingresos del conjunto de la economía, la transferencia de aportes provisionales a los fondos privados de jubilaciones (las "AFJP") generó un enorme déficit fiscal factor decisivo del endeudamiento externo, la apertura importadora reforzada por la sobrevaluación de la moneda local causaron la desaparición de áreas importantes de la industria y el incremento de la desocupación lo que a su vez facilitó la precarización laboral y el deterioro de los salarios.

En un primer periodo (1991-1994) el saqueo fue compensado con fondos provenientes de las privatizaciones, ingresos de capitales especulativos y narcodólares, de ese modo el Producto Bruto Interno creció aunque ampliando los desequilibrios, pero desde mediados de los años 90 (cuando las desnacionalizaciones habían concluido) la reproducción del proceso depredador pudo ser prolongada gracias al crecimiento de la deuda externa que cubría el déficit fiscal y el desarrollo de una amplia gama de negocios parasitarios. Hacia 1998 el ritmo de expansión de la deuda empezaba a ser al mismo tiempo "insuficiente" (desde el punto de vista de las necesidades del sistema) y "demasiado grande" (comparado con la capacidad de pago del país), Argentina se endeudaba para poder pagar a los acreedores externos, el círculo vicioso del endeudamiento infinito desató la conocida loca carrera hacia la cesación de pagos.

Ello se combinó con las turbulencias financieras globales iniciadas en Asia del este (1997) y Rusia (1998) que marcaron el fin del derrame de fondos especulativos (legales e ilegales) hacia la periferia. Empezó la recesión argentina porque el saqueo de riquezas no encontraba contrapesos financieros suficientes. El modelo neoliberal ingresaba así en una depresión estructural acumulativa.

Desde una visión de largo plazo, abarcando el último cuarto de siglo podríamos señalar tres grandes saltos cualitativos del capitalismo argentino, el primero entre 1975 y 1976 (descomposición del gobierno de Isabel, implantación de la dictadura) fue el inicio de una transformación durable marcada por la hegemonía de grupos parasitarios, integrados a las redes financieras y mafiosas internacionales que fue devorando el tejido productivo; el segundo entre 1989 y 1991 golpeó a una sociedad mucho más deteriorada y consolidó el dominio total de dichos grupos, el tercer salto se está realizando ahora y consiste en la tentativa de instalación de una "economía de penuria".

Lo que se produjo en ese largo período no fue una reconversión productiva al estilo de la emergencia del sistema agroexportador de fines del siglo XIX y de la industrialización de los años 30 y 40 sino una degeneración parasitaria cuya trayectoria estuvo cubierta por numerosas turbulencias y manotazos financieros, mezclados con efímeros periodos

38 Precedido por los avances reaccionarios de la dictadura militar (Martínez de Hoz & Co).

relativamente calmos durante los cuales se acumulaban desequilibrios que desataban nuevos desordenes. La euforia menemista, entre 1991 y fines de 1994 fue el caldo de cultivo de la recesión de 1995 (acentuada por la crisis mexicana), la seudoreactivación iniciada en 1996 aceleró el endeudamiento externo y el saqueo interno y preparó la recesión inaugurada en 1998 que a su vez derivó en el desastre actual. El momento presente aparece a la vez como el inicio de una posible nueva etapa de la decadencia, el hundimiento en una forma de barbarie radicalmente diferenciada de todo lo anterior, trágicamente novedosa.

La economía de penuria

Diversos rasgos definen ese futuro negro. En el plano económico la eternización del ajuste significará colocar al Estado al servicio exclusivo del pago de los intereses de la deuda cuyo peso abrumador impondrá una presión fiscal muy alta y un bajo nivel de los otros gastos públicos como salarios y jubilaciones que ahogarán todo renacimiento significativo del consumo ampliando la desocupación y la precarización laboral. Por otra parte el mantenimiento de los superbeneficios del sector financiero y las empresas privatizadas acorralará a las empresas nacionales sobrevivientes (especialmente a las pymes) y colocará una segunda lápida sobre la demanda de las clases medias y bajas.

Por supuesto el crédito internacional no podrá ser recompuesto de manera significativa durante mucho tiempo, la insolvencia o débil capacidad de pago argentina durará mientras exista la superdeuda y el sometimiento al pago irrestricto de sus intereses.

Seremos una economía funcionando a baja intensidad de tipo colonial gobernada por los usureros y otros grupos parasitarios. Esto producirá un efecto devastador en el plano social, la desocupación y la subocupación crecerán en progresión geométrica lo que arrastrará (ya lo está haciendo) a un amplio abanico de actividades informales cuyos nuevos desocupados no figuran en las estadísticas oficiales, la extensión y agravamiento de la pobreza y la marginalidad significará por ejemplo la hipertrofia de la indigencia urbana, la desaparición en esos sectores de servicios (salud, educación y otros) considerados hasta ahora conquistas básicas de la civilización. Resulta difícil imaginar esa nueva Argentina miserable que tendrá muy poco que ver con las descripciones conocidas de las sociedades periféricas pobres del pasado consideradas "atrasadas", por el contrario nos encontramos ante un posible fenómeno de post-modernización decadente.

Estado, política y miseria

Debemos precisar un poco el tipo de mutación que está sufriendo el estado señalando que la dinámica "ajuste-crisis-ajuste" va eliminando las estructuras y funciones tradicionales heredadas de más de un siglo de desarrollo capitalista, que cubrían aspectos tales como la educación y la salud públicas, las grandes obras de infraestructura, la seguridad social, el empleo público provincial, etc., altamente deterioradas durante los años 90 pero todavía sobreviviendo (de manera agonizante). A la economía de penuria le correspondería un estado pequeño estructurado en torno de tres orientaciones básicas: primero, la recaudación de impuestos y la recuperación de divisas destinados sostener los pagos de la deuda externa y el envío al exterior de beneficios de los grupos económicos dominantes. Segundo, la represión de las protestas populares (articulando estructuras estatales y privadas, formales e informales) y tercero, la

organización de sistemas de contención social, de control de los pobres, de sus expresiones hostiles al sistema. Represión y contención son las dos caras de una misma moneda. La miseria extrema de grandes sectores sociales es una componente fundamental del sistema, para que este persista en el tiempo deberá protegerse de sus víctimas, los millones de argentinos sumergidos, que tendrán que pelear contra sus verdugos para sobrevivir. Domesticar, contener, controlar a los miserables, a los marginados y sobreexplotados es hoy para el capitalismo argentino la prioridad estratégica número uno. Desde mediados de los años 90 en el Banco Mundial, en el Departamento de Estado de los Estados Unidos y otras estructuras imperiales se vienen promoviendo proyectos de contención social en la periferia, especialmente en América Latina sobre la base de que las transformaciones neoliberales de la economía hundieren en la pobreza a enormes masas sociales urbanas y rurales, y que debe ser frenado su descontento. El armado de “*redes de contención social*” a través de subsidios a los indigentes es un objetivo clave del sistema regional de dominación complementario de diversos instrumentos represivos (“Plan Colombia”, reconversión y creación de fuerzas represivas nacionales y regionales especiales, etc.). El gobierno norteamericano, sus socios de la OTAN, la Iglesia, etc., acompañados lógicamente por la alta burguesía local promueven en nuestro país esos operativos de institucionalización de la miseria. Reprimir a los díscolos y al mismo tiempo integrar en la degradación a quienes, conformándose con su situación, acepten la caridad de los ricos. La ministra de trabajo, Patricia Bullrich, viene proponiendo la transformación de las protestas piqueteras en “*organizaciones solidarias*” legales encargadas de gestionar “*planes trabajar*” y distribuciones de bolsas de alimentos. Sueña con la constitución por esa vía de una suerte de burocracia de la marginalidad, obviamente corrupta, instrumento dócil de los políticos del régimen y los organismos de seguridad. En el mismo sentido apuntan proyectos de aparente “*inspiración cristiana*” de subsidios a los desocupados que buscan desviar las luchas encauzándolas hacia ese objetivo; obviando, dejando de lado “*por el momento*” las exigencias de cambios profundos en la estructura económica y social, es decir temas tales como la suspensión del pago de la deuda externa, la renacionalización de las empresas privatizadas y de la seguridad social, etc. Oponer reclamos esenciales de supervivencia inmediata a programas más amplios de cambio constituye un viejo truco conservador, una bien conocida trampa destinada a bloquear, desviar y dividir a los de abajo.

Obviamente este andamiaje de contención-represión es antagónico con la vigencia amplia de las libertades democráticas, su complemento político no puede ser otro que alguna forma de poder dictatorial, autoritario, más allá de los maquillajes circunstanciales (probablemente “*civiles*”) que deba adoptar.

La prédica actual acerca del “*costo de la política*” impulsada por los medios de comunicación locales, el Banco Mundial más el propio gobierno y los partidos políticos del régimen utilizando como justificación su propia corrupción, apunta en realidad a reducir o eliminar espacios de representación democrática (nacionales, provinciales, municipales).

El futuro de la involución

Pero nada asegura la permanencia de este régimen. Un primer obstáculo será el descontento popular que viene erosionando la legitimidad de las vallas de contención sindicales y políticas tradicionales desarrollando luchas desde abajo, no institucionales, por ejemplo los cortes de rutas en crecimiento exponencial. Un segundo obstáculo está constituido por el contexto internacional signado por la crisis con centro en los Estados

Unidos y Japón pero incluyendo también a la Unión Europea y afectando al conjunto de la periferia, todo ello comprime el comercio internacional castigando especialmente a los precios de los productos vendidos por los países subdesarrollados, caotiza los flujos financieros, encarece los préstamos demandados por las regiones pobres, hace subir las sobretasas usurarias (el “riesgo país”) a que se ven sometidas. En América Latina esto se expresa a través de la desestabilización de los regímenes neoliberales.

Un tercer factor a considerar es el carácter inestable del capitalismo argentino dominado por una lógica de depredación insaciable, donde el achicamiento de la economía nacional debería incentivar la voracidad relativa de la mafia financiera, las contradicciones de intereses en su interior, la descomposición de sus élites políticas, el desmantelamiento de los estados provinciales y del aparato estatal nacional. Cada una de esas dificultades para la consolidación del sistema encontrarán formas, tentativas más o menos eficaces de corrección. Es previsible la reproducción de ensayos de contención popular a través del asistencialismo, de demagogias políticas centristas, semi progresistas, populistas conservadoras u otras, combinadas con represiones selectivas. Los Estados Unidos intentan compensar el descontrol en la región con nuevos esquemas de dominación, combinando ofensivas económicas (como el ALCA o las dolarizaciones) y militares (el Plan Colombia) con estrategias de reconversión de estructuras represivas locales. En fin, el desorden del régimen argentino, de su sistema de poder siempre puede generar convocatorias al cese o reducción de las rencillas internas, a la “unidad nacional” ante eventuales peligros de desborde de las masas sumergidas.

No es seguro el derrumbe del sistema, tampoco lo es su permanencia a mediano o largo plazo, nos encontramos ante un final no definido de antemano donde la lucha de clases, la confrontación entre los de arriba y los de abajo, entre la reproducción ampliada de la decadencia y la rebelión de las víctimas tendrá la última palabra.

Contrarrevoluciones

Todo lo expuesto sugiere una visión del pasado más extendida cubriendo unas cinco décadas de la historia argentina, desde mediados de los años cincuenta. Durante ese largo periodo se produjeron dos contrarrevoluciones (la primera en 1955 y la segunda en 1976) que consolidaron y aseguraron el proceso de declinación de nuestro capitalismo subdesarrollado, cuya última prosperidad, industrial (años 40 y 50) había encontrado serios límites locales e internacionales que agotaron su empuje inicial.

El golpe militar de 1955 expresó un cambio decisivo en las relaciones de poder favorable a los Estados Unidos y a una conjunción de fuerzas burguesas internas y externas que a partir de ese momento desarrollaron un prolongado esfuerzo de control (financiero, industrial, etc.) y de desarticulación de estructuras económicas proteccionistas, de distribución de ingresos hacia las clases bajas, educativas, sanitarias, etc., que fue degradando el mercado interno, el tejido industrial, el sistema de transportes, las empresas públicas de servicios. Esa dictadura militar inició un complejo camino de dominación, zigzagueante, con marchas y contramarchas, empates provisorios, con golpes de estado y gobiernos civiles nacidos de la proscripción electoral del peronismo modernizaciones culturales (impactando a un amplio abanico de sectores sociales, principalmente a las capas medias) paralelas a la acentuación del subdesarrollo económico y la polarización social.

Pero ese país entre estancado y declinante engendró fuerzas de resistencia y ruptura, tentativas de superación del sistema cuya expresión más alta fue la insurgencia revolucionaria de los años 60 y 70 con centro en un sujeto histórico inesperado, la juventud radicalizada de las capas medias encabezando en la culminación de su lucha a grandes sectores populares. Sin embargo esa embestida fue insuficiente tanto desde el punto de vista de su capacidad de convocatoria, como de su estructuración ideológica y organizativa. Un capitalismo sin destino positivo pudo bloquear y luego arrasar a esa rebelión, las Fuerzas Armadas fueron el ejecutor sanguinario de la contrarrevolución que desde 1976 acompañó al genocidio con cambios económicos y sociales que forjaron e instalaron un nuevo sistema de dominación de tipo parasitario.

1955 y 1976 marcaron dos momentos decisivos de nuestra historia, dos enviones hacia abajo, hacia el desastre de una sociedad periférica cuyas posibilidades de renovación capitalista eran muy débiles, casi inexistentes, pero que sin embargo no pudo generar cambios (sujetos) revolucionarios que saltaran por encima de sus bloqueos burgueses.

En el año 2001 nos encontramos en los inicios de una tercera contrarrevolución, la más profunda y retrógrada de todas. La trampa conservadora está nuevamente montada, aunque nunca como ahora el grado de integración (económica, política, ideológica e institucional) de la mayoría de la población al sistema ha sido tan floja, tan carente de ilusiones. Ello reduce la capacidad operativa de la derecha, plantea la posibilidad concreta de la emergencia de una insurgencia popular nueva, heredera de las anteriores pero cargada de una enorme densidad social, de un potencial de ruptura jamás antes visto en Argentina.

Reproducción conservadora, ruptura, crisis

La persistencia del país burgués (incluidas sus contrarrevoluciones, reformas fracasadas y estafas electorales) ha requerido la presencia dominante de mecanismos ideológicos e institucionales destinados a evitar, controlar y eventualmente aislar desbordes y radicalizaciones que podrían poner en peligro su existencia.

La sociedad argentina de hoy aparece polarizada entre una abrumadora mayoría de pobres, marginales e indigentes, de trabajadores, profesionales y pequeños empresarios precarios a la que se opone una mafia depredadora rodeada por un pequeño porcentaje privilegiado de la población. Sin embargo este corte visible y la inestable serie de eslabones sociales intermedios se encuentran atravesados por una trama cultural conservadora, red de seguridad esencial del sistema, envoltorio difícil de quebrar que bloquea las salidas, alimentando al (y nutriéndose del) proceso de decadencia, atrapando a una amplia variedad de dirigentes y estructuras políticas, sindicales y sociales cuyo rasgo común es la no-transgresión de los límites del sistema, el convencimiento irracional de que el Poder es inexpugnable, todopoderoso. Al interior de ese clima ideológico degradado, la revolución (concreta, practicable) aparece como una idea descabellada precisamente en el momento histórico en que la vía revolucionaria, de ruptura radical contra el régimen declinante es el único camino realista posible de superación positiva y durable de la crisis.

Dentro de ese pantano tienen un lugar destacado el centro-izquierda político en su eterna búsqueda de un capitalismo con rostro humano (recordemos al casi olvidado alfonsinismo-progre de los 80 o al Frepaso de los 90) y el oportunismo sindical, pero también debemos incluir a las izquierdas enanas, sin estrategias de poder, vegetando

embrolladas en sus galimatías sectarios. Todo ello forma parte de un mundo en decadencia, que refuerza, remacha con su miseria moral la miseria material de los sumergidos sociales.

Temeroso de la rebeldía de los oprimidos, el sistema en crisis extrema sus dispositivos de control y bloqueo, anula o minimiza de manera virtual, comunicacional la protesta que emerge desde el subsuelo pero al hacerlo degrada, desprestigia a sus intermediarios, taponas las vías de escape, contribuye sin quererlo a la sobreacumulación de presión contestataria, de bronca popular. En realidad hace lo único que puede, la lógica de la crisis sobredetermina su comportamiento. Esa dinámica perversa se apoya en la ausencia de la revolución como proyecto y como bandera de lucha, antagónica a la degradación general, que solo puede estructurarse, extenderse y consolidarse desde abajo si su enemigo retrocede, se desordena, se desestructura. El oprimido empieza a existir como ser humano, a conquistar su dignidad solo cuando el opresor comienza a morir.

La instalación hegemónica del parasitismo argentino

Este texto fue escrito en el exilio en 1981 y publicado en la revista francesa "Les Temps Modernes" () fundada por Jean-Paul Sartre, fallecido un año antes, y en ese momento bajo la dirección de Simone de Beauvoir. Se trató de una edición de la revista dedicada al tema argentino. El artículo redactado en francés y sometido luego a la "corrección de estilo" de la revista, había sido pensado en "argentino", cargado con el espíritu de la época. Reeditarlo 36 años después en el idioma en que fue pensado obliga a un intenso esfuerzo de memoria y de adaptación. Lo que yo allí trataba de explicar era que esa dictadura militar, además de ser la más sanguinaria de la historia argentina, marcaba una mutación decisiva en la clase dominante del país: el parasitismo pasaba a ser su característica principal. Los aspectos "productivos" (agrario, industrial, minero, etc.) quedaban subordinados a un comportamiento decadente que como se pudo constatar en los años posteriores y hasta la actualidad explica la dinámica del capitalismo argentino. No se trataba de un fenómeno inesperado sino de la culminación de un proceso perverso que hundía sus raíces en la historia nacional.*

(*) Jorge Beinstein, "Argentine à l'heure du bilan", Les Temps Modernes, Juillet-Aout 1981, nº 420-421, París.

"Sellaremos con sangre y fundiremos con el sable, de una vez y para siempre, esta nacionalidad argentina que tiene que formarse, como las pirámides de Egipto y el poder de los imperios, a costa de la sangre y el sudor de muchas generaciones".

General Julio A. Roca, 23 de abril de 1880³⁹

"Ahora escribimos este letrero en las paredes: la vida es subversiva"

Ernesto Cardenal⁴⁰

La tragedia argentina podría ser sintetizada con la ayuda de la siguiente paradoja: la élite dominante ha demostrado su "ineficacia" para desarrollar un país rico en recursos naturales y dotado de una población calificada. Y sin embargo se ha mostrado bastante "eficaz" para impedir que las clases populares, víctimas de su dominación, impongan cambios de estructuras radicales eliminando así las trabas que se oponen al progreso.

Eficacia para dominar y parasitar, ineficacia para superar un sistema socioeconómico decadente. Modernismo mezclado con conservadurismo, absorción de ciertos progresos técnicos, incorporación de formas culturales nuevas... pero que se adaptan a estructuras parasitarias cuya rigidez impide al país salir del círculo vicioso del subdesarrollo.

Esta "dualidad" en el comportamiento de la alta burguesía local expresa bien el carácter contradictorio, casi aberrante, de un capitalismo periférico condenado desde su nacimiento a reproducir eternamente (y de manera cada vez más bárbara) el subdesarrollo, a través de diferentes niveles de urbanización, de industrialización, etc. Ha transcurrido un siglo desde que, hacia 1880, la oligarquía cívico-militar fundó la República, la Argentina moderna. Durante todo ese tiempo se han sucedido las reformas fracasadas, las revueltas populares, un vasto proceso de industrialización... pero la hegemonía elitista-conservadora no pudo ser anulada.

39 Carta del general Julio A. Roca a Dardo Rocha, 23 de abril de 1880, en Natalio E. Botana, El orden conservador, Editorial Sudamericana, Buenos Aires, 1979.

40 Ernesto Cardenal (antología de Antonio Melis). La vita e'souversiva, Edizioni Accademia, Milán, 1977.

Finalmente llegamos a la degradación actual, proceso dramático que combina la putrefacción, la disgregación de las fuerzas productivas y la instalación de un Estado totalitario, elitista, que invade completamente la sociedad civil (alimentándose de su desarticulación) en un combate que no está aún zanjado y que tiene como objetivo su domesticación total, su transformación en un conjunto caótico de actividades vegetativas.

Desde hace cerca de medio siglo la economía rural permanece estancada (leer aclaración en el pie de página)⁴¹. La industria, que representa actualmente cerca del 35% del Producto Bruto Nacional, no ha conocido, en el transcurso de los veinticinco últimos años, sino algunas innovaciones parciales que le han permitido adaptarse anárquicamente a los cambios (modernizaciones) introducidos en el sistema de consumo, pero al precio de un alto nivel de desnacionalización y de monopolización, acentuando todavía más su dependencia tecnológica y financiera externa. Esta dinámica económica (principalmente entre 1955 y 1975) donde predominaron las prácticas parasitarias, con débiles tasas de inversión productiva y beneficios elevados a corto plazo, ha contribuido de manera decisiva a la inestabilidad general del sistema.

En cuanto al sector agrícola, centrado en la gran propiedad, ha podido hasta ahora compensar sus bajos niveles de productividad mediante fuertes transferencias de ingresos a su favor, gracias a un poder político que, luego del golpe de Estado de 1955, se mostró excesivamente sensible a sus demandas.

Todo esto ha provocado durante el último cuarto de siglo un proceso de concentración de ingresos que ha socavado el mercado de consumo de masas, sostén de la industria y de una buena parte de la actividad rural.

Fue sobre la base de la inestabilidad de los precios (causada por la sucesión de rapiñas de la alta burguesía) combinada con el estancamiento o crecimiento muy lento de la demanda interna (en una sociedad moderna muy urbanizada) que diversas firmas multinacionales penetraron en el país en el transcurso de los años sesenta ocupando los sectores más dinámicos de la industria. Su desarrollo se integró al proceso general de lumpen-aristocratización social desencadenado por el golpe de 1955, dándole un impulso decisivo. El capital extranjero funcionó desde el comienzo con tasas de ganancia extremadamente elevadas y tomando muy pocos riesgos. Sus estrategias tenían como objetivo central la recuperación ultra-rápida de las inversiones.

Una componente fundamental del comportamiento del empresario argentino es la inmediatez, la subestimación del largo plazo, la búsqueda de ganancias fáciles y rápidas. Conducta típica del subdesarrollo que no ha obedecido a ninguna casualidad histórica, a ninguna desviación psicológica momentánea; por el contrario constituye un verdadero factor estructural que hunde sus raíces en los orígenes de la sociedad argentina y que se perpetúa a través del tiempo. Más aún, el conjunto de nuestra cultura nacional (subcultura periférica) ha estado siempre impregnada por la inmediatez, la mayor parte de las actividades sociales no han podido liberarse de esta forma primitiva de racionalidad que ha inhibido, bloqueado el desarrollo de la conciencia en las masas populares.

41 **Nota del autor algo más de 35 años después:** en 1981 era imposible prever el futuro boom sojero de la agricultura argentina, que sin embargo no superó (en realidad reforzó) la trampa del subdesarrollo, menos previsible aún era que uno de los grandes clientes de esa producción sería China, convertida en la segunda potencia económica capitalista del mundo.

El pragmatismo cínico, disfrazado de “viveza criolla”, que ha sido a veces considerado como uno de los elementos fundamentales del “comportamiento argentino”, es para la élite dominante y para los arribistas que aspiran desesperadamente al poder y a la riqueza, una especie de justificación legitimadora de su degradación moral; para las masas dominadas, para las clases populares, esta manera de ser funciona como una justificación de la impotencia, como una escapatoria individual (y a veces colectiva), como un verdadero opio. Para el conjunto del cuerpo social, todo esto toma la forma de una esquizofrenia que se exagera con el tiempo y conduce inexorablemente al desastre.

El oportunismo provechoso para una minoría tal como se ha presentado históricamente en Argentina, es uno de los productos del bloqueo oligárquico; aparece para las mayorías como un conjunto de ilusiones destinadas al fracaso: ilusión de arreglo negociado en la antecámara de la represión, ilusión de prosperidad en medio de la decadencia...

Los bloqueos estructurales (desde monopolio oligárquico sobre la tierra hasta el actual protagonismo de las camarillas financieras) se han convertido a nivel cultural en trabas ideológicas al desarrollo de la racionalidad social, como interiorización por parte del pueblo de mitos, normas de conducta producidos por la élite dominante.

La sumisión física de los de abajo obtenida durante el siglo XIX mediante una larga y sanguinaria guerra civil fue coronada por un profundo sometimiento cultural que se ha expresado al interior de los movimientos populares opuestos al régimen, inhibiendo su capacidad crítica y por consiguiente, su potencial de lucha.

En estos últimos cinco años se ha producido un gigantesco salto cualitativo, el capitalismo oligárquico tradicional, incluidas sus extensiones burguesas (industrial, comercial, etc.) se ha transformado en saqueo, en destrucción de fuerzas productivas, la dominación elitista se ha convertido en represión feroz. La miseria y el genocidio borran de un plumazo numerosos mitos, numerosas ilusiones... el terror es hoy el instrumento principal en el proceso de reproducción del capitalismo argentino. Pero, como la clase dominante que está a la cabeza de la República Militar sabe que ese terror es insuficiente, que su eficacia se deteriora con el tiempo, busca hacer revivir la antigua comedia recurriendo a los juegos de la vieja política elitista. Pero es probable que el círculo vicioso, constituido por el bloqueo estructural y las ilusiones de cambio, esté en la actualidad seriamente dañado.

Resulta difícil hacer pronósticos acerca de la capacidad de la élite, en medio de la mayor crisis social de la historia argentina, para organizar una nueva red de compromisos en paralelo al despliegue represivo así como anticipar rupturas y rebeliones populares... el futuro es muy incierto...

La oligarquía

Es posible localizar las raíces del subdesarrollo argentino en la forma específica, periférica, a la vez degradada y caótica, que ha revestido en esta parte del mundo la civilización burguesa. Reproducida sobre la base del bloqueo elitista, del recurso cíclico a la violencia, la subcultura oligárquica aparece como el fundamento del “fascismo” argentino, combinación de despotismo, pragmatismo sin escrúpulos y cinismo político. Es necesario remontarnos al fin de la colonización española en 1810 y aún antes, la élite que nace en Buenos Aires, engendrada por el contrabando y la especulación, se transformó

poco a poco, para convertirse, a través de una larga ruta marcada con sangre, en la clase dominante que conocemos hoy.

Basada en la ciudad-puerto fue en sus orígenes una burguesía comercial urbana inestable que fortaleció sus vínculos con el mercado mundial (en especial con el Imperio Británico) apropiándose luego de vastas extensiones de tierra en la pampa, gigantesco espacio fértil.

Las exportaciones de cueros, carnes saladas, lana, carne bovina y cereales marcan diferentes etapas en el proceso de incorporación del territorio al comercio internacional.

Al final de la primera etapa de su formación, hacia 1880, la oligarquía ya consolidada en tanto élite rural y urbana (propietaria de tierras y grandes empresas en Buenos Aires y otras ciudades) había dejado detrás una vasta obra de destrucción. La población indígena había sido exterminada, las masas populares del interior aplastadas sin piedad; Paraguay fue sometido a un gran genocidio, más de la mitad de su población fue masacrada por los ejércitos combinados de Argentina, Brasil y Uruguay.

La trayectoria del general Roca, verdadero fundador de la Argentina moderna y de su ejército, son muy esclarecedoras. Combatió en la guerra del Paraguay, enfrentó militarmente a los caudillos del interior como Felipe Varela, López Jordán o Peñaloza, y dirigió finalmente la famosa “Campaña del Desierto”, amplia operación de exterminio de las poblaciones indígenas cuyo objetivo era la apropiación de millones de hectáreas de tierras fértiles⁴².

Desde su nacimiento, la oligarquía fue una clase inestable que se desarrolló a través de una sucesión de golpes de suerte, gracias a los avatares de la guerra civil, de un comercio internacional imprevisible, de la apropiación fraudulenta de las “tierras públicas” que eran en realidad propiedad de los indios, de la especulación urbana, etc. Aparece en consecuencia como una amalgama de poder económico y militar, de intereses rurales y urbanos, locales y extranjeros.

A lo largo de los últimos cien años pudo reproducirse principalmente en tres escenas políticas diferentes: la República Civil Fraudulenta (entre 1880 y 1916, durante los años 30 y entre 1958 y 1966), la República Militar (durante el golpe de 1930, entre 1955 y 1958, entre 1966 y 1973, a partir de 1976) o bien bajo regímenes populares democratizadores (1916-1930, 1945-1955, 1973-1974) durante los cuales efectuaba repliegues tácticos hábiles que le permitían conservar su dominación estratégica sobre los sectores clave de la economía y del aparato de Estado. Esta habilidad, esta capacidad de adaptación política combinando la represión con las negociaciones tramposas, se extendió también a la economía; es así como atravesó la etapa de las exportaciones agrícola-ganaderas (hasta la Segunda Guerra Mundial), la industrial-nacionalista (1945-1955) y la industrial-colonizada (1955-1976) para asumir ahora las características de una lumpenburguesía cívico-militar.

42 “Durante los 18 años que transcurrieron entre 1862 y 1880, Roca sirvió al ejército de su país en todas las acciones que contribuyeron a la consolidación del poder político central: estuvo bajo las órdenes del general Paunero contra Peñaloza, combatió en la guerra del Paraguay, se enfrentó con Felipe Varela en la batalla de Salinas de Pastos Grandes, derrotó a Ricardo López Jordán en la batalla de Ñaembé, dirigió la Campaña del Desierto que culminó con la anexión de 1500 leguas de tierras nuevas. Esta trayectoria militar le permitió a Roca mantener contactos permanentes con las clases gobernantes emergentes”. N. E. Botana, op. cit. p. 33.

Diversificación de intereses, división-recuperación-represión de sus enemigos internos sobre la base no negociable del mantenimiento-transformación-adaptación del modelo elitista que traba simultáneamente el desarrollo de las fuerzas productivas y de las formas democráticas de organización social.

Las Fuerzas Armadas

Las Fuerzas Armadas argentinas constituyen la expresión institucional más elaborada de la subcultura oligárquica. Nacidas en la últimas décadas del siglo XIX sobre la base de la represión interna (exterminio de pueblos originarios, aplastamiento de los movimientos populares del interior del país) y de la guerra colonial contra el Paraguay, fueron formadas en base al modelo prusiano. Garante sólido de los regímenes civiles más elitistas o asumiendo otras veces abiertamente el poder político para preservar “el orden social”, el poder militar constituye uno de los factores esenciales del proceso de reproducción del subdesarrollo. Su imagen actual, en tanto “aparato represivo-fascista” no es el producto de una situación extraordinaria, sino el resultado de toda su historia.

Es necesario señalar la existencia de dos mitos, de dos falsificaciones obstinadamente preservadas contra viento y marea.

Un primer mito es el del lazo que los militares (y el conjunto de la cultura oficial) han pretendido establecer entre el actual ejército profesional y los ejércitos improvisados (en realidad milicias populares) que libraron a comienzos del siglo XIX la guerra de la independencia contra el colonialismo español.

Intentan establecer una suerte de legitimidad de origen del aparato represivo actual. En realidad el ejército de la independencia se disolvió a lo largo de las guerras civiles que devastaron al país durante el siglo XIX. El ejército profesional apareció mucho después como instrumento de represión interna, animado por un espíritu elitista, como producto (y artifice) de la consolidación de la oligarquía. La legitimidad de origen se convierte en pecado original, marca sangrienta antipopular. El fundador de las Fuerzas Armadas argentinas no fue el general San Martín –héroe de la independencia–, sino el general Roca: “héroe” de las masacres de gauchos, indios y paraguayos, de la corrupción económica, de la sumisión al Imperio Británico.

El segundo mito, es el de la existencia de una importante tradición a la vez nacionalista y popular en las Fuerzas Armadas. Durante los últimos veinticinco años han surgido, en varias oportunidades, en el campo civil, personas a la búsqueda del militar “patriota”, “amigo del pueblo”. La realidad marcada por una sucesión de golpes de Estado militares reaccionarios, se encargó de desmentir esas esperanzas.

El nacimiento del peronismo, alrededor de 1945, ha sido a veces interpretado como el producto de una suerte de alianza entre las masas populares y las Fuerzas Armadas. En realidad, Perón mismo, durante su largo exilio, se encargó de desmentir muchas veces dicha afirmación.

Esto no impide que, incluso hoy, a pesar de lo ocurrido en estos últimos años, haya quienes nos recuerden que “en 1945 los militares se unieron al pueblo”. Pero la realidad fue diferente. Los militares argentinos, influenciados por las ideas autoritarias (que habían animado el golpe de 1930 que derrocó al régimen popular-liberal de Hipólito Yrigoyen) realizaron un golpe de Estado en 1943 con el doble objetivo de llenar el vacío político dejado por un gobierno conservador decadente y de “adaptarse” a la nueva configuración

mundial donde Alemania aparecía en plena guerra mundial como potencia central emergente.

El aislamiento del poder militar, hostigado por las fuerzas políticas tradicionales y mal ubicado frente al rápido cambio en el curso de la guerra provocó una profunda crisis en su seno⁴³.

Perón, entonces coronel, emergió como líder de las masas populares sobre la base de tres fenómenos principales: en primer lugar la crisis militar que quebrantó seriamente la estructura jerárquica del Ejército, luego la incapacidad de los políticos tradicionales (comprometidos con el viejo régimen oligárquico) para recuperar el poder; por último, la irrupción, gracias al proceso de industrialización a partir de los años 30, de un nuevo proletariado industrial, así como de un amplio abanico de grupos sociales modernos (una burguesía urbana innovadora, nuevas clases medias, etc.). Fueron estas fuerzas sociales emergentes (especialmente la clase obrera) las que consolidaron al movimiento peronista. La oligarquía en su conjunto, los partidos tradicionales y la derecha militar, efectuaron en ese momento uno de sus repliegues tácticos tan conocidos, destinados, por un lado a calmar y a moderar al movimiento popular naciente, y por el otro a recuperar fuerzas, a reconstruir su cohesión interna.

Cinco años más tarde, desde comienzos de los años 50, la derecha pasó al ataque aprovechando contradicciones y debilidades de un régimen prisionero del conservadorismo que esos sectores habían contribuido a imponer.

La ofensiva reaccionaria culminó en 1955 con el golpe de estado antiperonista que abrió un largo período (de 18 años) de dictaduras militares o de “gobiernos civiles” (bajo el control más o menos directo de las Fuerzas Armadas), surgidos de “elecciones” donde el movimiento peronista mayoritario había sido excluido.

El liderazgo de Perón no fue el resultado de la convergencia entre las masas populares y el Ejército, por el contrario, el peronismo triunfó en 1945 con un militar atípico a la cabeza gracias precisamente al quiebre de la tradición militar más sólida, del elitismo, del conservadorismo, fuertemente impregnado de elementos ideológicos autoritarios.

La recomposición ideológica y política de las Fuerzas Armadas fue uno de los elementos clave de la contrarrevolución de 1955.

Por otra parte no es exagerado atribuir las dudas e inhibiciones conservadoras de Perón principalmente a su educación militar.

El proceso de concentración de ingresos iniciado en 1955 provocó la resistencia tenaz de la clase obrera (agrupada en los sindicatos creados bajo el peronismo) y de sectores crecientes de las clases medias.

El descontento social ascendente paralelo a su cada vez mayor radicalización política se encontró frente a un aparato represivo centrado en las Fuerzas Armadas, cuyo desarrollo fue proporcional a la oposición popular.

1976 simbolizó el salto decisivo en la evolución militar; en su interior la relación de fuerzas fue cada vez más favorable a las estructuras operacionales y de inteligencia especializadas en la represión; las Fuerzas Armadas completaron una transformación laboriosamente preparada. Es entonces que emerge un ejército de ocupación que va a enfrentar a la sociedad civil en tanto “enemigo” a someter integralmente. Nacidas del gigantesco baño de sangre de las últimas décadas del siglo XIX las Fuerzas Armadas,

43 El golpe militar se produjo el 4 de Junio de 1943, pero algunos meses antes (febrero de 1943) terminaba la Batalla de Stalingrado, punto de inflexión en la guerra que marcó la declinación del poderío militar alemán, aunque muchos estrategas occidentales y por supuesto alemanes, consideraban en ese momento la posibilidad de una rápida recomposición de la ofensiva nazi en el frente oriental. Pero llegó la Batalla de *Kursk* (julio-agosto de 1943) que señaló el principio del fin del militarismo alemán y el comienzo de la ofensiva soviética que terminó en mayo de 1945 con la caída de Berlín.

gracias a la crisis y al desmoronamiento económico y social asumen su rol original, su más profunda razón de ser.

La debilidad estratégica de los movimientos populares

Hemos visto cómo la oligarquía, mezcla elitista de militares, terratenientes y especuladores diversos, ha logrado, gracias a un juego complejo de repliegues tácticos y represiones feroces, de “adaptaciones” económicas y de parasitismo, conservar los fundamentos de la república burguesa.

Frente a ella, las fuerzas populares se han mostrado impotentes no sólo para obtener un cambio definitivo de estructuras sino, incluso, para garantizar la permanencia de algunas reformas democráticas.

Dejando de lado la evaluación de la oposición más radicalizada que no pudo transformarse en un gran movimiento antioligárquico mayoritario⁴⁴ observamos que, tanto el radicalismo yrigoyenista (hasta la Segunda Guerra Mundial) como el peronismo histórico, entre 1945 y el inicio de la dictadura militar en 1976, fueron vencidos, víctimas de sus debilidades estratégicas.

La causa principal de estas debilidades reside en el nivel de penetración lograda en su seno de un conjunto de valores, normas de conducta y mitos que formaban parte del núcleo duro de la subcultura oligárquica (es decir, de la cultura burguesa con las características particulares que reviste en el caso argentino).

La composición social de los dos movimientos y sus tramas culturales, en particular de sus sectores más amplios pueden ayudarnos a entender el fenómeno. El yrigoyenismo alimentado por una clase media plebeya emergente, que oscilaba entre la rebelión antioligárquica y el ascenso al interior de la sociedad existente; el peronismo, alimentado por un proletariado urbano inmaduro que accedió rápidamente a las ventajas obtenidas por la prosperidad capitalista de la posguerra, parecían condenados a una moderación y a un autocontrol de sus ofensivas que los privó de una victoria definitiva.

Ello se tradujo por un lado en el refuerzo de las direcciones personalistas que tenían como función conservar la unidad popular impidiendo los “desbordes”, la radicalización de las aspiraciones democráticas del pueblo⁴⁵ y, por otro lado, el predominio de los “estilos políticos” que privilegiaban el pragmatismo, “la inmediatez” (particularmente en el peronismo), y subestimaban las formulaciones de carácter estratégico, la profundización de la crítica social, es decir, el desarrollo en profundidad de la racionalidad, de la conciencia popular.

44 Por ejemplo, el proletariado anarquista de comienzos del siglo XX, incapaz de romper su aislamiento, o bien las organizaciones armadas de los años 1960-1970 que no pudieron desplegar una dinámica de masas arrolladora.

45 El democratismo espontáneo de las masas populares era deformado, “controlado” por sus direcciones. El autoritarismo, el bloqueo social impuesto por las clases dominantes era así interiorizado por los movimientos populares, reproduciendo en su seno formas jerárquicas conservadoras. El débil desarrollo de la democracia interna inhibía la radicalización de la base, el despliegue de una dinámica democrática “incontrolable” que pudiera hacer estallar el sistema burgués subdesarrollado. La democracia (como estilo militante) era reemplazada en muchos casos por una mezcla de folklore sectario, de pragmatismo y de oportunismo.

Porque se mostraban incapaces para conquistar la democracia, para cambiar las estructuras, porque se quedaban paralizados frente a los bastiones de poder de la alta burguesía, esta última pudo vencerlos. La debilidad estratégica de estos movimientos populares, incapaces de realizar una ruptura radical con la cultura dominante los dejó prisioneros de los procesos de reproducción de los bloqueos sociales.

Los grandes cambios de los últimos cinco años

Es posible constatar un conjunto de cambios en la sociedad argentina entre 1976 y 1981, los mismos maduraron gradualmente durante un largo período (aproximadamente veinte años) de inestabilidad institucional y decadencia económica y cultural.

La República Militar no ha surgido del azar; muy por el contrario es la resultante (fascista) de la descomposición de un sistema social bloqueado.

No tengo intención de hacer aquí un análisis completo de los cambios que han marcado el ascenso de un régimen dictatorial con bajo nivel de actividad económica, me limitaré solamente a señalar tres tendencias dominantes: el desarrollo de la especulación en detrimento de las actividades productivas, la militarización de un amplio conjunto de actividades sociales y finalmente el incremento de la dependencia externa (en suma, la conformación bajo la forma de República Militar de un esquema de dominación elitista-dictatorial, parasitario y colonial⁴⁶).

A- La hegemonía parasitaria

Durante el período que va entre 1976 y 1980, haciendo la medición en términos reales, mientras que el sector productor de bienes (agricultura y ganadería, minería, industria y construcción) crecía un 5,7 % el sector financiero lo hacía en un 44,5 %⁴⁷. Estas cifras revelan la enorme transferencia de capitales operada desde la producción hacia la especulación.

La caída de la demanda interna causada principalmente por la reducción de los salarios reales, la reducción de las barreras aduaneras y la introducción de una política monetaria contraria a las inversiones productivas⁴⁸ han provocado el desmoronamiento de la industria. En efecto, el volumen de la producción industrial en 1980 se situó por debajo del promedio de los años 60. Las inversiones productivas en el sector agrícola (para no citar más que la compra de tractores) cayeron igualmente en forma espectacular. El doble efecto producido por la alta inflación y la recesión instauró un clima propicio para el crecimiento del “sector financiero” y de otras actividades parasitarias; la continuidad de este proceso engendró a comienzos de los años 80 una crisis profunda en el seno mismo del “sector financiero” (ocasionado por la sobreacumulación de deudas impagas). Esta crisis tuvo, a su turno, repercusiones desfavorables en el sector productivo conformándose un proceso de “bola de nieve” que arrastró a los principales bancos privados del país y a miles de empresas.

46 **Comentario del autor en 2017:** lo que deja abierta la posibilidad teórica de una “república civil” cubriendo un entramado de dominación parecido.

47 Clarín Económico, página 8, Buenos Aires, 3 de mayo de 1981.

48 El gobierno fomentó la instauración de una tasa de interés que es, en dólares, una de las más altas del mundo. Gracias a esta política monetaria obtuvo una entrada de capitales especulativos del exterior cuya importancia no tiene precedentes y una caída brutal de las inversiones productivas.

Se puede considerar esta degradación económica general como un elemento esencial de la desarticulación del conjunto de la sociedad civil. A la caída de los índices de producción se agregan los de salud, educación, etc.

B – Militarización económica

En el plano económico, la desarticulación del sector de la producción privada estuvo “compensada” por un refuerzo relativo del sector estatal controlado por las Fuerzas Armadas. Es lo que se puede observar, tanto en el caso de la absorción de empresas en quiebra por parte del gobierno como en el aumento espectacular de los gastos militares y otros gastos del Estado, a los cuales habría que agregar la ampliación sin precedentes del aparato represivo así como de otros instrumentos de control social lo que tiende a conformar una suerte de Estado militar parasitario hipertrofiado expandiéndose sobre una sociedad civil desarticulada.

En 1976, los recursos corrientes del Estado representaban el 22% del Producto Bruto Interno, en 1980, ese porcentaje se elevó a 31% (el incremento fue asignado en su mayor parte a gastos improductivos).

Teniendo en cuenta el descenso del consumo nacional entre 1975 y 1979, el consumo del Estado se aceleró a una tasa media anual de 7,7% mientras que en el mismo período el consumo privado disminuía alrededor del 2% anual.

Este Estado militar, especie de carcelero-devorador de la sociedad civil, aparece bajo la forma de un bloque parasitario, donde domina la corrupción bajo diversas formas. Asocia a sectores decisivos de la oligarquía civil en el seno de lo que aparece como una siniestra combinación de negocios y represión. La lumpenburguesía cívico-militar aparece como la fuerza dominante de la contrarrevolución.

C - Agravamiento de la dependencia

La difícil situación financiera de las empresas, a la que se agregó en 1980 el déficit de la balanza comercial, provocó un gigantesco endeudamiento externo. La deuda externa total, que era inferior a 10 mil millones de dólares en 1976, cuando se instaló la dictadura, es hoy superior a 30 mil millones de dólares. El sector del Estado pesó de manera definitiva en el endeudamiento general del país. En 1976, la deuda externa del Estado era inferior a 6 mil millones de dólares; a fin del año 80, llegaba casi a 16 mil millones de dólares.

Con respecto a la deuda externa global (pública y privada), el endeudamiento a corto plazo se reforzó de manera significativa. El déficit comercial y los vencimientos a corto plazo exceden ampliamente al valor de las exportaciones y de las entradas previsibles de capitales, lo que vuelve a poner en el orden del día el fantasma de la cesación de pagos. Recientemente, un grupo de representantes de la alta burguesía industrial propuso al gobierno interrumpir las importaciones durante seis meses.

Autoritarismo, democracia y subversión

Terrorismo de Estado y lumpen-capitalismo constituyen las dos caras de una misma moneda: la reproducción bárbara del capitalismo subdesarrollado.

El capitalismo argentino es naturalmente autoritario, su reproducción a largo plazo (crecientemente degradada) se contraponen estratégicamente al funcionamiento pleno de un sistema de democracia representativa basada en el libre ejercicio de la soberanía popular, solo podría coexistir, de manera inestable, con gobiernos civiles muy limitados por barreras “institucionales” o de otro tipo, expresión de factores de poder desplegando los bloqueos económicos y sociales propios de la dominación oligárquica, de su evolución decadente.

Nuestra burguesía histórica, la oligarquía, se adaptó a los grandes cambios económicos (en particular, a la industrialización), deformándolos y reduciéndolos al nivel de su capacidad de control. La preservación del elitismo y del parasitismo afectó de manera decisiva desde fines de los años 20, cuando terminaba la etapa de la expansión agroexportadora, todas las tentativas posteriores de industrialización y de democratización social y política. Finalmente, el estancamiento se volvió involución, descomposición de las fuerzas productivas, en ese momento el autoritarismo tomó la forma dictadura militar.

En síntesis, democracia y oligarquía son históricamente incompatibles, la incomprensión de este hecho mayor ha estado en el origen de la derrota de los grandes movimientos populares.

Ninguna democratización real, seria, de la vida argentina es posible sin la eliminación del lumpen-capitalismo y su aparato represivo.

Ahora bien, el impulso democrático de las masas populares pudo a veces expresarse frente al poder oligárquico, sin embargo este impulso no pudo hasta el presente desprenderse del peso de la cultura dominante lo que redujo su potencial de combate. El burocratismo sindical, las tradiciones políticas e ideológicas autoritarias, la inmediatez, el elitismo, el desprecio del pluralismo, la subestimación del pensamiento crítico, constituyeron los aliados objetivos de la oligarquía desde el interior de los movimientos populares.

En el transcurso de estos últimos cinco años, se expresaron en Argentina diversas formas de resistencia civil. Estallaron numerosos conflictos obreros, a menudo acompañados de importantes movilizaciones en las cuales participaban diversos sectores sociales. Éstos conflictos, así como las luchas por los derechos humanos, fueron tomando cada vez más amplitud a pesar del terrorismo de Estado.

En el último semestre, como lo señala incluso la prensa de Buenos Aires (pese a estar sometida a la censura) el malestar social aumentó en proporciones considerables. La mayor parte del tiempo estos conflictos sociales no obedecen a ninguna fuerza política tradicional ni a los viejos aparatos sindicales. Se trata de movimientos nacidos en la base, que expresan, en mi opinión, el impulso democrático siempre latente en nuestro pueblo. El futuro dirá si a partir de esas luchas, de esta práctica popular democrática, emergerá un movimiento de emancipación social. Es muy difícil hacer pronósticos sobre su programa, sin embargo, se impone una observación: el poder militar intentó librar una guerra a muerte contra lo que calificó de “subversión”, este concepto, utilizado en principio para designar a los movimientos de guerrilla se extendió luego a las manifestaciones más diversas de la vida civil que no están controladas por la dictadura. Para los militares “la subversión” es un monstruo de mil cabezas que se disimula detrás de los obreros en

huelga, de los intelectuales que no son conservadores o que reivindican un poco de libertad.

En suma, para la oligarquía civil y militar la democracia es subversiva (salvo sus caricaturas autoritarias). El carácter multidimensional del fenómeno democrático (económico, político, cultural) siembra pánico en las filas de una élite que comprendió que la atomización del mismo (la separación voluntarista, por ejemplo, entre “democracia política” y democratización económica) es a largo plazo imposible.

La crisis redujo en proporciones considerables la capacidad de maniobra de la clase dominante. La dictadura se encarga de mostrar cada día a los oprimidos que toda tentativa para librarse del nihilismo fascista, es decir la voluntad de vivir, no es otra cosa que “subversión”.

Vivir o someterse a la barbarie, combatir un régimen injusto, cruel, o resignarse a morir cada día un poco más... millones de argentinos aprenden a través de su dura experiencia que los milagros no son de este mundo, que sólo una lucha consecuente, tenaz, podrá abrir el camino de la libertad.